

Son estas personas (las que Dios llega á este estado) almas generosas, almas reales. No se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan...

“Diréisme, esos tales no sabrán querer, ni pagar la voluntad que se les tuviere. Al menos dáseles poco de que se la tengan, y ya que de presto algunas veces el natural lleva á holgarse de ser amados, en tomando sobre sí, ven que es disbarate, si no son personas que han de aprovechar á su alma con doctrina, ó con oracion. Todas las otras voluntades les cansan, que entienden les hacen ningun provecho, y les podrian dañar: no porque las dejan de agradecer, y pagar con encomendarlos á Dios, tomándolo como cosa que echan cargo al Señor los que las aman, que entienden viene de allí. Porque en sí no les parece que hay que querer... Y bien mirado, sino es con las personas que digo, que nos pueden hacer bien para ganar bienes perfectos, yo pienso algunas veces, cuan gran ceguedad se trae en este querer que nos quieran.

“Ahora noten que como en el amor, cuando de alguna persona le queremos, siempre pretendemos algun interese de provecho y contento nuestro, y estas personas perfectas ya tienen debajo de los pies todos los bienes que en el mundo les pueden hacer, y los regalos, y los contentos, y están de suerte que aunque ellas

quieran, á manera de decir, no le pueden tener, que lo sea fuera de con Dios, y en tratar de Dios, no hallan qué provecho les puede venir de ser amadas, y así no curan de serlo. Y como se les representa esta verdad, de sí mismos se rien de la pena que algun tiempo les ha dado, si era pagada ó no su voluntad: que aunque sea buena la voluntad, luego nos es muy natural querer ser pagada. Venida á cobrar esta paga, es en pajas, que todo es aire, y sin tomo, que se lo lleva el viento; porque cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es esto que nos queda? Así que si no es para provecho de su alma con las personas que tengo dichas, porque ven ser tal nuestro natural, que si no hay algun amor luego se cansa, no se les dá más ser queridas, que no.

“Pareceros ha que estos tales no quieren á nadie, ni saben sino á Dios. Mucho más quieren, y con más verdadero amor, y más provechoso, y con más intension; en fin es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas á dar mucho más, que no á recibir, y aun con el mismo Criador les acaece eso. Esto digo que merece este nombre de amor, que estotras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre...

“...Ahora, pues, aquí si tiene amor, es la pasion por hacer esta alma ame á Dios para ser amada dél (porque, como digo, sabe que no ha de durar en quererla de otra

manera, y que es amor muy á su costa) no deja de poner todo lo que puede, porque se aproveche: perdería mil vidas por un pequeño bien suyo. ¡O precioso amor, que vá imitando al capitan del amor Jesus nuestro bien!„ (1)

“(...La muerte de acá no la tiene en nada) que no quiere asirse á cosa que en un soplo se le va de entre las manos, sin poderla asir. Es, como he dicho, amor sin poco ni mucho de interese propio: todo lo que desea y quiere es ver rica aquella alma de bienes del Cielo. Esta sí es voluntad, y no estos quererres de por acá desastrados, aun no digo los malos, que desos Dios nos libre: en cosa que es infierno no hay que nos cansar en decir mal. que no se puede encarecer el menor mal dél. Esto no hay para que tomarle nosotras, hermanas, en la boca, ni pensar le hay en el mundo, ni en burlas, ni en veras oírle, ni consentir que delante de vosotras se trate, ni cuente de semejantes voluntades. Para ninguna cosa es bueno, y podría dañar aun oírlo; sino de estotros lícitos, como he dicho, que nos tenemos unas á otras, y se tienen los deudos y amigos. Toda la voluntad es, que no se nos muera: si le duele la cabeza, parece nos duele el alma.

“Si los vemos con trabajos, no queda,

(1) Camino de perfeccion, cap. VI.

como dicen, paciencia; todo desta manera. Estotra voluntad no es así, aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto, luego la razon mira si es bien para aquella alma, si se enriquece más en virtud, y cómo lo lleva, el rogar á Dios la dé paciencia, y merezca en los trabajos.

“Torno otra vez á decir, que se parece va imitando este amor al que nos tuvo el buen amador Jesus... Esta manera de amar es la que yo querria tuviésemos nosotras.” (1)

“Yo le digo, que si me quiere bien, que se lo pago, y gusto de que me lo diga: cuan cierto es de nuestro natural querer ser pagadas! Esto no debe ser malo, pues tambien quiere serlo nuestro Señor, aunque no tiene comparacion lo que le debemos y merece su Majestad ser servido; mas parezcamos á él, sea en que quiera.” (2)

III.—*Obstáculos y medios.*

Es bueno prevenirse contra una cierta envidia espiritual muy opuesta á la caridad; las almas tocadas de ella juzgan bastante desfavorablemente de aquellas que creen favorecidas de dones extraordinarios, ó bien simplemente de una oracion

(1) Camino de perfeccion, cap. VII.

(2) Carta C, tom. II.

algo sobrenatural. Las expían si pueden y condenan de una manera despreciativa su modo de pensar y obrar. Esta conducta es culpable: mejor es seguir el consejo de santa Teresa, que se expresa así en esta materia:

“Tengo por cierto, que á quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad, y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podremos dejar de alegrar de que haga Dios estas mercedes á un hermano nuestro, pues no impide para hacérmolas á nosotras? ¿Y de que su Majestad dé á entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por mostrarlas, como dijo del ciego que dió vista, cuando le preguntaron los Apóstoles, si era por sus pecados, ó de sus padres. Y ansí acaece, no las hace por ser más santos á quien las hace, que á los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en San Pablo y la Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

“...Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia, porque es muy amigo de que no pongan tasa á sus obras: y ansí, hermanas, jamás os acaezca, á las que el Señor no llevare por este camino.” (1)

(1) Moradas primeras, cap. I.

Si se debe escusar siempre (al menos la intencion de las faltas del prójimo) es necesario siempre tambien desconfiar de la suya propia, pues nos engañamos muchas veces en lo que toca á nuestra propia persona, por motivo de la falta de vigilancia y del examen atento respecto al móvil secreto de nuestras obras.

¡Si nos conociéramos bien, qué poco tentados seríamos de juzgar y condenar á los otros!

Para evitar este peligro obedezcamos á nuestra santa Madre; ella nos promete en recompensa de nuestra caridad la dulce virtud de la modestia que nos lleva á creer á todos mejores que nosotros; y entonces entraremos en el camino tan deseado de la santidad, siendo la caridad el lazo de la perfeccion.

Dice santa Teresa: “Esto conviene muy mucho, porque si hubiese de decir los yerros que he visto suceder fiando en la buena intencion, nunca acabaría. Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que aunque luego no se haga con perfeccion se viene á ganar una gran virtud, que es tener á todos por mejores que nosotros, y comiézase á ganar por aquí, con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, escusadas son las diligencias) y

suplicarle nos dé esta virtud, que con las que hagamos no falta á nadie., (1)

CAPÍTULO V

De la caridad para con las Hermanas.

I.—*Caridad mútua.*

Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!

Este dulce cántico que ha hecho estremecer tan deliciosamente nuestras almas en las dos más importantes acciones de nuestra vida religiosa, las penetra todavia de un nuevo encanto todas las veces que suena á nuestros oídos. ¿Y entonces no vemos, pues, no comprendemos cuán bueno y ventajoso es el habitar unidas, no formando sino una sola familia con aquellas á quienes una misma fé, un mismo juramento, una misma vida ha hecho siervas y esposas del Señor Jesus como nosotras? La union de los cristianos de la primitiva Iglesia se esplicaba por estas conmovedoras palabras: *Cor unum et anima una.* ¿No debe, pues, ser lo mismo, y con mas fuerte razon, de las casas de oracion dadas en espectáculo á los ángeles y á los hombres

(1) Vida, cap. XIII.

como escuelas de santidad, modelos de perfeccion y por consiguiente de caridad? Esta union que debe ser tan estrecha, tiene por principio al mismo Dios que es caridad; por base nuestro título de cristianos; por lazo nuestra profesion religiosa y además la eleccion de nuestra voluntad que ha aceptado libremente la obligacion. ¿Qué respondimos en los solemnes momentos de nuestra toma de hábito y al pronunciar nuestros votos cuando interrogadas en el nombre de la Iglesia y al pié de los altares debimos declarar el objeto de nuestros ardientes deseos?

¿No pedimos entonces, como un favor inefable además de las riquezas de la misericordia y del tesoro de la pobreza, *la compañía de las Hermanas*? Si, y es con justicia, pues el complemento necesario de todo sacrificio meritorio, de toda obra divina, es la caridad: *Major horum est charitas*. En efecto, aun cuando fuésemos nosotras colmadas de los beneficios de nuestro Dios, reducidas voluntariamente á la más completa desnudez por seguir más de cerca al Hijo del hombre que no tenia donde reposar su cabeza, sin la caridad nada somos. Esta es la palabra de San Pablo. Y San Juan nos dice: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos.” Por consiguiente, este amor de nuestras hermanas será la prueba real de la vida de nuestras

almas y la medida de las bendiciones que Dios concederá á nuestro celo por todos nuestros hermanos en Jesucristo. Pero es necesario que este amor sea sincero, obsequioso, compasivo y de abnegacion. “No ameis, pues, solamente con la lengua y las palabras, nos dice tambien el discípulo amado, sino con las obras y en verdad.”

Si queremos obrar consecuentemente con nosotros mismos, tendremos esta caridad verdadera, caridad práctica: gustaremos de la compañía de nuestras hermanas, les manifestaremos nuestro afecto y cordialidad sin salir de las conveniencias religiosas; escusaremos sus flaquezas, sabremos mortificarnos por servir las, participaremos de sus trabajos y fatigas y no nos agravaremos nunca de las pretendidas faltas que de su parte hieran nuestra sensibilidad. Dirán, puede ser, que es difícil, aun imposible, vista la diversidad de naturalezas, de caracteres, etc. Si, mas con la ayuda de la fé, veremos en nuestras hermanas la persona del divino Maestro que las guarda como á la niña de sus ojos y tiene como hecho á sí mismo lo que se hace á la menor de entre ellas. Mirémoslas, segun aconseja san Francisco de Sales, en el amoroso pecho del Salvador; entonces nada nos parecerá penoso; las amarguras se cambiarán en dulzura y veremos cumplirse en nosotras la palabra de nuestra santa Madre: “Es esta Casa un cielo, si le puede haber

en la tierra, para quien se contenta solo de contentar á Dios nuestro Señor.” (1)

Por los consejos que siguen, santa Teresa nos confirmará estas verdades y nos trazará el camino que hemos de seguir para llegar á gozar el paraíso de que acabamos de hablar.

“Así que, mis hijas, todas lo son de la Virgen, y hermanas, procuren amarse mucho unas con otras.” (2)

„Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que á las veces no será imperfeccion, sino, como sabemos poco, quizá lo echaremos á la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun inquietar la de las otras: mira si costaria caro la perfeccion. Tambien podria el demonio poner esta tentacion en la Priora, y seria más peligrosa.

“Para esto es menester mucha discrecion; porque si fuesen cosas que van contra la Regla y Constitucion, es menester que no todas veces se eche á buena parte, sino avisarla; y si no se enmendare, al Perlado: esto es caridad. Y tambien con las Hermanas, si fuese alguna cosa grave, y dejarlo todo por miedo, si es tentacion seria la mesma tentacion. Mas hase de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio,

(1) Camino de perfeccion, capítulo XIII.

(2) Carta LII, tomo I.

no lo tratar una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia, y comenzar costumbre de murmuracion, sino con quien ha de aprovechar, como tengo dicho. Aquí, gloria á Dios, no hay tanto lugar como se guarda tan continuo silencio, mas bien es estemos sobre aviso.” (1)

„Porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad...

„Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo, ó por dónde las podeis hacer placer ó servir; pues lo que hiciéredes en este caso, hacéis mas por vos, que por ellas, poniendo piedras tan firmes, que no se os caiga el Castillo.” (2)

“Es tambien muy buena muestra de amor en procurar quitarlas de trabajo, y tomarle ella para sí en los oficios de casa, y tambien en holgarse, y alabar mucho al Señor del acrescentamiento que viere en sus virtudes...

„Comenzemos en los medios, que aunque lleve algo de ternura no dañará, como sea en general: es bueno y necesario algunas veces mostrar ternura en la voluntad, y aun tenerla, y sentir algunos trabajos y enfermedades de las hermanas, aunque sean pequeños. Que algunas veces acaece

(1) Moradas primeras, capítulo II.

(2) Moradas séptimas, cap. IV.

dar una cosa muy liviana tan gran pena, como á otra daría un gran trabajo, y á personas que tienen el natural apretado, darle han mucho pocas cosas; si vos le teneis al contrario, no os dejéis de compadecer... Y por ventura quiere nuestro Señor reservarnos destas penas, y las terne-mos en otras cosas, y de las que para nos-otras son graves, aunque de suyo lo sean, para las otras serán leves.

“Ansí que estas cosas no juzguemos por nosotras ni nos consideremos en el tiempo, que por ventura sin trabajo nuestro el Señor nos ha hecho más fuertes, sino considerémonos en el tiempo que hemos estado más flacas. Mirad que importa este aviso para sabernos condoler de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean...

“Y sabed entender cuáles son las cosas que se han de sentir y apiadar de las hermanas, y siempre sientan mucho cualquiera falta, si es notoria, que veais en la hermana: y aquí se muestra y ejercita bien el amor en saberla sufrir, y no se espantar della, que ansí harán las otras las que vos tuviéredes, que aun de las que no entendéis, deben ser muchas más, y encomendarla mucho á Dios, y procurar hacer vos con gran perfeccion la virtud contraria de la falta que os parece en la otra: esforza-ros á esto, para que enseñeis á aquella por obra, lo que por palabra por ventura no lo entenderá, ni le aprovechará, ni castigo.

“Y esto de hacer una lo que ve resplandecer de virtud en otra, pégase mucho. Este es buen aviso, no se olvide. ¡Oh que bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar á todas, dejando su provecho por el de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes, y guardar con gran perfeccion su regla! Mejor amistad será esta, que todas las ternuras que se pueden decir... Es muy de mujeres, y no querria yo, hijas mias, lo fuédeses en nada, ni lo pereciédeses, sino varones fuertes. (1)”

La vida de nuestra santa Madre completa lo que ella ha dicho anteriormente; pesemos bien sus palabras á fin de grabarlas en nuestro corazon y reproducirlas en nuestra conducta.

Quería ella que las que por oficio no estuviesen obligadas á ocuparse en la casa, viviesen libres de este cuidado y que pusiesen su atencion en considerar las virtudes que descubriesen en cada una de las hermanas para amarlas más y aprovecharse de sus ejemplos, sin inquietarse de las faltas que advirtieran y decia, que este modo de obrar le habia aprovechado mucho. No juzgaba bien de aquellas religiosas de tal manera perfectas á sus ojos, que todo lo que ven en los otros les parece falta. Y decia que estas tenian más,

(1) Camino de perfeccion, cap. VII.

pero que ellas no las veían en sí mismas. No quería que las creyesen cuando contaban las faltas, de otras hasta que se informasen por otra vía más segura.

Mas en lo que toca á hacer conocer á los superiores las faltas de las otras, aunque fuesen las de las Prioras, lo miraba como muy necesario y era segun su parecer una gran simpleza el pensar que en esto hubiese alguna falta ó imperfeccion.

El soportar es una parte esencial, inseparable de la caridad; mas es preciso confesar: es la parte árdua, penosa, por la cual la mortificacion debe ejercer toda su eficacia.

San Pablo lo comprendió cuando dijo: “Llevad las cargas los unos de los otros, y así cumplireis la ley de Cristo.” Condicion necesaria, amenaza implicita, pero verdad cierta: sin el sufrimiento mútuo no hay caridad.

La caridad todo lo sufre. Esto supone una pena, un esfuerzo, pues la carga es una cosa más ó menos gravosa. Sepamos llevarla animosamente, suavemente, alegremente; suframos como nosotros queremos que nos sufran; y esto mirando á nuestro Señor cuya palabra siempre será verdadera: “Mi yugo es suave y mi carga ligera.”

Nuestra pobre naturaleza tiene mucho imperio sobre nosotros. Y no es poco saberse sufrir cada cual sus defectos.

“No hará poco si sabe llevar á esa persona la condicion; porque tengo para mí, que todos esos grandes trabajos y penas es melancolía, que le sujeta bravamente: y así ni hay culpa, ni de qué nos espantar, sino alabar al Señor que no nos dá ese tormento.” (1)

II.—*Peligro de las amistades particulares.*

Aquí santa Teresa llama nuestra atención sobre el peligro de las amistades particulares, y quiere mostrarnos sus funestas consecuencias.

Hay en la naturaleza de nuestro pobre corazon humano dos movimientos contrarios: el uno atrae el aire que anima, el otro le rechaza, y la regularidad de estos movimientos sucesivos constituye la salud y la vida. Nuestra alma, mientras que está unida al cuerpo, sufre la misma ley, y su vida espiritual depende del buen orden de estos dos sentimientos que dominan en ella: atrae lo que le parece agradable y rechaza lo que le disgusta. Amar, aborrecer, ved aquí los grandes motores, los principales resortes de su existencia. Mas el punto principal y el que nosotros consideramos es el uso que se debe hacer de estas dos

(1) Carta L, tomo II.

potencias tan opuestas, y que en sí mismas son dones preciosos de la divina liberalidad. Amar y abrazar lo que es bueno, odiar y desechar lo que es malo no parece difícil: otra cosa es saberlo discernir. Nuestro espíritu no es más que tinieblas, nuestra voluntad flaqueza, nuestra naturaleza depravacion. “Dónde está, ha dicho un profeta, dónde está la prudencia, dónde está la fuerza, dónde está la inteligencia? Quién ha encontrado su lugar? El que sabe todas las cosas lo conoce, responde el mismo profeta, y este es nuestro Dios.” Ved aquí cuál es el manantial del sabio discernimiento, ved cuál es su lugar; ¿pero cómo penetramos nosotros? ¿Quién nos introducirá en esta *luz inaccesible*, único santuario de la verdad? La fé nos abrirá la entrada, la caridad será la lámpara que nos alumbrará por la union que ella nos dá con el Verbo divino. El es el conocimiento del Padre y la luz de su luz: *lumen de lumine*, y allí es donde al abrigo de todo error, aprenderemos lo que debemos amar y lo que debemos aborrecer. Acostumbrémonos, pues, á pedir con fervor que Dios nos haga juzgar las cosas como El mismo las juzga, á fin de no estraviarnos en este camino difícil del discernimiento, donde tantas almas han hallado su perdicion, falta de espíritu de fe, de caridad y de desconfianza de sí mismos.

Del odio y del amor nacen los senti-

mientos naturales que llamamos simpatía y antipatía. Tan contrarios como ellos son el uno del otro, es importantísimo estudiarlos bajo el punto de vista sobrenatural, para evitar los numerosos y peligrosos escollos. En principio, siendo estas disposiciones involuntarias, no deben sorprendernos: la virtud consiste en ordenarlas según la divina voluntad, sea para combatirlas si nos alejan de ella, sea para purificarlas y santificarlas si reconocemos que están conformes á esta divina voluntad. Así Dios quiere que nuestra caridad sea igual para todas nuestras hermanas: porque no hace excepcion de nadie, y le desagradamos desde que nuestra inclinacion de parcialidad ó de preferencia se manifiesten en nuestra conducta. A fin de animarnos á vencerlas pensemos en lo que la Iglesia pide por cada una de nosotras al abrirnos las puertas de la santa religion del Carmelo: "Que acabe dichosamente su carrera, dice el ministro de Dios, por la práctica de una humildad, obediencia, castidad, pobreza perfecta, y en la caridad fraternal:," y enseguida: "Como por vuestra inspiracion, ó Dios mio, ha deseado gozar de la compañía de sus hermanas en esta religion, haced que ella goce un dia con Vos de la compañía de vuestros elegidos.," Despues de estas palabras, está puesta la caridad fraterna en alguna manera como obligatoria los votos que sin ella no servirian sino

para nuestra condenacion, con ella son la condicion de nuestra futura bienaventuranza en la sociedad de los santos. ¡Qué materia de reflexiones, qué motivo de aliento para entrar en los designios de nuestra Madre! Todo esto es teoría: ella nos enseñará la práctica.

“Cuanto á la primera, que es amaros mucho unas á otras, vá muy mucho... Parece que lo demasiado entre nosotras, no puede ser malo, y trae tanto mal, y tantas imperfecciones consigo, que no creo lo creerán sino los que han sido testigos de vista... porque de aquí viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace á la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas veces, mas para decirle lo que la quiere, y otras cosas impertinentes, que lo que ama á Dios. Porque estas amistades grandes, pocas veces van ordenadas á ayudarse á amar mas á Dios... en esta casa, que no son mas de trece (ni lo han de ser) aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar: y guárdense destas particularidades, por amor del Señor, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningun provecho en ello veo; y si son deudos, muy peor: es pestilencia. Y créanme, hermanas, que aunque os parezca que este es extremo, en él está gran perfeccion, y

gran paz, y se quitan muchas ocasiones á las que no están muy fuertes: sino que si la voluntad se inclinare mas á una, que á otra (que no podrá ser menos, que es natural, y muchas veces nos lleva á amar lo mas ruin, si tiene mas gracias de naturaleza) que nos vamos mucho á la mano, á no nos dejar enseñorear de aquella afición.

“...No consintamos, ó hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su Sangre: miren, que sin entender cómo, se hallarán asidas, que no se puedan valer. ¡O váleme Dios! Las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento; y porque son tan menudas, que solo las que lo vén lo entenderán y creerán, no hay para qué las decir aquí...

“Tornando á el amarnos unas á otras, parece cosa impertinente encomendarlo; porque ¿que gente hay tan bruta, que tratándose siempre, y estando en compañía, y no habiendo de tener otras conversaciones, ni otros tratos, ni recreaciones con personas de fuera de casa, y creyendo las ama Dios, y ellas á él (pues por su Majestad lo dejan todo) que no cobre amor?... Así que en esto no hay que encomendar mucho, á mi parecer.” (1)

(1) Camino de perfeccion, cap. IV.

III.—*Prácticas de caridad.*

En nuestra vida comun, aunque solitaria, la práctica de la caridad toma multiplicadas formas para hacernos admirar la variedad y la belleza de sus frutos.

Esforcémonos en estar “fundadas y arraigadas en ella,” segun la hermosa expresion del Apóstol, á fin de llevar frutos de gracia y salud. Siguiendo á nuestra guia, santa Teresa, hemos aprendido, si lo ignorábamos, que la caridad debe ser sobrenatural, universal, desinteresada, inalterable, de sacrificio hasta el olvido de nosotros mismos. Es necesario además que sea dulce y amable en la relacion que la regla nos dá las unas con las otras, sobre todo durante las recreaciones.

Una hija de santa Teresa que quiere ser digna de este bello título, se regocija en Dios al pensamiento de encontrarse con sus hermanas, cuando el deber impuesto por las constituciones ó por los usos tradicionales se lo prescribe. Se presenta con un rostro despejado, un corazon alegre, un espíritu dispuesto á hacerse toda á todas en la paz y el júbilo del Espíritu Santo. Evita cuidadosamente lo que puede desagradar ó herir, no habla del prójimo sino con gran reserva, sabiendo en la necesidad escusar las faltas y defender los ausentes.

Tiene presente la promesa de nuestra santa Madre, de que nuestro Señor dará á las unas la gracia de recrear á las otras, y procura con su conducta tener parte en esta gracia. Ciertamente que tales disposiciones no son siempre fáciles de obtener, y amenudo esta fisonomía sonriente de la caridad exige rudos combates; nuestro carácter, nuestras impresiones del momento, nuestras ideas erróneas aun en punto de perfeccion, son á veces obstáculos que parecen invencibles. Entonces desconfiemos de nuestro tentador, pongamos los ojos en nuestra Madre la más amable, aunque la más probada, la más santamente gozosa entre los santos; humillémonos de parecer-nos tan poco y reformemos con valor los defectos que ella reprueba en nosotras.

“Procurar tambien holgaros con las hermanas, cuando tienen recreacion con necesidad della, y el rato que es de costumbre, aunque no sea á vuestro gusto; que yendo con consideracion, todo es amor perfeto... Así que es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras, miren no sea con falta de discrecion que sea contra la obediencia.” (1)

“...Y recreacion que tenemos juntas; que todo es con tanta moderacion, que solo sirve de entender allí las faltas de las

(1) Camino de perfeccion, cap. VII.

hermanas, y tomar un poco de alivio, para llevar el rigor de la regla., (1)

IV.—*Cuidado de las enfermas.*

El capítulo de nuestras constituciones que habla de las enfermas, prueba bastante cuál era la ternura de nuestra santa Madre hacia ellas. En su gobierno es la caridad quien rige todo. Ella quiere que se obre por amor, que se obedezca por amor, que el amor mútuo una los corazones y las almas; exige que las enfermas sean tratadas con amor. El R. P. Rivera da sobre esto algunos detalles dignísimos de nuestra atencion.

“En cuanto á las enfermas, dice él, ella las animaba y consolaba, si se apercibia que se desconsolaban de que, no pudiendo hacer nada por su parte, ocupaban á las otras, las reñia amorosamente y les decia “que ellas debian más bien regocijarse de dar á sus hermanas ocasion de merecer y de ejercitarse en obras de misericordia dentro de su casa, atendiendo que ellas no podian hacerlo en los hospitales.”

La Santa dice en su Vida: “Acabando de comulgar, segundo dia de Cuaresma en San Joseph de Malagon, se me representó nuestro Señor Jesu Cristo en vision imagi-

(1) Fundaciones, cap. XIII.

naria, como suele... Dijome... En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la Perlada que no proveyese y regalase á la enferma, era como los amigos de Job, que él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponian en aventura la paciencia.” (1)

Y en una de sus cartas á una Madre Priora: “y crea, mi Madre, que el dia que le faltaren enfermas, le faltará todo.” (2)

¿Despues de esto, se podrá todavia lamentar, gemir y creer que todo va á decaer porque Dios nos envia enfermas? Sin duda, que es bueno desear que la salud sea bastante sólida para sostener la observancia; es necesario preveer lo posible en las recepciones; pero cuando despues de haber obrado segun su conciencia, se ve alterar los temperamentos, cosa bien frecuente en nuestra época, es preciso someterse á la divina voluntad, que lo permite para dar á la caridad más ejercicio; la murmuracion nada remedia, pues se dirige á Dios que envia la enfermedad y á los superiores á quienes se juzga responsables. Esta es una ofensa grave, y si es á las enfermas, se comete una verdadera injusticia. ¿Además no se las expone y se expone una á sí misma, para cuando sufra la misma prueba, á perder el ánimo, la paciencia y el mérito del dolor? Cómo no pensar cuando se

(1) En los papeles de la Santa al fin de su vida.

(2) Carta L, tomo II.

ha oído decir de las otras, que una es pesada, que se nos mira con disgusto, como un estorbo, como una carga dañosa á la Comunidad, porque no observamos toda la regla? Confesemos que necesitaríamos en este caso un grado de virtud rara, para soportar nuestro estado con la alegre sumisión que debe mostrar una esposa de Jesús crucificado. ¿No oímos decir continuamente: Que Dios me preserve de la enfermedad; todo lo que le pido es seguir siempre la regla? Excelente oración, deseo justísimo; mas tengamos cuidado y sondeemos nuestro corazón para ver lo que tememos y el motivo que nos lo inspira: ¿no será un temor natural é imperfecto del sufrimiento, de la dependencia de la humillación que trae consigo la enfermedad? Concluamos que si no tenemos el ánimo de colocarnos en una santa indiferencia para todo lo que á Dios le agrade hacer en nosotras, es preciso al menos esconder en lo secreto de nuestro corazón toda tendencia contraria, á fin de no esponernos á contristar á nuestras hermanas ó darles motivo de desedificación.

Pidamos y deseemos ante todo que la voluntad de Dios se cumpla en cada una de nosotras, y abandonémonos plenamente en palabras y obras.

Tengamos sobre todo confianza que Dios nos hará la gracia de conservar la exacta observancia mientras nos vea fieles en

guardarla en todo lo que de nosotras dependa. Así sea.

CAPÍTULO VI

De las relaciones exteriores

I.— *Las personas de fuera.*

El salmista pedia á Dios le pusiese un freno á su boca y una guarda á sus labios porque sabía qué circunspeccion es necesaria para hablar. Esta peticion debe ser continua en nosotras, sobre todo en nuestras relaciones exteriores; pues por prevenir los abusos de la lengua los santos fundadores, y santa Teresa en particular, han tomado medidas tan severas y tan sabias para reglar nuestras conversiones, sea entre nosotras y aun más todavia con las personas de fuera. ¿Por qué está prescrita la oracion antes de entrar en el locutorio? Por qué está esta puerta siempre cerrada con llave, por qué una compañera, por qué este reloj de arena que mide el tiempo, por qué esta triple barrera que nos oculta á las miradas y este espeso velo que se levanta tan raramente? No es esto para advertirnos que nunca tendremos demasiado cuidado contra los inconvenientes del locutorio? ¿No dice nuestra santa Madre que la

relajacion se introduce en una comunidad por las frecuentes y largas visitas? Evitemos este peligro recordando las recomendaciones que ella nos ha hecho.

“Ya saben que sois Religiosas, y que vuestro trato es de oracion... Este es vuestro trato y lenguaje: quien os quisiese tratar, depréndale, ó sino guardaos de deprender vosotras el suyo, que será Inferno. Si os tuvieren por groseras, poco vá en ello; si por hipócritas, menos! Ganareis de aquí, que no os verá sino quien se entendiére por esta lengua, porque no lleva camino uno que no sabe algaravia, gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje: y así, ni os cansarán, ni dañarán, que no sería poco daño comenzar á hablar nueva lengua, y todo el tiempo se os iria en eso. Y no podeis saber, como yo que lo he experimentado, el gran mal que es para el alma, que por saber la una, se olvide la otra, y es un perpetuo desasosiego, del que en todas maneras habeis de huir: porque lo que mucho conviene para este camino que comenzamos á tratar, es paz y sosiego en el alma. Si los que os tratan quisieren deprender vuestra lengua (ya que no es vuestro de enseñar) podeis decir las riquezas que se ganan en deprenderla, y desto no os canseis, sino con piedad y amor y oracion, porque le aproveche, para que entendiendo la gran ganancia, vaya á buscar Maestro que le enseñe;

que no seria poca merced, que os hiciese el Señor despertar á alguna alma para este bien.” (1)

No obstante la severidad de nuestras reglas, nuestra santa Madre desea que nuestras conversaciones sean siempre tales que obliguen á amar la virtud. Quiere que nuestras palabras inspiren entusiasmo hacia el bien; es necesario, pues, ser amable sin afectacion, ni adulacion, por un motivo de pura caridad, sin salir de la simplicidad y modestia religiosa, que deben hacer todo el atractivo de nuestras conversaciones.

“Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversacion, y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemorizen y amedrenten de la virtud. A las Religiosas importa mucho esto, mientras mas santas, mas conversables con sus hermanas, que aunque sintais mucha pena (si no van sus pláticas todas, como vos las querriades hablar) nunca os estrañeis dellas, y ansí aprovechareis y sereis amadas. Que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar y contentar á las personas que tratamos, en especial á nuestras hermanas.” (2)

(1) Camino de perfeccion, cap. XX.

(2) Camino de perfeccion, cap. XLI.

“Estaba yo una vez con él en un Locutorio, (un Padre) y era tanto el amor que mi alma y espíritu entendia que ardia en el suyo, que me tenia á mí casi absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuan poco tiempo habia subido un alma á tan grande estado. Haciame gran confusion, porque le veia con tanta humildad escuchar lo que yo le decia en algunas cosas de oracion... Ví á Cristo con grandísima Majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y así me lo dijo y quiso que viese claro, que á semejantes pláticas siempre se hallaba presente y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en él., (1)

II.—*Los parientes.*

Nada mas legítimo que el afecto á los parientes, pues que la ley de Dios lo manda; pero sucede frecuentemente que esta ley se interpreta mal y que en lugar de someter nuestro afecto al dominio sobrenatural de la gracia, queremos gozarlo nosotros mismos con detrimento de los derechos de Dios. Es un error desgraciadamente demasiado comun en el mundo donde todo se difiere á sí mismo. En cuanto á nosotras, hijas de santa Teresa, sepamos juzgar me-

(1) Vida, cap. XXXIV.

jor las cosas y formemos nuestras ideas para arreglar nuestra conducta sobre las instrucciones y la experiencia de nuestra Madre. Uno de nuestros antiguos superiores ha dicho esta instructiva palabra: "Debemos amar á nuestros parientes más por caridad que por natural." Esto quiere decir, que el amor de Dios debe dominar en nosotros todo afecto terreno y que es preciso sacrificar todo apego humano para amar á Dios perfectamente.

Mas todavia; escuchemos á nuestro Señor: "El que ama á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí." Y tambien: "El que no aborrezca á su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas, por mi causa no puede ser mi discípulo." La palabra aborrecer, de la que se espantan tantas almas, no significa aquí la accion de detestar; significa que un verdadero discípulo de Jesucristo debe alejarse, separarse de corazon de los lazos que serian para él un obstáculo en el cumplimiento de la divina voluntad.

Sigamos el consejo de Santa Teresa:

"Orar por nuestros parientes es un deber," dice ella. Amémosles con una caridad pura y santa que les quiera todo el bien que ellos puedan esperar de la divina bondad; pero tengamos nuestro corazon al abrigo de los ataques demasiado sensibles, de las preocupaciones demasiado vivas, pues que nuestra santa Madre ve en esto

uno de los mas grandes obstáculos al adelantamiento de nuestras almas.

“En otras partes hay libertad para consolarse con deudos, aquí si alguna se admite, es para consuelo dellos mismos. La monja que desee ver deudos para su consuelo, y no se cansare á la segunda vez, si no son espirituales, téngase por imperfecta; crea que no está desasida, no está sana, no terná libertad de espíritu, no terná entera paz, menester ha médico. Y digo, que si no se le quita, y sana, que no es para esta Casa.

“El remedio que veo mejor es, no los ver hasta que se vea libre, y lo alcance del Señor con mucha oracion. Cuando se vea de manera, que lo tome por Cruz, véalos alguna vez en hora buena, para aprovecharlos en algo, que cierto los aprovechará, y no hará daño á sí.” (1)

“¡Oh si entendiésemos las Religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, cómo huiríamos dellos! Yo no entiendo que consolacion es esta que dan, aun dejado lo que toca á Dios, sino solo para nuestro sosiego y descanso. Que de sus recreaciones no podemos, ni es lícito gozar: sentir su trabajo sí. Ninguno dejamos de llorar, y algunas veces mas que los mismos. A osadas, que si algun regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu.

Deso estais aquí bien quitadas, como todo es comun, y ninguna puede tener regalo particular, así la limosna que las hacen es general, y queda libre de contentarlos por esto, que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto.

“Espantada estoy el daño que hace tratarlos, no creo lo creerá, sino quien lo tuviere por experiencia... En esta Casa, hijas mías, mucho cuidado de encomendarlos á Dios (después de lo dicho, que toca á su Iglesia) que es razon: en lo demás apartarlos de la memoria lo más que podamos, porque es cosa natural asirse á ellos nuestra voluntad más que á otras personas.

“Yo he sido querida mucho dellos, á lo que decían, y yo los quería tanto, que no los dejaba olvidarme: y tengo por experiencia en mí y en otras, que dejados Padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos (y es razon con ellos, cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos que no nos hacen daño á lo principal, no seamos estrañas, que con desasimiento se puede hacer, y tambien con hermanos) en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido quien menos me han ayudado en ellos, y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios... Porque como estos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras.

“...Todo este decirnos que huyamos del mundo, que nos aconsejan los Santos, claro

está que es bueno. Pues creed que, como he dicho, lo que más se apega dél, son los deudos, y lo más malo de desaparecer.

“Por eso hacen bien las que huyen de sus tierras, si les vale digo, que no creo vá en huir el cuerpo, sino que determinada-mente se abraza el alma con el buen Jesus, Señor nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo.” (1)

III.—*Los bienhechores.*

El reconocimiento es un sentimiento noble y delicado, que graba en el fondo del alma el recuerdo de los beneficios recibidos y hace nacer la necesidad de manifestar este recuerdo con testimonios sensibles y actos de sacrificios generosos. Es como un resto de la justicia original, que segun el orden perfecto que ella establece en nuestro ser, pone siempre á Dios en primer lugar y le rinde sin cesar un tributo de alabanzas y acciones de gracias por los dones que su liberalidad infinita nos ha distribuido, sea por sí mismo, sea por las criaturas de quien se sirve para hacernos bien. El pecado ha destruido este bello orden y sus funestas consecuencias han introducido en el mundo el egoismo que hace su idolo del Yo. De aquí nace el vergonzoso olvido, la negra ingratitud, cuyo principio

(1) Camino de perfeccion, capítulo IX.

es el orgullo, creyendo que todo le es debido y que él no debe nada á nadie; así el agradecimiento, que debia ser una cualidad natural, se cuenta ahora entre las virtudes cristianas. Ella ha brillado en todos los santos y nuestra santa Madre no cede á ninguno en esta materia.

Aquí tenemos la prueba:

“Y como se holgarán, si ven alguno por la limosna que les ha hecho, librarse del infierno, que todo es posible; porque están muy obligadas á rogar por ellos muy continuamente, pues os dan de comer. Que tambien quiere el Señor, que aunque viene de su parte, que tambien lo agradezcamos á las personas por cuyo medio nos lo dá: y desto no haya descuido.” (1)

Si todos los rasgos de reconocimiento de la Santa hubiesen sido fielmente recogidos, el número que se pudiera citar seria inmenso. Como era tan humilde, el más pequeño dón que le hicieran, la movia al mismo agradecimiento que un insigne beneficio; y así manifestaba su gratitud por todas las vias que le era posible y sobre todo por la oracion. A un hombre, porque yendo de camino en un lugar la dió un jarro de agua, tuvo cuidado de encomendarle á Dios algunos años. Decia: “Bien veo que no es perfeccion en mí esto que tengo de ser agradecida, debe de ser natural,

(1) Camino de perfeccion, cap. II.

que con una sardina que me den me sobornarán.” (1)

Admiremos é imitemos estos bellos ejemplos; hagámonos un deber riguroso del reconocimiento, primeramente á Dios, que es el autor de todos los dones, y á quien debe ser primero atribuida la gloria. Además no olvidemos jamás á quien nos hace el bien en su nombre y que nuestro proceder hácia ellos sea la expresion de la gratitud debida á sus servicios, sean de cualquier especie. Nuestro Señor y su fiel esposa santa Teresa aman los corazones reconocidos.

(1) Rivera, capítulo XXIII.



TERCERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO

De la humildad.

I.—*Su definicion, necesidad de la humildad y del propio conocimiento.*

Nuestro Señor dice en el Apocalipsis:
“Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin.” Él es efectivamente el principio de todas las cosas y el término á donde deben llegar. Podemos en proporcion aplicar este principio á las virtudes que corren de este divino manantial, y sobre todo á la humildad, porque es ella en el orden de la gracia principio y fin: principio de santificacion, principio de glorificacion. San Pablo nos lo prueba por el ejemplo de nuestro Señor.

“Se humilló hasta anonadarse á sí mismo, por esto Dios le exaltó.” La humildad

es, pues, la base del edificio espiritual y ella es tambien el todo, porque sola ella hace á las otras virtudes dignas de recompensa. ¿Que seria la fé, la oracion, la penitencia, y la caridad misma sin la humildad? Si la caridad es la reina de las virtudes, la humildad es la madre. Ella las produce, las mantiene, las perfecciona y las corona. Para convencernos vamos á la escuela de santa Teresa.

En todas sus obras habla elocuentemente de la humildad; y no es inútil advertir que su libro del "Castillo interior," donde describe los estados mas elevados de la union del alma con Dios, es el que trata más de la humildad, como para enseñarnos que los dones mas sublimes de nada servirian sin esta virtud indispensable. Es una perla preciosa, y tanto más rara cuanto que pocas personas buscan el descubrir y apreciar su valor. Ensayemos el estudiar el language de santa Teresa sobre tan importante objeto.

Ella pregunta por qué nuestro Señor recomienda y ama tanto esta virtud, y responde: "Es porque Dios es verdad, y la humildad no es otra cosa que andar en verdad." ¿Qué es entonces la verdad? ¿No es la luz divina manifestada á las almas, es decir, ver, juzgar, amar como Dios ve, juzga y ama? Mas él habita, nos dice el Apóstol, en una luz inaccesible, y fuera de él no hay mas que tinieblas; ¿cómo pues llegar á con-

cebir esta justa idea de todas las cosas, y andar en la verdad? Es por el Verbo que Dios ha enviado al mundo para mostrarle el camino de la verdad; á él debemos seguir cuando nos dice: "Aprended que yo soy humilde de corazon." Esta leccion única y clara lo encierra todo. Santa Teresa lo demuestra con evidencia en una palabra que es el complemento de la primera: "Debemos estar contentos con todo lo que Dios haga de nosotros y en esto consiste la humildad." San Bernardo da poco más ó menos la misma enseñanza, pues dice que la humildad es una sumision plena y entera á Dios, adquirida por el conocimiento de lo que él es y lo que nosotros somos. Así digámoslo sin rodeo: esta virtud es la más difícil de conseguir, porque es la más contraria á nuestra naturaleza corrompida, que tiende siempre á reconquistar aunque sea por medios subversivos, los dones que ella ha perdido. De aqui nace el error y la mentira, hijas del orgullo; pues no mirándose más que á sí mismo, se extravía y se pierde en las tinieblas de la ignorancia y del pecado. La mayor parte de las almas no tienen la humildad sino en la teoría ó simple especulacion; permanece como un aborto que no tiene bastante vida para crecer y desenvolverse. ¿Por qué? porque nos falta el ánimo para mirarla de frente y para cumplir los sacrificios que exige. Es bastante facil creerse miserable, pero

cuesta mucho cuando es preciso aceptar las consecuencias. Hacemos de nuestra alma una sensitiva á quien no se puede tocar sin ajar.

“...En especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras, dando á Dios lo que es suyo, y á nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así ternemos en poco este mundo, que es todo mentira, y falsedad, y como tal no es durable.

“Una vez estaba yo considerando, por qué razon era nuestro Señor tan amigo desta virtud de la humildad; y púsoseme delante, á mi parecer sin considerarlo, sino de presto esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria, y ser nada: y quien esto no entiende, anda en mentira; á quien más lo entiende, agrada más á la suma verdad, porque anda en ella. Plega á Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás deste propio conocimiento. Amen.” (1)

“En la humildad, y mortificacion, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay más seguridad... Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor qui-

(1) Moradas sextas, cap. X.

siere hacer dellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos., (1)

“Virtudes pido yo á nuestro Señor me las dé, en especial humildad, y amor unas con otras, que es lo que hace al caso., (2)

El fundamento de la humildad, es el conocimiento propio y esto justifica la definición de santa Teresa: “La humildad es andar en verdad., Conocerse es una ciencia que como todas las otras se adquiere por el estudio: es un don y es necesario orar para obtenerlo.

El estudio consiste en examinar segun la verdad, es decir bajo la mirada de Dios, lo pasado, lo presente, y lo venidero; nuestro origen, la nada; nuestra naturaleza, un poco de barro lleno de inmundicias y flaquezas; más allá de nuestra corta vida, un sepulcro que nos reducirá á polvo y una eternidad en la que nos sumergirá una sentencia sin apelacion. Lo que debemos sobre todo profundizar, es la grandeza de nuestra miseria, la multitud de nuestras faltas, de nuestras pasiones, de nuestros vicios, la malicia de nuestros pecados, el número y el valor de nuestras obras malas ó inútiles, nuestras depravadas tendencias, nuestra imposibilidad para el bien, y aun tambien las pretendidas ventajas de

(1) Camino de perfeccion, cap. XVII.

(2) Carta XLIII, tom. I.

que nuestro orgullo se alimenta, con detrimento de la verdad.

Pero en lugar de entregarse seriamente á este estudio, frecuentemente se contenta con un examen superficial: continuamente tambien se estudia sus gustos para satisfacerlos, sus repugnancias para darles la razon, sus faltas para disimularlas, sus flaquezas para excusarlas, despues se cubre todo esto con un velo officioso que llaman hacerse justicia. En realidad no se conocen, se evita el conocerse bien, pues que conocerse es despreciarse y no se puede amar lo que se desprecia, porque el amor propio no se une mas con el propio conocimiento, que la verdad con la mentira. De aquí viene, que tantas almas faltas de conocerse segun Dios, se dejan seducir y engañar por el orgullo ó vuelven atrás aterradas y desconcertadas desde que descubren un poquito lo que su mal fondo encierra. El remedio para este mal es la oracion; repitamos pues amenudo con San Agustin: "Que yo os conozca Dios mio y que yo me conozca!", porque en el conocimiento de Dios encontramos el suplemento de todo lo que nos falta.

"Bendito sea el que me dió luz en esto para siempre jamas; y así me la dá si en alguna cosa acierto hacer bien, que cada dia me espanta mas el poco talento que tengo en todo. Y esto no se entienda que es humildad, sino que cada dia lo voy vien-

do más, que parece quiere nuestro Señor, que conozca yo, y todos, que solo es su Majestad el que hace estas obras, y que, como dió vista al ciego con lodo, quiere que á cosa tan ciega como yo, haga cosa que no lo sea... bendita sea su misericordia. Amen., (1)

Aquí no solo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea. Porque el sol está muy claro, y así por mucho que trabaja un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este Sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le dá el Sol, está muy claro; y si da en él, vése que está todo lleno de motas... Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad, como se mira á sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse así ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se la dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y así no se pega nada á las manos, todo el bien que tiene va guiado á Dios: si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí, y aunque quiera, no puede ignorarlo; porque lo ve por vista de

(1) Fundaciones, cap. XXIX.

ojos, que mal que le pese, se los hacen cerrar á las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades., (1)

Santa Teresa tiene mucha razon en decir que el conocimiento propio debe adquirirse y perfeccionarse por el de Dios “pongamos los ojos en Cristo nuestro bien... y en sus Santos., (2) “Acercaos á él dice el profeta y sereis iluminados., Esta luz nos pondrá en el camino de la verdad, y en los humildes sentimientos que debemos tener de nosotros mismos sin desanimarnos, mirando al Todopoderoso como nuestra ayuda y apoyo. Cuanto mas descendiéremos al fondo bajo de nuestra miseria, mas se nos manifestará y nos sostendrá, como el águila que lleva sus hijuelos para hacerles contemplar el sol.

“...Y tambien va creciendo la perfeccion, y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algun tiempo; y mientras mas crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí, y para los otros., (3)

“...No se estruye en estar mucho tiempo en una pieza sola, aunque sea en el propio conocimiento, que con cuan necesario es esto (miren que me entiendan) aun á las que las tiene el Señor en la misma morada

(1) Vida, cap. XX.

(2) Moradas primeras cap. II.

(3) Vida, cap. XXI.

que él está, que jamás por encumbradas que estén les cumple otra cosa, ni podrá aunque quiera: que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel: que sin esto todo va perdido. Mas consideremos, que la abeja no deja de salir á volar para traer flores; así el alma en el propio conocimiento, créame, y vuela algunas veces á considerar la grandeza y Majestad de Dios...

“No sé si queda dado bien á entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ello hubiese jamás relajacion, por subidas que esteis en los cielos, pues mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad... Mas que busquen cómo aprovechar más en esto, y á mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer á Dios, mirando su grandeza, acudamos á nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuan lejos estamos de ser humildes.

“...Si nunca salimos de nuestro cieno, y miseria es mucho inconveniente... metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía, de mirar si me miran, no me miran: si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable

trate de cosa tan alta como la oracion...

“¡Oh váleme Dios, hijas, que de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto les parece humildad, y otras muchas cosas que pudiera decir; y viene de no acabar de entendernos, tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanto, que esto y más se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad, y en sus santos, ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde.” (1)

II.—*Caracteres de la verdadera y falsa humildad.*

En cuestion de humildad parecería temerario querer decirlo todo; el capítulo de las ilusiones, sobre todo, parece inagotable. Bien habil sería el pincel ó la pluma que hiciera su fiel retrato. ¡Ay de mí! no es necesario volver mucho sobre sí mismo para convenir en esta triste verdad, ignorada sin embargo, de muchas personas. El orgullo tiene innumerables ramas: amor propio, vanidad, suficiencia, suceptibilidad, etc.; nos envuelve de tal manera, que se

(1) Moradas primeras, cap. II.

obscorece nuestra vista; un monton de multiplicadas producciones que se deslizan en nuestros pensameintos, nuestras palabras, nuestros movimientos, nuestras intenciones, nuestras omisiones, se nos escapan y amenudo nos engañan, haciéndonos tomar el cambio bajo especiosos pretestos llegando algunas veces hasta aplaudirlo como una cosa meritoria. Ningun vicio sabe disfrazarse tanto como el orgullo.

Procuremos descubrir, á la luz de santa Teresa, algunos de sus pérfidos escollos y emprendamos el saber discernir la humildad verdadera de aquella que falsamente le usurpa el nombre.

“Son grandes los ardides del demonio, que por hacernos entender que tenemos una no la teniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razon, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raiz: así como las que da Dios están libres della, y de soberbia.

“Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que cuando están en oracion. les parece querrian ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y despues una falta pequeña encubririan si pudiesen, ó que si no la han hecho, y se la cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto sufre, para no hacer caso de lo que á solas determinó á su parecer, que en

hecho de verdad no fué determinacion de la voluntad (que cuando esta hay verdadera, es otra cosa) sino alguna imaginacion, que en esta hace el demonio sus saltos y engaños., (1)

“En cosas, que dicen de mí de murmuracion (que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos) tambien me siento mejorada. No parece me hace casi impresion más que á un bobo, y paréceme algunas veces tienen razon, y casi siempre.

“Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo experiencia, que gana mi alma mucho; antes me parece me hacen bien. Y así ninguna enemistad me queda con ellos en llegándome la primera vez á la oracion: que luego que lo oigo, un poco de contradiccion me hace, no con inquietud, ni alteracion; antes como veo algunas veces otras personas, me dán lástima: es así, que entre mí me rio, porque parecen todos los agravios de tan poco tomo los desta vida, que no hay que sentir, porque me figuro andar en un sueño, y veo, que en despertando, será todo nada., (2)

Sirvámonos de esta justa comparacion para alejar de nosotros cierto estado delirante que nos hace presumir de nosotros mismos y nos conduce lejos del camino de

(1) Moradas quintas, cap. III.

(2) Carta XII, tomo II.

la verdad. En este peligroso sueño, el demonio nos mece; despertémonos y pongámonos en guardia. Santa Teresa nos lo advierte.

“Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras. Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño, para no ir muy adelante gente que tiene oracion, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar á los Santos, y desear ser mártires. Luego nos dice ó hace entender, que las cosas de los Santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores. Esto tambien lo digo yo, mas hemos de mirar cuál es de espantar, y cuál de imitar; porque no seria bien, si una persona flaca, y enferma, se pusiese en muchos ayunos, y penitencias ásperas, yéndose á un desierto, á donde ni pudiese dormir ni tuviese que comer, ó cosas semejantes.

“Mas pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, á tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado á la hacienda.” (1)

“Todas las mercedes que me habia hecho el Señor, se me olvidaban, solo quedaba una memoria, como cosa que se ha so-

(1) Vida, capítulo XIII.

ñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacia andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que yo no lo habia sabido entender; y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habian levantado, me parecia eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa, que el demonio inventaba para desasossegarme, y probar si puede traer el alma á desesperacion: y tengo tanta esperiencia que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solia. Vése claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la escuridad y afliccion que en ella pone, la sequedad, y mala disposicion para oracion, ni para ningun bien, parece que ahoga el alma y ata el cuerpo, para que de nada aproveche... En esta otra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningun bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe, que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio, que la haga perder) es de manera, que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia le ayuda á mayor tormento porque me parece estaba obligada á más.

“Es una invencion del demonio de las

más penosas y sutiles, y disimuladas, que yo he entendido dél:... no piense que va en letras y saber, que aunque á mí todo me falta, despues de salida dello, bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es, que quiere y permite el Señor.” (1)

„Dábame algunas veces, y duróme hartos dias, y parecia era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentacion (un Frayle Dominico, gran letrado, me lo declaró bien) cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace, se habian de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma.

“...Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores (que despues vine yo á entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba) y me enseñó el Señor esta verdad, que si yo tan determinada y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mia, sino de Dios, que así como no me pesaba de oir loar á otras personas, antes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaria mostrase en mí sus obras.

“Tambien di en otro extremo,... si veia yo que una persona pensaba de mí bien mucho, por rodeos ó como podia, le daba á entender mis pecados, y con esto parece

(1) Vida, capítulo XXX.

descansaba: tambien me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedia esto, no de humildad á mi parecer, sino de una tentacion venian muchas., (1)

“Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad. Si, que no está la humildad en que si el Rey os hace una merced, no la tomeis, sino tomarla y entender cuan sobrada os viene y holgaros de ella. Donosa humildad, ¿qué me tenga yo al Emperador del Cielo y de la tierra en mi casa, que se viene á ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad, ni le quiera responder, ni estarme con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo? ¿Y que estándome diciendo y rogando que le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabó de determinarme?

“No os cureis, hijas, destas humildades sino tratad con él como Padre, y como con Hermano, y como con Señor, y como con Esposo, á veces de una manera, á veces de otra, que él os enseñará lo que que habeis de hacer para contentarle. (2)

“Pues guárdeos tambien, hijas, de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud, de la gravedad de nuestros

(1) Vida, cap. XXXI

(2) Camino de perfeccion, cap. XXVIII.

pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras., (1)

Fijemos ahora nuestras miradas sobre las señales por las cuales se conoce la humildad verdadera, sólida, meritoria y la sola digna de las divinas promesas.

“Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos y se sienten con verdad) no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni dá sequedad, antes la regala, y es todo al reves, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte con harta, de ver cuan gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuan bien empleada es: duélele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad, porque tanto lo sufrió., (2)

“Pues mirad, que dice San Agustin que le buscaba en muchas partes, y que le vino á hallar dentro de sí mismo. ¿Pensais que importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al Cielo, ni para regalarle con El, ni ha menester hablar á voces? Por paso que hable,

(1) Camino de perfeccion, cap. XXXIX.

(2) Vida, cap. XXX.

está tan cerca que nos oirá, ni ha meneste alas para ir á buscarle, sino ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no estrañarse de tan buen huesped, sino con gran humildad hablarle como á Padre, pedirle como á Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija.” (1)

“Mirad mucho, hijas, mirad mucho en este punto que os diré, porque alguna vez podrá ser humildad y virtud tenernos por tan ruin, y otras, grandísima tentacion porque yo he pasado por ella la conozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, sino viene con paz, y regalo, y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habian de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí, y contento, que no querriamos vernos sin ella: no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace habil para servir á Dios. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo pretende el demonio, que pensemos tenemos humildad, y si pudiese á vueltas, que desconfiásemos de Dios. Cuando así os halláredes, atajad el pensamiento de vues-

(1) Camino de perfeccion, cap. XXVIII.

tra miseria lo más que pudiéredes; y ponedlo en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama y padeció por nosotros. Y si es tentacion, aun esto no podreis hacer, que no os dejará sosegar el pensamiento, ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más: harto será si conoceis es tentacion., (1)

“Pues deprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este nuestro buen Maestro., (2)

“¡Oh humildad, qué grandes bienes haces á donde estás, y á los que se llegan á quien la tiene!., (3)

Abracémonos con esta humildad que da confianza y paz. ¿De dónde vienen la mayor parte de nuestros alborotos, desfallecimientos, enfermedades espirituales? del amor propio descontento de sí ó de los otros, es decir de la falta de humildad. ¿Queremos poseer la paz? En cuanto nuestro espíritu se vea amenazado ó embestido de un temor que produzca el malestar y la agitacion, detengámonos un instante: busquemos sin adularnos la causa, trabajemos en descubrir la verdad en el fondo de nuestro corazon; despues hagámonos justicia humillándonos delante de Dios y aun, si la ocasion pide, delante de los hombres; pron-

(1) Camino de perfeccion, cap. XXXIV.

(2) Camino de perfeccion, cap. XLII.

(3) Vida, capítulo XXIII.

to experimentaremos que la humildad es el origen y guardiana de la paz.

III.—*Peligros del pundonor.*

¡El pundonor! Es así como califica santa Teresa á una de las mayores flaquezas del orgullo. Parece le faltan segun su deseo espresiones bastante fuertes para anatematizarlo y quiere á toda costa cerrarle la entrada de sus monasterios. Ella comienza por definir la verdadera honra á fin de fijar nuestro juicio segun la verdad.

“¡Qué señorío tiene un alma, que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello! Qué corrida está del tiempo en que lo estuvo!...

“Fatígame del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra: vé que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende, que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba, y no contenta á Dios.” (1)

“Tiene el pensamiento tan habituado á entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños:

(1) Vida, cap. XX.

riese entre sí algunas veces, cuando vé á personas graves de oracion y Religion, hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discrecion, y autoridad de su estado, para más aprovechar; sabe ella muy bien, que aprovecharian más en un dia que pospusiesen aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años.” (1)

“...Crea V. m. que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algun punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este atamamiento, que es una cadena, que no hay lima que la quiebre, si no es Dios con oracion, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espanta á las gentes. ¡Válgame Dios! ¿Por qué está aun en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfeccion? Qué es esto? Quién detiene á quien tanto bien hace por Dios? O que tiene un punto de honra; y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio, que es obligado á tenerle.

(1) Vida, cap. XXI. *IX. XX. que abiv* (1)

Pues créanme, crean por amor del Señor á esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que á todo el arbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es arbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar á los que andan cabe él; porque la fruta que dá buen ejemplo, no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto ó compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño el alma, más en este camino de oracion es pestilencia.

“¿Andas procurando juntarte con Dios por union, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos, no tengo en qué ni se me ofrece: yo creo que quien tuviere esta determinacion, que no querrá el Señor pierda tanto bien, su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos á la obra.” (1)

El punto de honra es amenudo la cau-

(1) Vida, cap. XXXI. *IXX. quo abiv* (1)

sa de los grandes males que acaecen en el mundo; produce las guerras, las discordias, las muertes, el odio, la envidia y la venganza; atrae tambien terribles desórdenes en los más santos monasterios si se le deja entrar. Es una raiz de iniquidad tanto más peligrosa, cuanto ella crece naturalmente en nuestro espíritu y en nuestro corazon. Hace nacer las parcialidades, las divisiones y los rencores; las almas que se alimentan con este veneno pérfido, quieren que se tome en consideracion su edad, sus servicios verdaderos ó pretendidos; se quejan como de una ofensa ó una injuria si no les rinden ciertas deferencias, y aun si involuntariamente se falta en el agasajo, en la atencion y en la amabilidad. Estiman los empleos más elevados, y si no obtienen los que les halaga, muestran su tristeza y su pesar con destreza, dejándose atormentar por sus reflexiones enfadosas, ocupándose sin cesar de sus pretensioncillas y del amor propio herido. ¡Oh flaqueza! ¡oh desdicha! Qué hay más vergonzoso! Qué dignas de lástima son estas almas! Mas dejemos hablar á santa Teresa y meditemos su lenguaje enérgico.

“Plega á su Majestad llevarlo siempre adelante, porque seria cosa tan terrible ser al contrario, y muy recio de sufrir, pocas y mal avenidas. No lo permita Dios. Si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luego, y hagan grande

oracion; y en cualquiera destas cosas, que dure, ó bandillos, ó deseo de ser más, ó puntillo de honra (que parece se me yela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algun tiempo venir á ser, porque veo es el principal mal de los monasterios) cuando esto hubiere, dense por perdidas; piensen, y crean haber echado á su Esposo de casa, y que en cierta manera le necesitan ir á buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen á su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar y comulgar tan á menudo, teman si hay algun Judas. Mire mucho la Priora, por amor de Dios, en no dar lugar á esto, atajando mucho los principios que aquí está todo el daño, ó remedio... ¡Oh que es gran mal! Dios nos libre de monasterio donde entrare! Yo mas querria que entrase en éste un fuego que nos abrasase á todas., (1)

“En los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial si tocan á mayorías. Dios nos libre por su Pasion de decir, ni pensar para detenerse en ello, si soy más antigua en la órden, si he más años, si he trabajado más, si tratan á la otra mejor.

“Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza, que si se detienen en ellos, ó los ponen en plática, es

(1) Camino de perfeccion, capítulo VII.

pestilencia, y de donde nacen grandes males en los monasterios. Si tuvieran Perlada que consienta cosas destas, por poca que sea, crean que por sus pecados ha permitido Dios la tengan, para comenzar á perderse, y clamen á él, y toda su oracion sea porque dé el remedio, porque están en peligro. Podrá ser que digan, que para qué pongo tanto en esto, y que vá con rigor... Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra, ó de hacienda (y esto tambien puede haber en los monasterios, como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones y mayor seria la culpa) aunque tengan muchos años de oracion, ó por mejor decir, consideracion (porque oracion perfecta en fin quita estos resabios) nunca medran mucho, ni llegarán á gozar el verdadero fruto de la oracion. Mirad si os vá algo, hermanas, en estas que parecen naderias, pues no estais aquí á otra cosa. Vosotras no quedais más honradas, y el provecho perdido, para lo que podriades más ganar: así que deshonra, y pérdida cabe aquí junto, cada una mire en lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada., (1)

Se trata pues de emplear los medios capaces de impedir tan grandes males; solo la humildad nos puede preservar de ellos. Cuando hayamos adquirido el conocimiento real y sincero, no tendremos ninguna

(1) Camino de perfeccion, capítulo XII.

pena en despreciarnos, en preferir el último lugar, en recibir voluntariamente como cosa merecida un olvido, una falta de atención, una reprension, un abatimiento cualquiera; entonces Dios, testigo de nuestros esfuerzos, nos hará la gracia de que juzguemos estas cosas en el verdadero sentido, es decir, mirándolas como beneficios y alegrándonos con ellas. Esta es una de las grandes ventajas de la humildad.

“Paréceme, que el verdadero humilde, aun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría; porque como es tan sagaz, teme el golpe. Es imposible si una es humilde que no gane más fortaleza en esta virtud, y aprovechamiento, si el demonio la tienta por ahí: porque está claro que ha de dar vuelta sobre su vida, y mirar lo poco que ha servido, con lo mucho que debe al Señor, y la grandeza que él hizo en abajarse á sí, para dejarnos ejemplo de humildad, y mirar sus pecados y á donde merecía estar por ellos. Y con estas consideraciones sale el alma tan gananciosa, que no osa tornar otro día, por no ir quebrada la cabeza.

“Este consejo tomad de mí, y no se os olvide, que no solo en lo exterior, que sería gran mal no quedar con ganancia, mas en lo interior procurad que la saquen las hermanas de vuestra tentacion, si quereis vengaros del demonio, y libraros más presto de la tentacion: y que así como os ven-

ga, os descubrais á la Perlada, y le rogueis y pidais que os mande hacer algun oficio bajo, ó como pudiéredes lo hagais vos, y andeis estudiando en esto, como doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá, y con mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa, y con esto durará poco la tentacion, y procurad mucho que dure poco. Dios nos libre de personas que le quieren servir, acordarse de honra ó temer deshonra: mirad que es mala ganancia, y como he dicho, la misma honra se pierde con desearla, especial en las mayorias, que no hay tósigo en el mundo que así mate, como estas cosas, la perfeccion.

“Direis que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso dellas; no os burleis con eso, que crece como espuma en los monasterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro, como son estos puntos de honra, y mirar si nos hicieren agravio. Sabéis porque (sin otras hartas cosas) por ventura en una comienza por poco, y no es casi nada, y luego mueve el demonio á que á la otra le parezca mucho, y aun pensará que es caridad decirle, que cómo consiente aquel agravio, que Dios le dé paciencia, que se lo ofrezca, que no sufriera más un Santo.

“Finalmente, pone el demonio un caramillo en la lengua de la otra, que ya que acabais con vos de sufrir, quedais aun ten-

tada de vanagloria, de lo que no sufristeis con la perfeccion que se habia de sufrir... ¡Oh, por amor de Dios, hermanas mias, que á ninguna la mueva indiscreta caridad, para mostrar lástima de la otra, en cosa que toque á estos fingidos agravios, que es como la que tuvieron los amigos del Santo Job, con él y su mujer!., (1)

“Veis aquí como los Santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedian. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar, y tanto hay que se me perdone? ¿Señor mio, si habrá algunas personas que me tengan compañía, y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo, que se les acuerde desto, y que no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece que hacemos casas de pagitas, como niños, con estos puntos de honra.

“¡Oh válame Dios, hermanas, si entiésemos qué cosa es honra, y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con vosotras (que harto mal seria no tener ya entendido esto) sino conmigo, el tiempo que me precié de honra... Y que bien dijo quien dijo que honra y provecho no podian estar juntos, aunque no sé si lo dijo á este propósito; y es al pie de la letra, que el pro-

(1) Camino de perfeccion, cap. XII.

vecho del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca pueden estar juntos. Cosa espantosa es ver, qué al revés anda el mundo. Bendito sea el Señor, que nos sacó del...

“Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio, también inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes que suben y bajan en dignidades, como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto...

“Pues entre monjas la que ha sido Priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo, un mirar en la que es más antigua; que esto no se nos olvida, y aun á las veces parece que merecemos en ello, porque lo manda la orden. Cosa es para reír ó para llorar, que lleva más razón: sé que no manda la orden, que no tengamos humildad. Mándalo, porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de orden como de otras cosas della, que por ventura guardaré imperfectamente: no esté toda nuestra profesión de guardarla en esto, otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinados á subir (aunque no subiremos por aquí al cielo) no ha de haber bajar.

“¡Oh Señor! ¿Sois vos nuestro dechado, y Maestro? Sí por cierto: ¿pues en qué estuvo vuestra honra, honrado Maestro? No la perdistes por cierto en ser humillado

hasta la muerte. No, Señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! Por amor de Dios, hermanas, que llevaremos perdido el camino, si fuésemos por aquí, porque vá errando desde el principio. Y plega á Dios, que no se pierda algun alma, por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra.” (1)

“¡Oh Colegio de Cristo, que tenia más mando San Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de Rey! Sabía su Majestad lo que habia de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes ó para tapias. ¡Válame Dios, qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en su Majestad, que sí hará. Cuando algo desto en alguna hubiese, póngase luego remedio, y ella tema no sea estar Judas entre Apóstoles; denla penitencia hasta que entienda, que aun tierra muy ruin no mereció ser.” (2)

IV.—*Humildad en los dones de Dios y en las virtudes.*

El orgullo es un enemigo artificioso, escondido, que hace sus mayores estragos

(1) Camino de perfeccion, cap. XXXVI.

(2) Camino de perfeccion, cap. XXVII.

por la noche, como el sembrador de la zizaña de que habla el Evangelio, es decir, cuando falta la vigilancia ó se duerme en un reposo engañoso. Es un ladrón que vive á espensas del alma y de la gloria divina cuyos derechos usurpa. ¿No es muy ordinario ver almas perfectas en lo demás pero poco ilustradas para atribuirse algún bien, gloriarse de sus obras, de sus cualidades, y decir al menos entre sí como el fariseo: “Yo no soy como los otros, yo no tengo los defectos de este, yo hago mejor que aquel?”

¿No llegan á veces á creer que las gracias de Dios les son debidas; pues ó se murmura si se tardan en obtener las que se desean, ó se persuade fácilmente si se obtienen, que son el resultado de nuestras oraciones, de nuestros esfuerzos y la recompensa de nuestros méritos? Santa Teresa llena de luz nos instruye maravillosamente sobre esto.

“Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior, pasad adelante de vuestras obrillas, que por ser cristianas debeis todo eso, y mucho más; y os basta que seais vasallas de Dios: no queráis tanto, que os quedeis sin nada. Mirad los Santos que entraron á la cámara deste Rey, y vereis la diferencia que hay dellos á nosotras. No pidais lo que no teneis merecido, ni habia de llegar á nuestro pensamiento, que por mucho que sirvamos, lo hemos de merecer los que hemos ofendido á Dios.

“¡Oh humildad, humildad! No sé que tentacion me tengo en este caso, que no puedo acabar de creer á quien tanto caso hace destas sequedades, sino que es un poco de falta della.” (1) “...Y tambien sé que no está el negocio en lo que toca al cuerpo, que esto es lo menos, que el caminar que digo es con una grande humildad: que (si habeis entendido) aquí creo está el daño de las que no van adelante, sino que nos parezca que hemos andado pocos pasos, y lo creamos así, y los que andan nuestras hermanas nos parezcan muy presurosos, y no solo deseemos, sino que procuremos nos tengan por la más ruin de todas. Y con esto este estado es excelentísimo, y sino toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias; porque, como no hemos dejado á nosotras mismas es muy trabajoso, y pesado, porque vamos muy cargadas desta tierra de nuestra miseria, lo que no van los que suben á los aposentos que faltan.

“...Si son humildes, moverse han á hacimientos de gracias.” (2)

“Luego quereis, mis hijas, procurar tener esta oracion, y teneis razon, que (como he dicho) no acaba de entender el alma las que allí le hace el Señor, y con el amor que la va acercando más á sí. Que cierto

(1) Moradas terceras, cap. I.

(2) Moradas terceras, cap. II.

está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido, dejemos cuando el Señor es servido de hacerla porque su Majestad quiere, y no por más, él sabe el por qué, no nos hemos de meter en eso.

“Despues de hacer lo que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad; por esta se deja vencer el Señor á cuanto dél queremos: y lo primero en que vereis si la teneis, es en no pensar que mereceis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habeis de tener en vuestra vida... bien creo, que quien de verdad se humillare, y deshaciere (digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo) que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabemos desear.” (1)

“¡Oh hijas, que mucho veremos, si no queremos ver más de nuestra bajeza y miseria, y entender que no somos dignas de ser siervas de un Señor tan grande, que no podemos alcanzar sus maravillas!” (2)

La Santa añade hablando de sí misma:

“Paréceme, que aunque con estudio quiesiese tener vanagloria, que no podria, ni veo como pudiese pensar que ninguna destas virtudes es mia; porque ha poco que

(1) Moradas cuartas, cap. II.

(2) Moradas quintas, cap. I.

me vi sin ninguna muchos años, y ahora de mi parte no hago mas de recibir mercedes, sin servir, sino como la cosa más sin provecho del mundo., (1)

Con esta humilde expansion nos enseña nuestra Madre, que si la verdadera humildad no se gloria de nada, sabe al menos referir todo á Dios y reconoce los bienes que le ha dado. Lejos de negarlo como lo hace la falsa virtud, dá á su autor todo el homenaje de sus dones y por este medio se dispone á recibir otros de nuevo. El reconocimiento es un fruto de la humildad. Huyamos pues de ese pretendido orgullo que amenudo por atraerse las alabanzas, finge abatirse y despreciarse sin tener la conviccion en la realidad. Si alguno se pone de parte de estos humildes en apariencia, se les verá sonrojarse, extrañarse y mudar de lenguaje. Cuando una es verdaderamente humilde, habla poco de sí, no se ocupa de los otros, se olvida y gusta que le olviden. Oigamos á nuestra Maestra.

“¿Y qué mas ganancia, que tener algun testimonio que contentamos á Dios? Ansi que quien aquí llegare, alábele mucho, cóñzcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

“No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humil-

(1) Carta XII, tom. II.

dad no entender que el Señor les vá dando dones. Entendamos bien, bien como ellos, que nos lo dá Dios sin ningun merecimiento nuestro, y agradezcámoslo á su Majestad; porque si no conocemos qué recibimos, no nos despertaremos á amar: y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad: lo demás es acobardar el ánimo á parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor á dárselos, comienza él á atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos, que quien nos dá los bienes, nos dará gracia, para que en comenzando el demonio á tentar en este caso, le entendamos, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar solo á él, y no á los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más á una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues si es lícito y tan meritorio que siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenia hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito que entienda yo, vea, y considere muchas veces, que solía hablar en vanidades; y que ahora me ha dado el Señor, que no

querría sino hablar en él? He aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida á amar, que es todo el bien de la oracion fundada sobre humildad... ¿Pues cómo aprovechará, y gastará con largueza, el que no entiende que está rico? Es imposible conforme á nuestra naturaleza, á mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones, es á donde el Señor nos dá la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos dél, y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva., (1)

El Señor quiere que nuestra única herencia sea la confusion, la humildad y la accion de gracias por lo que nos ha dado.

La vanagloria es una de las más formidables producciones del orgullo. Esta hidra que renace sin cesar, se mantiene de los manjares más delicados; algunas veces casi sin saberlo mata en nosotros la mejor parte de nosotros mismos. Ataca á los dones

(1) Vida, cap. X.

naturales y sobrenaturales, al buen éxito, á las virtudes infusas ó prácticas y les roba todo el mérito que puedan tener delante de Dios. Aun más; arrebató á Dios su propia gloria y se corona de las flores que le ha quitado, desechando el árbol que las llevaba, haciéndole inútil solo siendo para el fuego. Es pues muy necesario estar en vela contra un veneno tan sutil del cual habla santa Teresa en estos términos.

“Pues digo, que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oracion, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca, que por muchos años que haya tenido oracion merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto, que no subirá á la cumbre del... No digo yo que no vá creciendo un alma, y que no se lo dará Dios, si la oracion ha sido humilde, mas que se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer, en comparacion de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó.” (1)

“Procurad, hermanas, siempre humildad, y ved que no sois dignas destas mercedes, y no las procureis. Haciendo esto, tengo para mí, que muchas almas pierde el demonio por aquí, pensando hacer que se

(1) Vida, capítulo XXXIX.

pierdan, y que saca el Señor del mal que pretende hacer nuestro bien... Bien es andar con aviso, no haga quiebra en la humildad, con alguna vanagloria, suplicando al Señor os libre en esto...

“A donde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes, no las teniendo, que esto es pestilencia... y ansí poco á poco hace mucho daño. Que por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud, que nos parece la tenemos ya ganada.

“...¿Pues qué remedio, hermanas? El que á mí me parece mejor, es lo que nos enseña nuestro Maestro, oracion y suplicar al Padre Eterno, que no permita que andemos en tentacion. Tambien os quiero decir otro alguno, que si nos parece, que el Señor ya nos ha dado alguna virtud, que entendamos que es bien recibido, y que nos la puede tornar á quitar, como á la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios... Y si teniéndonos por buenas, nos hace merced y honra, que es el emprestar, que digo, quedaránse burlados ellos y nosotras.” (1)

En fin, la Santa Madre nos invita aún á ejercitarnos en la humildad que es la fuente y salvaguardia de todas las virtudes. Si

(1) Camino de perfeccion, cap. XXXVIII.

seguimos esta luz no nos estraviaremos jamás.

“...Verdad es, que sirviendo con humildad, en fin nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay de veras esta virtud, á cada paso, como dicen, os dejará el Señor; y es grandísima merced suya, que es para que la tengais en mucho y entendais con verdad, que no tenemos nada que no lo recibamos.

“...Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender esta tentacion, así en las cosas que he dicho, como en otras muchas. Porque cuando de veras da el Señor una sola virtud destas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida cosa. Mas tórnoos á avisar, que aunque os parezca la teneis, temais que os engaña, porque el verdadero humilde, siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas, y de más valor las que ve en sus prójimos.” (1)

V.—*Prácticas de humildad.*

Después de haber estudiado las enseñanzas de Santa Teresa, veamos los medios que ella nos propone para adquirirla. Sin enumerarlas las resume en dos cosas: no escusarse, y escojer siempre al menos de corazón el último lugar.

(1) Camino de perfección, cap. XXXVIII.

No oculta la dificultad de estas prácticas, pero excita tambien nuestro ánimo asegurándonos el éxito, si nos esforzamos seriamente y con constancia. Escusarse en sus culpas y faltas, es una inclinacion tan natural, que casi á pesar nuestro sucumbimos, no faltándonos nunca, como lo dice santa Teresa, buenas razones para creer es lo mejor. Este fué el pecado de Eva nuestra primera madre y nos ha inoculado con el pecado original esta funesta tendencia. Sin embargo, es preciso convenir que siguiéndola no conseguimos nuestro fin. Pues escusándonos pretendemos tengan de nosotros mejor opinion, deshacer la vergüenza de una repension y justificar lo que hay en nosotros de reprehensible; lejos de esto no le salen sus cuentas al amor propio que nos seduce, pues generalmente nuestras excusas no sirven más que para mostrar nuestro orgullo. Sin embargo, acerca de esto hay algunas reglas que se deben seguir. Santa Teresa va á indicárnoslas.

“Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se os olvide, que en esta casa, y aun en toda persona que quiere ser perfecta, se huya mil leguas de razon tuve, hiciéronme sin razon, no tuvo razon quien esto hizo conmigo; de malas razones nos libre Dios. Paréceos que habia razon que para nuestro buen Jesus sufriese tantas injurias, y se las

hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razon, no sé yo para qué está en el monasterio: tórnese al mundo, á donde no la guardarán esas razones. ¿Por ventura podeis pasar tanto, que no debais más? ¿Qué razon es esta? Por cierto yo no la entiendo., (1)

“Confusion grande me hace lo que os voy á persuadir, que no os disculpeis, que es costumbre perfectisima y de gran mérito, porque habia de obrar lo que os digo en esta virtud. Es así, que yo confieso haber aprovechado muy poco en ella. Jamás me parece que me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito, y sería mal no lo hacer: no tengo discrecion, ó por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa, y callar: y es gran imitacion del Señor, que nos quitó todas las culpas. Y así os ruego mucho traigais en esto cuidado, porque trae consigo grandes ganancias, y en procurar nosotras mismas librarnos de culpa, ninguna veo, sino es, como digo, en algunos casos que podria causar enojo no decir la verdad.

“Ayuda mucho á traer consideracion cada uno de lo mucho que se gana por to-

(1) Camino de perfeccion, cap. XIII.

das vias, y por ninguna pierde, á mi parecer: gana lo principal en seguir en algo al Señor. Digo en algo, bien mirado nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenas dellas, pues cae siete veces al dia el justo, y sería mentira decir que no tenemos pecado. Ansí, que aunque no sea en lo mesmo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesus.

“...¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar á las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpadas de todas ellas, si delante de vos, Señor, estamos sin culpa?

“¡Oh hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y ansí nunca acabaremos de estar en la cumbre de la perfeccion...!

“...¿Y pensais, hijas, que aunque vosotras no os disculpeis, ha de faltar quien torne por vosotras? Mirad como respondió el Señor por la Magdalena en casa del Fariseo, y cuando su hermana la culpaba... Ansí que su Majestad moverá á quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester.

“Esto yo lo he visto, y es ansí (aunque no querria que se os acordase, sino que os holgásedes de quedar culpadas) y el provecho que vereis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo; porque se comienza á ganar libertad, y no se dá mas que digan

mal que bien, antes parece que es negocio ageno; y es como cuando están hablando dos personas, que como no es con nosotras mismas, estamos descuidadas de la respuesta: así es acá con la costumbre que está hecha, de que hemos de responder, no parece que hablan con nosotras. Parecerá esto imposible á los que somos muy sentidos, y poco mortificados; á los principios dificultoso es, mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad, y negacion, y desasimiento de nosotras mismas con el favor del Señor., (1)

“Pues tocar en un puntico de ser menos no se sufre, ni parece que se ha de poder sufrir: luego dicen, no somos santos. Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfecto, de decir no somos Angeles, no somos santas. Mirad que aunque no lo seamos, es gran bien pensar si nos esforzamos lo podríamos ser, dándonos Dios la mano... Esta presuncion querria yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad y tener una santa osadia, que Dios ayuda á los fuertes, y no es aceptador de personas., (1)

Nuestra santa Madre dá tal importancia á la práctica de no escusarse, que lo recomienda en las Constituciones y señala en el número de culpas toda infraccion de

(1) Camino de perfeccion, cap. XV.

(2) Camino de perfeccion, cap. XVI.

este mandato. Este es pues en cierto modo obligatorio.

El segundo consejo dado por la santa para adelantar en la humildad, es el de tener una baja estima de sí propio y consecuentemente el ponerse siempre en el último lugar, sea en la estima de las otras, sea en las relaciones exteriores. Mas aquí también desconfiemos de cierta afectación que no tiene otro fin que el pueril gozo de oír decir: Sube más arriba, pues entonces descenderíamos otro tanto más á los ojos de Dios.

“Parece que voy entrando en la oración y fáltame un poco de decir, que importa mucho, porque es de la humildad, y es necesaria en esta casa; porque es el ejercicio principal de la oración, y como he dicho, cumple mucho que trateis de entender cómo ejercitaros mucho en la humildad; y este es un gran punto della, y muy necesario para todas las personas que se ejercitan en oración. ¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar que es tan bueno como los que llegan á ser contemplativos?

“Que Dios le puede hacer tal, si por su bondad y misericordia, más de mi consejo siempre se siente en el más bajo lugar, que así nos dijo el Señor lo hiciésemos, y nos lo enseñó por la obra. Dispóngase para si Dios le quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir á las siervas

del Señor, y alabarle; porque mereciendo ser sierva de los demonios en el infierno, la trajo su Majestad entre ellas... Estotros que no reciben gustos, andan con humildad sospechosos, que es por su culpa, siempre con cuidado de ir adelante... En la humildad, y mortificacion, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay mas seguridad... Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer dellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos., (1)

“...Y la humildad es, contentarnos con lo que nos dán, que hay algunas personas que por justicia parece quieren pedir á Dios regalos. Donosa manera de humildad: por eso hace bien el conocedor de todos, que pocas veces creo les dá á estos: ve claro que no son para beber el caliz suyo. Pues para entender, hijas, si estais aprovechadas, será en si entendiere cada una que es la más ruin de todas, y que se entienda en sus obras que lo conoce así, para aprovechamiento y bien de las otras... una virtud grande de humildad y mortificacion, de gran obediencia en no ir un punto contra lo que manda el Perlado, que sabeis verdaderamente que os lo manda Dios, pues está en su lugar., (2)

(1) Camino de perfeccion, cap. XVII.

(2) Camino de perfeccion, cap. XVIII.

En sus conclusiones sobre la humildad, santa Teresa nos insinúa la práctica del tercer grado de que habla san Ignacio y que consiste en preferir, por el amor de Dios, todo lo que á él más le agrada y nos hace más semejante á él mismo. Esta perfeccion debe ser la nuestra; aspiremos á conseguirla y recogeremos entonces los frutos del árbol de la vida, la paz, el gozo, la seguridad, por la union más íntima con Dios.

En fin, para ayudarnos á conquistar esta indispensable y tan preciosa virtud de la humildad, despues de habernos animado con el ejemplo de nuestro Señor, miremos á María nuestra Madre; ella es nuestro más bello modelo despues de su divino Hijo. Roguémosla sostenga nuestra flaqueza, y sigamos este consejo de santa Teresa.

“Parezcámonos, hijas mías, en algo á la gran humildad de la Virgen Sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusion nombrarnos Monjas suyas, que por mucho que nos parezca que nos humillamos, quedamos bien cortas, para ser hijas de tal Madre y esposas de tal Esposo.” (1)

(1) Camino de perfeccion, cap. XIII.

CAPÍTULO II.

La pobreza.

I.—*La virtud de la pobreza es uno de los frutos de la humildad.*

Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.

La relacion que existe entre las virtudes de pobreza y humildad es de tal manera íntima y estrecha, que muchas veces se aplica á la una y á la otra el sentido de esta bienaventuranza. En efecto, el pobre de espíritu, aquel que es digno del reino de los cielos, no puede existir sin la humildad; y el pobre orgulloso es abatido, condenado por el Espíritu Santo en las divinas Escrituras. La pobreza evangélica de la que se hace voto en el estado religioso, es pues una estension práctica de la humildad. Se despoja de todo por conocerse muy flaca para poseer sin peligro, y se ama este despojo porque él nos abate á nuestros propios ojos y á los de los otros, apartándonos de todo lo que halaga la vanidad, la ambicion, y en una palabra, el orgullo. Santa Teresa ha amado apasionadamente la pobreza tanto que ella queria á toda costa que sus monasterios no tuviesen otra renta que la caridad pública: fué necesario que la voluntad de Dios se le manifestara de

una manera evidente y formal, para que consintiese en hacer sus escepciones; pero puso como condicion esencial en sus constituciones que no hubiera diferencia alguna entre los monasterios que tuviesen renta y los que no la tuviesen. Así pues, para vivir segun el espiritu y la voluntad de nuestra santa Madre, debemos no solamente privarnos de lo superfluo relativo á nuestro voto de pobreza, sino tambien contentarnos con lo que nos dan, sin pasar los límites de lo más estricto necesario; una alma que ama la pobreza sabe reducirse hasta en sus necesidades; pues cuanto más se sepa reducir, menos se siente las privaciones. Para llegar aquí, es necesario saber olvidarse á sí misma y poner completamente en manos de Dios el cuidado de lo que nos toca. Ved aquí cómo santa Teresa nos enseña este grado de perfeccion; ella reconoce que el fundamento de la verdadera pobreza es la humildad y nos lo dice en su libro Camino de perfeccion.

“Ello es un bien, que todos los bienes del mundo encierra en sí: es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes dél otra vez, á quien no se le dá nada dellos... Tengo para mí, que honras y dineros casi siempre andan juntos; y que quien quiere honra, no aborrece dineros; y quien los aborrece, se le da poco de honra.

“Entiéndase bien esto, que me parece, que esto de honra, siempre trae consigo

algun interese de rentas y dineros, porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre, antes aunque lo sea en sí le tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honra consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por solo Dios digo) no ha menester contentar á nadie, sino á él: y es cosa muy cierta, en no habiendo menester á nadie, tener muchos amigos.

“Yo lo tengo bien visto por experiencia... como decia Santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. Destos decia ella, y de humildad queria cercar sus monasterios: y á buen seguro si se guarda de verdad, que está la honestidad, y todo lo demás fortalecido, mucho mejor, que con muy suntuosos edificios. Desto se guarden por amor de Dios y por su Sangre se lo pido: y si con conciencia puedo decir, que el dia que tal hicieren, se torna á caer la casa que las mate á todas, yendo con buena conciencia, lo digo, y lo suplicaré á Dios. Muy mal parece, hijas mias, de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas. No lo permita Dios, sino pobre en todo, y chica.” (1)

“¡Oh váleme Dios! ¡qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas, y Padres mios, que nunca dejeis de ir muy

(1) Camino de perfeccion, capítulo II.

moderados en esto de casas grandes y suntuosas: tengamos delante á nuestros Fundadores verdaderos, que son aquellos Santos Padres, de donde descendimos, que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

“Verdaderamente he visto haber mas espíritu, y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos como estar acomodados, que despues que ya tienen mucha casa, y lo estan.” (1)

Lo que dice nuestra santa Madre sobre la manera de los monasterios de que deben construirse sencilla y pobremente, debe entenderse de todo lo demás. Limitarse, dice ella, aún á lo que es de necesidad evitando toda superfluidad. Así que, en nuestro querido claustro no deben verse ni aún en el coro, dorados, ni esculturas, ni tapicerías; en las paredes ningun otro adorno que sentencias ó algunos cuadros de piedad sencillos; en fin, es preciso que todo predique pobreza.

II.—*Cómo se ha de practicar la pobreza religiosa.*

¿Mas cuáles son los medios por los cuales debemos esperar la perfeccion de la pobreza que tanto nos obliga? Santa Teresa va á respondernos. Comencemos por

(1) Fundaciones, capítulo XIV.

examinar los obstáculos que se oponen á su práctica. Entre las gentes del mundo, el gran enemigo de la pobreza es el amor del lujo, de lo comfortable; en religion, es el amor de lo cómodo. No se querría ciertamente herir gravemente al voto de la pobreza, pero se mece en ilusiones que le atacan más ó menos. Así pues, se quiere contentarse con lo que se pone á nuestro uso, pero bajo los pretextos que muda la necesidad se crean necesidades particulares, se hacen valer las razones de salud, de piedad, de orden ó de regularidad aún dejando lo que no nos conviene para procurarse lo que se desea.

No es por mí, es por el bien del oficio de que estoy encargada; es preciso que nada falte para no tener que pedir nada á las otras, para que se guarde mejor el silencio... Bellas razones, que esconden una secreta pretension de comodidades directamente opuestas á la pobreza que debemos observar.

Si el amor á la comodidad es diametralmente opuesto al espíritu de pobreza, el elegir lo mejor no lo es menos. ¿Hay muchas religiosas que en todas ocasiones prefieran lo menos, lo más sencillo, más usado, más incómodo, y más grosero, sea para su uso personal ó para los oficios de que están encargadas? ¡Y en esto que de especiosos pretextos, qué de engaños! ¿En efecto, que es la pobreza? ¿No es la priva-

cion de las comodidades de la vida? Ser pobre, es faltarle algo de lo necesario y muchas veces todo. ¿Qué hace entonces un pobre verdadero? Sufre con paciencia, tiende la mano, expone sus miserias y se tiene por dichoso de recibir los restos que el rico desecha. Lo que hay de más inferior le basta y lejos de buscar sus gustos se contenta sin murmurar con lo que quieren darle. De este modo fué nuestro Señor pobre por darnos ejemplo ¡y nosotras pretendemos ir en su seguimiento, llamándonos sus esposas, cuando no queremos nos falte nada, cuando nos quejamos si nos dán para nuestro uso objetos que han servido ya, que no son de nuestro gusto ó de nuestra conveniencia! ¡Que vergüenza! ¡que sin razon! Dejemos pues el cuidado de nosotras mismas y de todo lo que nos toca á la divina Providencia; ella proveerá infinitamente mejor á todas nuestras necesidades que lo harian nuestras vanas solicitudes, pues ellas nos arrebatan todo el mérito de nuestra pobreza religiosa. Esto es lo que nos dice santa Teresa.

“No penseis, hermanas mías, que por no andar á contentar á los del mundo, os ha de faltar de comer, yo os aseguro. Jamás por artificios humanos pretendais sustentaros, que morireis de hambre, y con razon. Los ojos en vuestro Esposo, él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos

vuestros devotos, como lo habeis visto por esperiencia. Si haciendo vosotras esto muriéredes de hambre, bienaventuradas las monjas de San Joseph... Dejad ese cuidado á quien los puede mover á todos, que es el Señor de las rentas, y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra, no le faltemos nosotras, que no hagais miedo que falte: y si alguna vez os faltáre, será para mayor bien...

“Mirad, hermanas, que vá mucho en esto... que por esperiencia veo la gran ganancia: cuando menos hay, mas descuidada estoy. Y sabe el Señor, que á todo mi parecer dá mas pena cuando mucho sobra, que cuando nos falta. No sé si lo hace como ya tengo visto, nos lo dá luego el Señor. Seria engañar el mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haria, á manera de decir, y parecerme ya era pedir limosna las ricas, y plega á Dios no sea así: que á donde hay estos cuidados demasiados, de que dén, una vez, ú otra se irán por la costumbre, podrian ir, y pedir lo que no han menester, por ventura á quien tiene mas necesidad; y aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, nosotras perderiamos.

“No plega á Dios, mis hijas, cuando esto hubiere de ser, mas quisiera tuviérades

renta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento, os pido por amor de Dios en limosna., (1)

“Riése de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros, y codicia dellos, aunque en esto nunca creo, y es así verdad, confesé culpa: harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas vé, que este bien se gana con dejarlo todo.

“¿Qué es esto que se compra con estos dineros, que deseamos? ¿Es cosa de precio? ¿es cosa durable? ¿ó para qué los queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno y se compra fuego perdurable, y pena sin fin.

“¡O si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin trafagos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interés de honra, y dineros! Tengo para mí se remediaría todo., (2)

III.—*Ventajas y recompensas de la pobreza.*

Nuestra santa Madre habla con la sabiduría del Espíritu Santo, cuando dice se

(1) Camino de perfeccion, cap. II.

(2) Vida, cap. XX.

remediarían todos los males si la avaricia desapareciera de la tierra; añadamos que muchas almas religiosas volarian rápidamente á la perfeccion si el amor de la comodidad no les enlazara con sus hilos pèrfidos. “¿Quien me dará, dice el autor de la Imitacion, las alas de un verdadero desasimiento para volar á vos, Dios mio?„ Esta santa libertad del alma se adquiere sobre todo, por el espíritu de pobreza; desde aquí abajo comienza su bienaventuranza, ella posee anticipadamente el reino de los cielos que le está prometido. ¿Dónde encontraré este pobre verdadero? Es un tesoro de tan gran precio que es preciso buscarlo en las extremidades de la tierra, es decir, fuera de este mundo material y sensible, sobre el cual anda en libertad: el reino del cielo le pertenece. Puede desde ahora establecer en él su habitacion. ¡O querida, ó preciosa pobreza! Tú serás mi tesoro y mi herencia, pues que me vienes de mi Madre; sé mi compañía hasta la muerte. Dice la Santa:

“...Por amor del Señor, pues son nuestras armas la santa pobreza, y lo que al principio de la fundacion de nuestra orden tanto se estimaba y guardaba en nuestros Santos Padres (que me ha dicho quien lo sabe, que de un dia para otro no guardaban nada) ya que en tanta perfeccion en lo exterior no se guarde, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida,

grandísimo el premio: y cuando no hubiera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga, imitar en algo á su Majestad.

“Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras lo queramos guardar, en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mientras esto hicieren, no hayan miedo caya la Religion desta casa, con el favor de Dios.” (1)

“Considerando, que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo, como el de la vida, por larga que sea se nos hará todo suave, viendo que mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad, á donde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesus.” (2)

La santa habla en los siguientes términos de su llegada á Toledo para fundar un monasterio:

“Ello fué bien para nosotras, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplacion suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos

(1) Camino de perfeccion, cap. II.

(2) Fundaciones, cap. XIV.

fueron proveyendo más de lo que quisiéramos el mismo Alonso Alvarez y otros; que es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecía sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran, y dejaran pobre, así sentía de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mismo, que como las ví mustias, les pregunté qué habían, y me dijeron: *Qué hemos de haber, Madre, que ya no parece somos pobres.*

“Desde entonces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud.” (1)

“Su Majestad nos tenga siempre de su mano, para que no se caya dello. Amen. (2)

¡Que los votos de santa Teresa se realicen en cada una de sus hijas! Que ellas aprecien como se merece la santa pobreza; que la amen y la practiquen á su ejemplo; y no tardarán en gustar los frutos. La palabra de nuestro Señor es infalible: “Bienaventurados los pobres de espíritu:” á ellos está prometido el céntuplo en esta vida, y la posesion anticipada del reino celestial.

(1) Fundaciones, cap. XV.

(2) Camino de perfeccion, cap. II.

IV.—*La pobreza obliga al trabajo.*

El trabajo es una consecuencia de la pobreza; ordinariamente la supone y acompaña. Es una ley inevitable. Ley de creación; el hombre ha nacido para el trabajo como el pájaro para volar; ley pues necesaria y obligatoria. Adán mismo estaba colocado en el paraíso terrestre, nos dice el Génesis, para guardarle y trabajar. Mas después del pecado el trabajo es una ley de expiación. “Comereis el pan con el sudor de vuestra frente,” dijo Dios á Adán prevaricador. Esta ley es penosa; sin embargo, puede ser meritoria, pues nos ha sido impuesta á fin de satisfacer el pecado. Ley de imitación siguiendo á nuestro Señor y los santos y entonces es dulce y digna de recompensa. Nuestro Señor ha trabajado; Él nos dice por la boca del Salmista: “Yo soy pobre y en los trabajos desde mi juventud.” El Evangelio le llama “El hijo del carpintero”, para mostrárnoslo como modelo del más rudo trabajo. San Pablo, para poner en práctica las enseñanzas y las lecciones de su divino Maestro, trabajaba con sus manos para vivir, aun cuando se pudo dispensar y se gloriaba de ello á los ojos de los primeros fieles, á fin de escitarles á hacer lo mismo. Nuestra santa Madre estaba tan penetrada de la necesidad de trabajar, que nos lo manda

expresamente, y este mandato ocupa todo un capítulo de nuestras Constituciones.

Aun la hora de recreacion debe emplearse en el trabajo: "Que lleven todas allá, dice, las ruecas y labores." Al principio santa Teresa no admitia hermanas legas, para dejarnos el mérito de un trabajo penoso y de humildad; más tarde, limitando el número de hermanas de velo blanco, ha sido su intencion hacernos participantes de sus trabajos cuando la necesidad lo exige. Además nuestra vida depende de nuestra aplicacion al trabajo, pues hay pocos monasterios en estado de subsistir sin este recurso. Pero dejemos á un lado este motivo material; ¿la voluntad de nuestra santa Madre, órgano de la de Dios, no será ella sola capaz de aficionarnos á él?

"...he puesto mucho con él, (dice en una de sus cartas) que ponga mucho en los ejercicios de manos, que importa infinitísimo: "y en otra á sus hijas:

"Mucho me he holgado de las calzas, y grangerías. Como se ayuden, les ayudará Dios."

Sí; Dios bendice las casas donde se mantienen del trabajo; una vida Apostólica y penitente como la nuestra debe ser una vida laboriosa. Hay sin embargo que evitar dos extremos: el uno aplicarse tanto al trabajo, que olviden los otros deberes y el espíritu interior; el otro mirarlo como accesorio, y como medio de entretenimiento

cuando no hay otro que hacer. El primer defecto tiene por consecuencia la inexactitud, el apresuramiento, la impaciencia, si nos vienen á estorbar ó frustrar nuestros deseos y proyectos; el remedio es la presencia de Dios, la fiel puntualidad, el estar sobre sí misma y el espíritu de abnegacion. Para obviar el segundo inconveniente, es necesario desconfiar de la pereza y del egoismo que tiende siempre á disminuir las cargas y á tomarse la menos pena posible, bajo el especioso pretesto de dar más á Dios. Entonces es bueno avivar el celo, pensando que se trabaja por su gloria y en espíritu de penitencia, pues que El ama las almas generosas y decididas. Es cierto que una religiosa ardiente en el trabajo, que se sabe olvidar á sí misma para aliviar á sus hermanas, tendrá más entrada cerca del divino Corazon, y caminará más rápidamente por sus vias, que otra más piadosa en apariencia y que no tendrá ánimo para sacrificarse. El equilibrio que hay que guardar entre estos dos extremos consiste en regular su trabajo por este espíritu de sacrificio, de obediencia, y de pobreza. Trabajemos como los pobres con ardor y aplicacion para glorificar á Dios y salvar las almas, y así mereceremos una mirada de benevolencia de santa Teresa, pues cumpliremos una de sus voluntades más expresas.

CAPÍTULO III.

Desasimiento.

I.—*Lo que es desasimiento.*

Este capítulo se une naturalmente al que precede; es la consecuencia necesaria, pues el desasimiento supone la práctica interior de la pobreza de espíritu en toda su significacion, en toda su estension. En efecto, cuál es la definicion del desasimiento? ¿No es la desapropiacion, el despojo moral, voluntario de toda cosa? No pone al alma que le posee en el estado que expresa el real profeta en estas dos palabras, “Yo soy solo y pobre?,” El autor de la imitacion de Jesucristo añade: “Nadie es más rico, ni más dichoso que el pobre verdadero, que no tiene en nada á la criatura y sabe ponerse en el último lugar.”

La religiosa ha pronunciado el voto de pobreza. Mientras tanto, apesar de todo lo que le ordena deje, se puede decir que nada ha hecho, que no es profesa sino en la apariencia, si la disposicion, la voluntad sincera de desasirse le falta interiormente. Además se ha comprometido á seguir de cerca á nuestro Señor, á estudiarle como su modelo, y qué ha hecho?

“El reino de los cielos nos dice el Evan-

gelio es semejante á un mercader que busca perlas preciosas; habiendo encontrado una que le pareció preciosa entre todas, dió todo cuanto tenia y la prefirió á toda otra.

Este mercader, es el divino Maestro que vino á este mundo para buscar las almas. Encontró una más adornada que las otras de los dones de su gracia, y por poseerla enteramente lo dió todo y se dió á sí mismo. Esta perla es el alma religiosa, objeto de sus amorosas predilecciones. Sin disminuir nada de su amor á las otras, la ha distinguido haciéndola suya, de su dominio; no guardando nada que no haya dado; su cielo, su divinidad, su sangre, su vida... ¡Oh perla escogida, perla con inteligencia y razon, ¿qué dareis á este insigne bienhechor de quien habeis venido á ser la posesion y la riqueza? No debeis hacer por él lo que él ha hecho por vos? Darle todo lo que teneis, todo lo que sois por un desasimiento absoluto de todo lo que no es él?..

¡Qué miserable é ingrata sereis si quedais con algo, reusándolo á vuestro amante Señor!

Es verdad, que este desasimiento que mirado por junto parece tan fácil, es difícilísimo de conseguir en todas sus menudencias; es necesario para esto una vigilancia y generosidad que pocas almas por desgracia la tienen, porque no aman bastante á Dios para olvidar todo el resto y

quieren agradar necesariamente á sus sentidos. Así que no encontrarán estas almas el reposo y la felicidad de que goza el alma perfectamente desprendida. Ved aquí lo que dice santa Teresa de este dichoso desasimiento:

“Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si vá con perfeccion. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con solo el Criador, y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde las virtudes, de manera, que trabajando nosotras poco á poco lo que es en nosotras, no tenemos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios, y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensais, hermanas, que es poco bien, procurar este bien de darnos todas á él todo, sin hacernos partes, pues en él están todos los bienes, como digo? Alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, donde no se trata de otra cosa, sino esto., (1)

“Antes que fuesen comenzados estos monasterios estuve 25 años en uno á donde habia ciento y ochenta monjas. Y porque estoy de priesa solo diré, que á quien ama á Dios, como V. Merced, todas esas cosas le serán cruz, y para provecho de su alma, y no tocarán en dañarla, si V. Merced anda con aviso de considerar,

(1) Camino de perfeccion, capítulo VIII. (1)

que solo Dios y ella están en esa casa; y mientras no tuviese oficio que la obligue á mirar las cosas, no se le dé nada dellas, sino procure la virtud que viere en cada una, para amarla por ella, y aprovecharse, y descuidarse de las faltas que en ellas viere. Esto me aprovechó tanto, que siendo las que he dicho con quien estaba, no me hacian mas al caso, que si no viera ninguna, sino provecho.” (1)

No tenemos mas que seguir el consejo y el ejemplo de esta santa Madre; pero ella quiere tambien que sepamos discernir en qué consiste este desasimiento. Lo que principalmente es necesario es la disposicion del corazon; no pide siempre este desasimiento el alejamiento de las personas y cosas que pueden llevarnos á Dios. Juzguémoslo por la leccion que Nuestro Señor dió á Santa Teresa para hacer este discernimiento.

“Habia leído en un libro, que era imperfeccion tener imágenes curiosas, y así queria no tener en la celda una que tenia. Y tambien antes que leyese esto, me parecia pobreza tener ninguna, sino de papel, y como despues lei esto, ya no las tuviera de otra cosa. Y entendí del Señor esto que diré, estando descuidada dello. Que no era buena mortificación; ¿que cuál era mejor: la pobreza, ó la caridad? Que

(1) Carta XLII, tomo VIII.

pues era mejor el amor, que todo lo que me despertase á él, no lo dejase, ni lo quitase á mis monjas, que las muchas molduras, y cosas curiosas en las imágenes, decia el libro, y no la imagen. Que lo que el demonio hacia con los luteranos, era quitarles todos los medios para más despertar, y así iban perdidos. Mis fieles, hija, han de hacer ahora más que nunca, al contrario de lo que ellos hacen.” (1)

Despues la Santa nos enseña cómo debemos practicar este desasimiento.

“Grande remedio es para esto, traer muy continuo en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuan presto se acaba, para quitar la aficion de las cosas que son tan valadies, y ponerla en lo que nunca se acaba (que aunque parece flaco medio, viene á fortalecer mucho al alma) y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado, en aficionándonos á alguna, procurar apartar el pensamiento della, y volverle á Dios, y su Majestad ayuda; y hanos hecho gran merced, que en esta casa lo más está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras mismas, es recia cosa, porque estamos muy juntas, y nos amamos mucho.” (2)

“...Todas decimos, que lo queremos; mas como aun es menester más, para que del todo el Señor posea el alma, no basta

(1) Vida en los papeles de la Santa. (1)

(2) Camino de perfeccion, cap. X. (8)

decirlo, como no bastó al mancebo, cuando le dijo el Señor, que si quería ser perfecto., (1)

“Pues como me ví tan tullida, y en tan poca edad, y cual me habian parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me habia de condenar, que mejor estaba así; mas todavia pensaba, que serviria mucho más á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene., (2)

“Que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra, en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo, y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento, tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan á la oracion. Desto me pesa á mí, que tengamos tan poca confianza de Dios, y tanto amor propio, que nos inquiete ese cuidado. Y es así, que á donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderias nos dán tan gran trabajo, como á otros cosas grandes, y de mucho tomo, y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme ahora á mí esta manera de

(1) Moradas terceras, cap. I.

(2) Vida, cap. VI.

caminar, un querer concertar cuerpo, y alma, para no perder acá el descanso, y gozar allá de Dios; y así será ello si se anda en justicia, y vamos asidos á virtud, mas es paso de gallina, nunca con él se llegará á libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme á su llamamiento; mas para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado. Y siempre me estuviera así, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.. (1)

Sigamos ahora con la mirada á esta alma magnánima en el vuelo que lleva, pues desea atraernos tras sí:

“¡Oh qué es un alma que se vé aquí, haber de tornar á tratar con todos: á mirar y ver esta farsa desta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vése en cadena, y presa entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida... Anda como vendida en tierra agena: y lo que más le fatiga, es no hallar muchos que se quejen con ella, y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh si no estuviésemos asidos á nada, ni tuviésemos

(1) Vida, capítulo XIII.

puesto nuestro contento en cosa de la tierra, como la pena que nos daría vivir siempre sin él, templaría el miedo de la vida verdadera!... Paréceme, que quien me da algun alivio; y con quien descanso de tratar, son las personas que hablo destos deseos. Digo deseos con obras: digo con obras, porque hay algunas personas, que á su parecer están desasidos, y así lo publican (y había ello de ser, pues su estado lo pide, y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfeccion) mas conoce bien esta alma desde muy lejos, los que lo son de palabras, ó los que ya estas palabras han confirmado con obras: porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos y el mucho los otros: y es cosa, que quien tiene experiencia, lo vé muy claramente.” (1)

“Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de V. m. y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar ya dada del todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame á mi pocos años ha, que no solo no estaba asida á mis deudos, sino me cansaban, y era cierto así, que su conversacion no podía llevar.

(1) Vida, cap. XXI.

“Ofrecióse cierto negocio de harta importancia y hube de estar con una hermana mia, á quien yo queria muy antes; y puesto que en la conversacion, aunque ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversacion siempre en lo que yo la queria) y lo más que podia estaba sola; ví que me daban pena sus penas, mas harto que de prójimo, y algun cuidado. En fin, entendí de mí, que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aun habia menester huir la ocasion, para que esta virtud que el Señor me habia comenzado á dar, fuese en crecimiento, y así con su favor lo he procurado hacer siempre despues acá.” (1)

“...Mas mientras más veia que perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderlo.” (2)

Obtenednos, ó Madre generosa, el valor de este santo desasimiento que nos hará entrar en vuestro seguimiento en el gozo del Señor!

II.—*Vanidad de los apoyos terrenos.*

La Santa Escritura nos dice: “No os apoyeis sobre una caña, pues ella os herirá la mano.”. Esta es la imagen de la nada y del peligro al cual nos esponen las afec-

(1) Vida, cap. XXXI.

(2) Vida, cap. XXXV.

ciones humanas. Esta es una verdad que comprendió muy bien santa Teresa, y que la experiencia confirma todos los dias. La caña es una planta fragil, pantanosa, que se dobla á todos los vientos; tiene al fin de su tallo una punta aguda y penetrante. ¿Como apoyarse en ella sin peligro de caer ó de herirse? El que cometiera esta imprudencia parecería insensato, mas el alma que pone su confianza en las criaturas, que se aficianan á las cosas terrenas, no es mas razonable. “Vanidad de vanidades y todo vanidad”, nos dice el sabio, despues de haber gustado de todos los goces de la vida; y nosotras tambien lo decimos con él, pues muchas veces lo hemos probado. Sin embargo, nuestras obras desmienten más de una vez nuestras convicciones. ¿Qué hay que pensar de una religiosa aficionada á naderias mirándolas como necesarias, y cuando se las quitan se turba y desconsuela como un niño privado de sus frívolos juguetes, ó á quien le quitan los objetos que le pueden dañar? Entendemos por naderias todo lo que no es Dios, pues que el asimiento vano se puede tener lo mismo por las personas que por las cosas y lugares; sobre los objetos materiales, así como sobre los espirituales: el desasimiento debe ser absolutamente general. “Dejad todo, y encontrareis todo.”. Ved aquí el gran principio de toda vida cristiana; y con más fuerte razon de la vida religiosa. Pongá-

monos en presencia de la eternidad y examinemos á esta luz cuál es el valor de los lazos que nos cautivan; pasemos revista á todos los motivos de aficion fuertes ó flacos cuyo sacrificio nos costaria. ¿Es una persona? Ella es tan fragil como nosotras y Dios puede quitárnosla de un momento á otro, así como una hoja seca por los vientos del otoño: “Toda carne no es más que heno y caerá como la flor de la yerba.” ¿Es una habitacion, un empleo, una celda que nos agrada y que no queríamos dejarla? Puede ser que muy pronto nos obligue á ello la muerte para hacernos habitar la tierra del olvido. ¿Es un libro, una imagen, una devocion y aun una penitencia? ¿Qué bien nos acarrearán, si por nuestro apego desagradamos á Dios? ¿Y aún es menos que esto un hábito que nos conviene, un pequeño instrumento que nos acomoda, y qué sé yo? ¿Todas estas cosas nos seguirán al sepulcro? ¿Y entonces de qué nos servirán? Puede ser de aumentar nuestra culpa en el tribunal de Dios atrayéndonos rigurosos castigos. Y aun hay más todavia, por el asimiento que conservan tantas almas al juicio y voluntad propia; pues que es el más peligroso escollo el que se cubre de los más especiosos pretextos y que será más gravemente castigado. ¡Mientras que el orgullo se esconde bajo engañosas apariencias qué pesares nos prepara!

Penetrémonos de estas verdades escu-

chando á nuestra santa Madre que nos vá á mostrar la puerilidad de nuestros vanos apegos:

“...Ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose á ellos, no hay seguridad, que en habiendo algun peso de contradicciones, ó murmuraciones, se quiebran. Y así tengo experiencia, que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la Cruz, y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero....” (1)

“Todas las cosas que llama bienes en esta vida miserable, lo son.” (2)

“El Señor los dé luz, que acá y allá hay harta desventura: que como ando en tantas partes, y me hablan muchas personas, no sé muchas veces qué decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y cómo la apocamos con cosas tan apocadas, como son las de la tierra. Denos el Señor luz.” (3)

“Porque tengo entendido, que el que le tomare por cosas de la tierra, ó dichos de alabanzas de los hombres, está muy engañado, dejado de la poca ganancia que en esto hay: una cosa les parece hoy, otra mañana; de lo que una vez dicen bien, pres-

(1) Carta XII, tomo II.

(2) Carta LXX, tomo II.

(3) Carta XXX, tomo I.

to tornan á decir mal. Bendito seais vos, Dios y Señor mio, que sois inmutable, por siempre jamás. Amen. Quien os sirviere hasta la fin, vivirá sin fin en vuestra eternidad.” (1)

“...Aunque cierto en esta vida no la hay, ni es bien nos aseguremos, que estamos en guerra y rodeados de muchos enemigos.” (2)

“Mas si consideramos el camino que su Majestad tuvo en esta vida, y todos los que sabemos que gozan de su Reyno, no habria cosa que más nos alegrase que el padecer.” (3)

“Dígalo á esas mis hijas, que Dios les pague el regudijo; mas que me crean, y nunca pongan su contento en cosas que se pasan.” (4)

“Paréceme, mi hija, que todo se pasa tan presto: que mas habiamos de traer el pensamiento en cómo morir, que no en cómo vivir. Plegue á Dios que ya que me quedo acá, sea para servirle en algo.” (5)

“Porque vá muy fuera de espíritu de descalzas ningun género de asimiento aunque sea con su Priora, ni medrarán en es-

(1) Fundaciones, cap. XXVII.

(2) Carta LXXII, tomo IV.

(3) Carta LVI, tomo III.

(4) Carta LXIV, tomo IV.

(5) Carta LXIV, tomo I.

píritu jamás. Libres quiere Dios á sus esposas, asidas á solo él.” (1)

Concluyamos pidiendo á Santa Teresa nos obtenga un rayo de la claridad divina para que miremos todas las cosas segun su realidad, pues que así las juzgaremos en el gran día de las manifestaciones. Sobre todo, meditemos á menudo sus últimas palabras: “Dios quiere á sus esposas libres, asidas á solo él.” Para estar libres, es preciso estar desasidas, veamos lo que es esta preciosa libertad á fin de animarnos en el camino del perfecto desasimiento.

III.—*Libertad que dá el verdadero desasimiento.*

La libertad del alma es un bien sobre todos los tesoros de la tierra; muchas veces estos tesoros son cadenas, mientras que el alma que está libre de ellas puede elevarse con la seguridad y la rapidez del águila para volar hácia las alturas. Nada osará en este estado detener su fervor y turbar su paz, porque ella ha atravesado las bajas regiones del aire donde se forman los nublados; el aire que respira es puro y fortificante. Lo más difícil es adquirir esta inestimable libertad; estamos en la tierra y en nosotras mismas sujetas con tantos lazos!

(1) Carta LXV, tomo I.

Se oye algunas veces á religiosas decir sinceramente: "Yo no estoy atada á nada, todo me es indiferente, pueden hacer de mí lo que quieran." Sí, fácilmente nos me-
cemos con estas dulces ilusiones en los bellos momentos en que nada tenemos que sacrificar, pero que la mano de una compañera, de una Superiora, ó de Dios mismo venga á tocar estos hilos imperceptibles que nos enlazan (puede ser á nuestro pesar) verán bien pronto caer nuestra bella teoría y una multitud de imperfecciones ó de faltas probarán que muchos lazos retienen todavía á este pobre corazón tan desasido en apariencia. Asimismo al propio juicio, á la voluntad propia, á las comodidades, á los parientes, á la salud, al oficio, á las prácticas de devoción y aun á la penitencia; una de estas cosas basta muchas veces para provocar la agitación, la tristeza y aun las lágrimas.

El Espíritu Santo en las divinas Escrituras no se desdeña de poner una comparación que conviene perfectamente á nuestro tema y puede instruirnos. Es la de una tela de araña.

El insecto en medio de su tela se sirve como de una escala para hacer el camino que quiere recorrer; él no se turba; si le deshacen su trabajo lo vuelve á comenzar, con la misma agilidad, ó lo deja si no lo puede hacer. Tal es el alma libre en medio de las cosas de este mundo tan bien repre-

sentada por esta frágil tela de araña; se sirve de ellas, mas no depende de ellas; trabaja segun los designios de Dios y se contenta de lo que El la da sin murmurar en las privaciones.

Mas ved una imprudente mosca que creyéndose muy libre porque tiene alas, quiere imitar á la araña y así se aventura á atravesar la tela. Mas ¡ay! estos hilos ligeros la retienen prontamente y la turban de tal suerte que la araña aprovechándose de su inexperiencia, se echa sobre ella y la encierra con nuevos lazos y hace su presa. ¿Esta desdichada situacion de la mosca no será algunas veces la nuestra? Nuestros lazos muchas veces son como los hilos de la araña, mas su raiz está en nuestro corazon, y no teniendo bastante valor para arrancarlos sucumbimos. De aquí nuestros pesares, nuestras turbaciones y este malestar interior que nos tiene pegadas á la tierra, ocupadas en nuestras miserables personas, privadas en fin del gozo y de la libertad.

La primera ligadura de que nuestra santa Madre desea despegarnos, es el amor demasiado natural á los parientes, pues que pone un gran obstáculo á la libertad del alma. Nuestro Señor dice terminantemente en el Evangelio: “Quien ama á su padre ó su madre más que á mí, no es digno de mí,” aun vá más adelante: “Quien no odia su padre, su madre, sus hermanos,

sus hermanas y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo..” Se ofuscan algunas veces de estas palabras, porque no comprenden el verdadero sentido. No es un odio de sentimiento el que quiere nuestro Señor, sino un odio de desasimiento.

No se trata pues de aborrecer á las personas, sino todo lo que puede de su parte alejarnos de Dios, de su voluntad é impedirnos nuestra union con El. Una religiosa muy asida á sus deudos, está preocupada sin cesar: desea con ansia mezclarse en sus negocios, verles, escribirles y recibir sus noticias. Qué de inquietudes, de solicitudes inútiles; digámoslo mejor, perjudiciales á sí misma y á los que son el objeto de ellas, pues Dios no bendecirá lo que desaprueba: al contrario, el alma desasiada que le deja el cuidado de sus más caros intereses, sabe obtener muchos favores. Desconfiemos en un punto tan delicado de nuestro flaco corazon; imitemos á santa Teresa, pues de otra manera no gustaremos, nunca la divina copa de la santa libertad.

“...Aunque deje cuantos amigos, y amigas, y deudos, que esto es lo de menos, antes me cansan mucho parientes, como sea por un tantico de servir más á Dios los dejo con toda libertad, y contento, y así en cada parte hallo paz.” (1)

(1) Carta XII, tom. II.

“Porque cuando de veras está tocada el alma de este amor de Dios, sin pena ninguna se quita el que se tiene á las criaturas (digo de arte que esté el alma atada á ningun amor) lo que no se hace estando sin este amor de Dios: que cualquiera cosa de las criaturas, si mucho se aman, dá pena; y apartarse de ellas, muy mayor. Como se apodera Dios en el alma, vála dando señorío sobre todo lo criado.” (1)

Libre de la esclavitud de los sentidos, santa Teresa veía la muerte de sus deudos con los mismos ojos que la miraría uno de los santos del cielo. Ved aquí lo que decía hablando de su hermano que acababa de perder:

“Que era cosa extraña el crédito que de lo que yo le decía tenía: y procedía del mucho amor que me había cobrado. Yo se lo pago en holgarme que haya salido desta vida tan miserable, y que esté ya en seguridad. Y no es manera de decir, sino que me dá gozo cuando en esto pienso.” (2).

Para convencernos de la necesidad de adquirir por el desasimiento la verdadera libertad escuchemos la lección que dá nuestro Señor á nuestra santa Madre y pongamos los medios para conseguirla:

“Estando pensando una vez, con cuánta más limpieza se vive estando apartada

(1) Carta XXXI, tom. I.

(2) Carta LXIV, tom. I.

de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos, debo andar mal, y con muchas faltas, entendí: No puede ser menos, hija, procura siempre en todo recta intencion, y desasimiento, y mirarme á mí, que vaya lo que hicieses conforme á lo que yo hice..” (1)

“...Que si no se anda con gran cuidado, y cada una (como en negocio más importante que todos) no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar á su hacedor, sin ir cargada de tierra, y de plomo..” (2)

El desasimiento debe estenderse para desembarazar al alma completamente, hasta en los favores de Dios y sus dones. El desearlos era, nos dice Santa Teresa, una tentacion que venia algunas veces. Veamos la respuesta del divino Maestro:

“...Puez pensando cómo con justicia, permitiades á muchas que habia, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenian los regalos, y mercedes que me haciades á mí, siendo la que era; respondíste me, Señor: Sír veme tú á mí, y no te metas en eso..” (3)

“...Ansí que no todas veces los dá, por-

(1) Al fin de la vida en los papeles de la Santa.

(2) Camino de perfeccion, cap. X.

(3) Vida, cap. XIX.

que se lo han merecido en grangear bien el huerto (aunque es muy cierto á quien esto hace bien, y procura desasirse, no dejar de regalarle.) (1)

Así pues, el mejor medio para obtener estos favores espirituales, es el de trabajar en desasirse de todo. Pidamos con instancia esta gracia por la intercesion de nuestra Santa Madre, y estemos dispuestos á todos los sacrificios que Dios quiera imponernos. En una palabra, dejémonos conducir por su espíritu aunque nos hiera en lo mas vivo; los frutos que conseguiremos nos resarcirán ampliamente nuestros esfuerzos. Donde está el Espíritu de Dios allí está la libertad.

CAPÍTULO IV

Precio y amor de los sufrimientos.

Para muchas almas será tal vez este título un objeto de terror. El sufrimiento inspira tal repugnancia á nuestra flaca naturaleza, que su solo nombre nos horroriza. Evitamos instintivamente todo lo que recuerda la idea y más todavia, lo que nos demuestra la inevitable necesidad de sufrir en nuestra persona á causa del extre-

(1) Vida, cap. XXI.

mo amor que nos tenemos. Pero aquí no hay más cuestion que el sentimiento humano, y debemos mudar de language al hablar á las hijas de Santa Teresa, cuya vocacion apostólica no es otra que una continua inmolacion.

A fin de oir con más gusto las verdades que nos presentará nuestra Santa Madre, saludémosla como apostol de paciencia: en este caso está más elocuente que nunca, pues en ella se inmortaliza esta célebre divisa: O padecer, ó morir! Oh bienaventurada Madre, dignaos ilustrar nuestros espíritus é inflamar nuestros corazones con la celestial llama que os consume, para que podamos comprender y gustar como vos, las sublimes verdades que son los frutos de la cruz.

¿Por qué Santa Teresa ha amado tanto el sufrimiento? porque miraba á Jesus, nuestro modelo, y maestro que le hizo oir en la oreja de su corazon esta poderosa palabra: “Ven, sigueme.” Tambien nosotras como ella hemos oido esta palabra; aprendamos ahora cómo debemos responder. “Cristo padeció, nos dice S. Pedro, á fin de que caminemos segun su modelo,” así que seguir á Jesus, es sufrir. Y el mismo Señor, el dia de su resurreccion resume su obra y su doctrina con estas palabras: “Fué preciso que Cristo sufriese y que así entrase en su gloria.” Examinémoslas un instante con las luces de Santa

Teresa. Fué preciso—necesidad del padecer; que Cristo sufriese—motivos de estimar y amar el sufrimiento; y que así entrase en su gloria—mérito y felicidad del padecer.

I.—*Necesidad del padecer.*

¿Cuál es esta ley tan dura que se apodera de nuestro ser, aun antes que tengamos conocimiento de nuestra existencia, y nos persigue hasta el sepulcro, (cuando no vaya más allá al menos para nuestra alma) la más noble parte de nosotras mismas?... Ella es inevitable, y es justa como consecuencia del pecado, como expiacion del pecado. En el paraíso terrenal era desconocido el sufrimiento, habiéndonos Dios criado en un estado de inocencia y felicidad que debia ser la preparacion y preludio de los gozos de la eternidad.

Mas despues que la ciencia del bien y del mal entró en el mundo, le puso en una perturbacion completa; y el trastorno del orden ha producido este choque de elementos contrarios que acarrea el dolor. Todo hombre puede decir con el profeta, que se alimenta del pan de lágrimas, y con Job, que su vida sobre la tierra es una continua guerra. Ningun ser viviente está exento de padecer; mas por un efecto de la divina misericordia esta funesta produccion del pecado es asimismo la expiacion y repa-

racion. Dios no hizo ni el dolor ni la muerte, pero quiere que el uno y la otra nos sirvan para reconquistar los bienes perdidos. Sin embargo, como el pago era muy inferior á la deuda, se dignó El mismo ser nuestro rescate, haciéndose capaz de sufrir en la persona de su Hijo hecho hombre: de aquí esta estupenda palabra: Fué preciso que Cristo padeciese. Si pues el hijo de Dios juzgó que el sufrir le era necesario á sí mismo para cumplir la obra de rescatar el mundo ¿qué será para nosotros pecadores, culpables de las iniquidades de las que Él se hizo la víctima? Así no nos admiremos cuando seamos visitados é invadidos por el sufrimiento; no acusemos á Dios, sino confesemos que lo hemos merecido y reconozcamos que nos es indispensable, tanto para restablecer en nosotros el orden divino que se ejerce por la justicia, como para expiar el ultraje que le hemos hecho. Esta verdad por lo tanto elementaria, es poco comprendida en la práctica; de aquí nace que tantas almas aun religiosas, no sacan todo el bien que los trabajos encierran. Pidámoslo á nuestra santa Madre lo que es preciso pensar, y formemos nuestros juicios sobre los suyos.

“Por todas partes nos dá á entender el mundo la poca seguridad que hemos de tener de ningun contento, si no le buscamos en el padecer.” (1)

(1) Carta XXVI, tom. II.

Y en otra parte dice: "...Ansí se ha de pasar esta vida; á no tener ya determinado á que ha de ser con Cruz, trabajo tuviera." (1)

"Si en estos monasterios no hubiera trabajos de poca salud, seria Cielo en la tierra, y no habria en qué merecer..."

"Sepa que aunque son de sentir esas cosas, no tienen que ver con la pena que me diera si viese imperfecciones, ó almas inquietas, y pues esto no hay ahí, de cosas corporales, de enfermedades no se me aflija mucho."

"Ya sabe, que se ha de gozar del Crucificado, ha de pasar por la cruz; y esto no es menester que se lo pidan, aunque mi Padre Fray Gregorio piensa que hace al caso: que á los que su Majestad ama, llévalos como á su hijo." (2)

"...Mas quien desea ser santa, más que todo eso ha de pasar... Yo le digo, que vá de vera el quererla Dios muy buena. Tenga ánimo, que tras este tiempo verná otro, y se holgará de haber padecido." (3)

Escribiendo á una de sus hijas le dice la santa: "Así que, hija, de estos es su Majestad, que paga los grandes servicios con trabajos, y no puede ser mejor pagado: porque la de ellos es el amor de Dios."

(1) Carta LIV, tom. III.

(2) Carta XCIV, tom. II.

(3) Carta XCI, tom. II.

“Yo le alabo, que en las virtudes va v. m. aprovechada en lo interior. Deje á Dios en su alma, y Esposa, que el dará cuenta de ella y la llevará por donde más la conviene.

“Y tambien la novedad de la vida, y ejercicios parece hace huir esa paz; mas despues viene por junto. Ninguna pena tenga. Précieise de ayudar á llevar á Dios la cruz, y no haya peso en los regalos: que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de valde, como hacen los grandes al Rey. El del cielo sea con ella.” (1)

“Cada dia entiendo más la merced que me hace nuestro Señor en tener entendido el bien que hay en padecer, para llevar con quietud el poco contento que hay en las cosas desta vida, pues son de tan poca dura.” (2)

“Esto me dijo el Señor un dia: Piensas, hija, que está el merecer en gozar? no está sino en obrar, y en padecer y en amar. No habrás oido que san Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeci6. Y ves mi vida toda llena de padecer, y solo en el monte Tabor habrás oido mi gozo. No pienses cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento; desde que le dijo

(1) Carta LIV, tom. 1.

(2) Carta VII, tom. IV.

Simeon aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz para que viese lo que yo habia de padecer., (1)

El sufrir es pues ganancia para nosotros: como remedio del pecado, como fundamento de los méritos de esta vida y prenda de la recompensa venidera. No lo reusemos, no lo huyamos pues que es tan necesario; además de todos modos hemos de padecer pues ninguno lo puede evitar; mirémoslo más bien con los ojos de la fé: entonces este sufrir cambiará de aspecto y nos parecerá dulce y deseable. Santa Teresa nos lo vá á probar con su ejemplo.

II.—*Motivos para estimar y amar las cruces.*

Fué necesario que Cristo padeciese. Estas palabras, ¿no debian ser suficientes á una alma cristiana y religiosa para hacer abrazar con gozo el sufrir? Despues de haber comprendido la necesidad de sufrir, examine el alma cómo sufre su divino Maestro; pronto aprenderá lo que vale la cruz y como Jesus querrá ella tambien sin duda alguna hacerla su compañera y fiel amiga; aquí todavia nuestra naturaleza reusa semejante conclusion; confesemos que es preciso el socorro divino para dar

(1) Vida en los papeles de la Santa.

al padecer los atractivos que han encantado á los santos. No obstante, depende de nosotras primero pedir esta gracia y enseguida estudiar á nuestro modelo y Maestro. Hé aquí todo el misterio. Jesus sufrió por amor y con amor. "Habiéndole ofrecido el gozo, dice el Apóstol, El prefirió la cruz." Sufrió por amor á Dios su Padre cuya gloria queria reparar, y por los hombres á quienes queria salvar; sufrió con amor, pues que al padecer se olvidaba de sí mismo, no pensando sino en el bien que con su padecer procuraría á los que amaba.

Penetrándonos de los mismos motivos y sentimientos experimentaríamos que la cruz en lugar de excitar nuestra repugnancia y nuestras quejas, vendría á ser el objeto de nuestras preferencias y deseos. La vida religiosa, nos dice el autor de la Imitacion de Jesu-Cristo, es una cruz; y en efecto, ¿qué hemos venido á buscar al dejar el mundo sino esta Cruz? ¿Cuál es el primer objeto que ha herido nuestras miradas al atravesar el umbral del claustro, qué regalo nos han hecho al despojarnos de las libreas del siglo sino una cruz? ¿Entonces no mirábamos con gozo y amor este símbolo de nuestro sacrificio? ¿Por qué nos hace retroceder ahora que se presenta bajo otra forma, por qué parecemos ser prendidas, desconcertadas y tal vez desanimadas?

Es que lejos de seguir los pasos de nuestro modelo, nos dejamos seducir por el vano prestigio de una inmolation ideal, estamos todavia bajo la influencia de las ilusiones del amor propio; es que nosotras hemos aceptado una cruz cubierta de rosas sin querer sentir las espinas; en una palabra no amamos bastante á nuestro Señor y nos amamos demasiadamente á nosotras mismas. Así lo comprendia Santa Teresa.

“¿Quién vé al Señor cubierto de llagas, y afligido con persecuciones, que no las abraze, y las ame, y las desee? ¿Quién vé algo de la gloria, que dá á los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer, y padecer, pues tal premio esperamos?

“¿Quién vé los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá, en su comparacion, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? (1),”

“¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites, y gloria para sin fin, todos á costa del buen Jesus? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalem, ya que no le ayudemos á llevar la Cruz con el Cirineo? ¿Qué con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que él nos ganó á costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con hon-

(1) Vida, capítulo XXVI.

ras vanas pensamos remediar un desprecio como él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado vá el camino, nunca llegaremos allá., (1)

“¡Oh Hijo del Padre Eterno, Jesu-Cristo Señor nuestro, Rey verdadero de todo! ¡Qué dejastes en el mundo, que pudimos heredar de vos vuestros descendientes! ¿Qué poseísteis, Señor mio, sino trabajos, y dolores, y deshonras, y aun no tuvistes sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mio, que los que quisiéremos ser vuestros hijos verdaderos, y no renunciar la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas: ea pues, hijas mías, esta ha de ser nuestra divisa, si hemos de heredar su reino, no con descansos, no con regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre., (2).

“Si hubiésemos de andar á escoger los que queremos, y dejar los otros, no seria imitar á nuestro Esposo: que con sentir tanto en la oracion del Huerto su pasion, el remate era: *Fiat voluntas tua*. Esta voluntad hemos menester hacer siempre, y haga él lo que quisiere de nosotros., (3)

(1) Vida, cap. XXVII.

(2) Fundaciones, cap. X.

(3) Carta LXI, tom. I.

“Desear trabajos almas que tienen oracion, es muy ordinario, estando sin ellos; mas estando en los mismos trabajos, alegrarse de padecerlos, no es de muchos.” (1)

“Y la hermana que no sintiere en sí este deseo, no se tenga por verdadera descalza: pues no han de ser nuestros deseos descansar, sino padecer, por imitar en algo á nuestro verdadero Esposo. Plegue á su Majestad nos dé gracia para ello. Amen.” (2)

Como dice muy bien nuestra santa Madre no nos pertenece á nosotras escoger las cruces, pues sucede muchas veces que Dios nos envia para nuestro provecho precisamente aquellas que nos repugnan más. Así que sujetará con la enfermedad aquella que desea hacer penitencia conservando su libertad; dejará en agonías de alma penosísimas á la otra que prefería enfermedades corporales; probará al corazón que deseaba cualquier otra pena que la que le toca. Al determinar lo que nos conviene sufrir es que no amamos la cruz, y alimentamos delicadamente nuestra propia voluntad bajo una especiosa apariencia de generosidad. ¿Qué resulta de aquí? Que cuando las previsiones de esta alma salen falsas, ella que estaba dispuesta á ir casi al martirio pierde todo su ardor. Vedla triste, abatida, gimiendo amargamente ba-

(1) Fundaciones, cap. XII.

(2) Fundaciones, cap. XXVIII.

jo el peso de su cruz ¡ay! no es esta la que ella escogió.

Otra ilusion muy frecuente es la de figurarse que nadie sufre tanto como nosotras. Entregadas al pensamiento de esta imaginaria excepcion, se tiene tanta piedad consigo misma, se exagera de tal modo las dificultades de su estado, que hay muy poca compasion para las otras; se hace egoista, se encierra en este negro y pequeño círculo donde no se vé sino lo que nos atañe, porque se cree no ser jamás bien comprendidas, jamás bastante compadecidas, y el demonio que nos acompaña, no deja de explotar nuestra situacion provocando á tentaciones de toda especie. Entonces sufrimos en realidad, pero por nuestra culpa y si nos quedamos aquí alejamos la gracia en lugar de atraerla. Salgamos pues un poco de nosotras mismas y confíemos en nuestro Señor. Sin duda que no está en nosotros dejar de sentir vivamente ciertos dolores muy íntimos, pero no encontraremos tampoco el remedio en nosotras. Veamos el que nos vá á dar santa Teresa:

“Verdad es, que á mí me tiene espantada, y lastimada (que hartas veces me quejo á nuestro Señor) lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo, que no parece sino que ha de guardar sus leyes, segun las necesidades, y cosas que le hacen padecer. Uno de los grandes

trabajos, y miserias de la vida me parece este, cuando no hay espíritu grande que lo sujete; porque tener mal, y padecer grandes dolores, aunque es trabajo, si el alma está despierta, no lo tengo en nada, porque está alabando á Dios, y considera viene de su mano: mas por una parte padeciendo, y por otra no obrando, es terrible cosa, en especial si es alma que se ha visto en grandes deseos de no descansar interior y exteriormente, sino emplearse toda en servicio de su gran Dios: ningun otro remedio tiene aqui, sino paciencia, y conocer su miseria, y dejarse en la voluntad de Dios, que se sirva della en lo que quisiere, y como quisiere.” (1)

“...Pues no habiamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir á quien tan sin merecerlo, siempre vivió en ellos.” (2)

En lo más fuerte de la tempestad suscitada contra su naciente reforma exclama:

“Los de nuestra orden ha más de un año que andan de suerte, que á quien no entendiese las trazas de nuestro Señor, darian mucha pena. Mas viendo que todo es para purificarse más las almas, y que en fin ha de favorecer Dios á sus siervos, no hay de que la tener; sino mucho deseo de que crezcan los trabajos, y alabar á Dios,

(1) Fundaciones, capítulo XXIX.

(2) Carta XXXVII, tom. I.

que nos ha hecho tan gran merced, que padezcamos por la justicia.” (1)

En fin, nuestro Señor mismo reveló á su sierva el precio de los trabajos y he aquí como ella realiza en sí las lecciones del divino Maestro. Tengamos el mismo ánimo y podremos con la gracia llegar á estas sublimes disposiciones.

“Cree, hija, que á quien mi Padre mas ama, da mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿En qué te lo puedo mas mostrar, que querer para tí lo que quise para mí?

“Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Así me ayudarás á llorar la perdicion que traen los del mundo (entendiendo tú esto) que todos sus deseos, y cuidados, y pensamientos se emplean en cómo tener lo contrario. Cuando este dia comencé á tener oracion, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecia casi imposible poderla tener. Díjome el Señor: por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, he yo hablado contigo y regaládote.” (2)

“...Y así ahora no me parece hay para que vivir, sino para esto, y lo que mas de voluntad pido á Dios. Dígole algunas

(1) Carta XLI, tom. II.

(2) Vida en los papeles de la Santa.

veces con toda ella: Señor, ó morir ó padecer; no os pido otra cosa para mí.” (1)

“Ya que no soy para aprovechar, querría ser para sufrir; y cuantos hay en el mundo pasaria por un tantico de mas mérito, digo en cumplir mas su voluntad.” (2)

“Yo ando mejor: para el año que tuve el pasado, puedo decir estoy buena, aunque pocos ratos sin padecer, y como veo que ya que se vive, es lo mejor, bien lo llevo.” (3)

III.—*Mérito y felicidad del padecer.*

Hemos visto que el padecer es condicion necesaria de nuestra vida mortal, y que el ejemplo de nuestro Señor nos debe obligar á estimarle y amarle como El mismo lo hizo por nuestro amor; penetrémosnos ahora del mérito y dicha unidos al sufrimiento á fin de animarnos á caminar en esta via del Calvario doloroso y glorioso al mismo tiempo, ésta es nuestra vocacion.

Hagamos primeramente un acto de fé, pues que la suprema Verdad ha dicho: “¡Bienaventurados los que padecen!” También á ella hemos oido pronunciar este oráculo: “Fué necesario que Cristo pade-

(1) Vida, cap. XL.

(2) Carta XII, tomo II.

(3) Fragmento II, tomo IV.

ciese y que así entrase en su gloria.” Aún para el mismo Hijo de Dios, la cruz ha sido el camino de la gloria, y la puerta del cielo, pues que no entró en él sino por la cruz. Después de este acto de sincera fé, para comprender bien es preciso amar. Entonces el dolor se transforma en nosotras y nos obliga á decir con Santa Teresa:

“¡Oh Señor mio, cómo sois vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando queréis podeis, nunca dejais de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan, vos Señor de todas ellas nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. ¡Oh Señor mio, qué delicada, y pulida, y sabrosamente los sabeis tratar! ¡Oh quién nunca se hubiera detenido en amar á nadie, sino á vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor.

“...Levántense contra mí todos los Le-trados, persiganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios, no me falteis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacais á quien en solo vos confía.” (1)

(1) Vida, capítulo XXV.

“El verdadero amigo de quien debemos hacer caso es Dios, procurando cumplir su voluntad no hay que temer. No puede faltarnos Cruz en esta vida si somos del partido del Crucificado.

“¡Oh Señor mio; ¡Qué cierto es á quien os hace algun servicio, pagar luego con un gran trabajo! ¡Y qué precio tan precioso para los que de veras os aman, si luego se nos diese á entender su valor!” (1)

“...Esté muy alegre, pues le da lo que le pide, que son trabajos...

“¡Oh que buenos tesoros estos, mi Padre! ¡No se compren por ningun precio: pues por ellos se gana tan gran corona! Cuando me acuerdo que el mismo Señor nuestro y todos sus santos fueron por este camino, no me queda sino haber envidia á V. P.

“...No hay que temer, mi Padre, sino que alabar á Dios, que nos lleva por donde fué.” (2)

Sí, la cruz es un motivo de gozo y una señal de predestinacion, porque ella nos identifica con Jesus, y sabemos que segun el apostol san Pablo, si nosotros sufrimos con Él seremos glorificados con Él.

“¡Ay! dice santa Teresa, escribiendo á una persona enferma, hay muchos que ponen su felicidad en la salud, los goces y los

(1) Fundaciones, cap. XXXI.

(2) Carta XIX, tom. III.

placeres; ellos verán cuanto se engañaban en el día que tengan que dar cuenta á Dios. En cuanto á vos podeis estar sin inquietud respecto á esto; ganareis desde esa cama cada día una gloria más grande para el cielo. Dios sea bendito.,

Y hablando á sus hijas dice:

“No tengan pena de lo que aquí hemos pasado... Nunca, mi hija, le pese de que padezcamos, pues hay tan gran ganancia.” (1)

“¡Oh, mi señora, que grandes son los juicios de este nuestro gran Dios! Verná tiempo que los precie V. m. más que cuantos descansos ha tenido en esta vida. Ahora duélenos lo presente; mas si consideramos el camino que su Majestad tuvo en esta vida, y todos los que sabemos que gozan de su Reino, no habria cosa que más nos alegrase que el padecer; ni la debe haber más sigura, para asegurar vamos bien en el servicio de Dios.

»...V. md. se anime, que cuando se pasen estos trabajos y será presto con el favor de Dios, se holgará V. m. y el Señor Albornoz de habernos pasado, y sentirán el provecho en sus almas.” (2)

Una carmelita digna de este nombre no puede pensar de otra manera que su santa Madre; por consiguiente debe gozarse de

(1) Carta LXIX, tom. IV.

(2) Carta LVI, tom. III.

padecer, pero no de una manera especulativa: es una cuestion de amor á Dios y un don de su bondad que se puede alcanzar por la oracion. Si el camino es rudo, el término es delicioso y la recompensa infinitamente sobre la pena. Dejemos á Dios obrar en nuestros sufrimientos: traerá la gracia consigo y como jamás engaña, tendremos la dichosa certidumbre que nos dará lo que nos sea más ventajosa y que nos conformamos con su voluntad. Así pues decia santa Teresa:

“Sea Dios por todo bendito. Bien parece que en esa casa le aman, pues de tantas maneras dá trabajos, para que sufridos con la paciencia que se llevan, pueda hacer mayores mercedes. Harto grande será que se vaya entendiendo lo poco que se ha de hacer caso de vida, que tan contino da á entender que es perecedera, y se ame y procure la que nunca se ha de acabar. (1)

“...Sea él bendito, que no vino al mundo á otra cosa, sino á padecer: y como entiendo, que quien más le imitare en esto guardando sus mandamientos, más gloria terná, es me harto consuelo.” (2)

Bebamos de la misma corriente y recogeremos los mismos bienes. Amaremos y bendeciremos nuestros sufrimientos; ellos son una prenda del amor que Dios nos tie-

(1) Carta LXIX, tom. II.

(2) Carta LIII, tom. II

ne; un precioso medio de manifestarle el nuestro; ellos fecundizan la sabia de nuestro apostolado y aseguran nuestro derecho á la corona eterna prometida á las almas que combatieren generosamente.

CAPÍTULO V

De la ciencia del sufrir.

Santa Teresa nos ha mostrado el precio y el mérito de las cruces; vá ahora á enseñarnos cómo debemos soportarlas. Tres cosas son necesarias para sufrir bien: la paciencia, el valor, y la firmeza ó la perseverancia.

I.—*La paciencia.*

“Poseereis vuestras almas en vuestra paciencia,” dice la Escritura. ¿Qué es pues poseer su alma? Esta virtud está perfectamente descrita por un retrato de San Ignacio: “Era Señor de sus pasiones, dueño de sus primeros movimientos, y por una calma imperturbable bogaba sin tardanza hacia las riberas eternas.”

Tal es al mismo tiempo la práctica y el fruto de la paciencia. Una tal posesion de sí mismo no tiene por principio á esa estoica impassibilidad de que se alaban los

espíritus fuertes; pertenece al órden sobrenatural y se obtiene por la paciencia. Es un bien inestimable. “La caridad lo sufre todo,” segun San Pablo; es decir, cuando se ama á Dios y al prójimo, se soporta voluntariamente el padecer y se conserva grande igualdad entre las vicisitudes de la vida. La paciencia, siempre tranquila y fuerte, el ojo fijo en Dios, deja pasar las cosas de este mundo sin conmoverse ni turbarse, dominando por la fe todas las sensaciones que producen los acaecimientos exteriores. Mas este perfecto equilibrio es difícil de aguardar y nada mas ordinario que faltar á la paciencia porque no se sabe sufrir:

1.º En nuestro trato con Dios no sabemos sostener sus abandonos, adorar sus designios cuando ellos trastornan nuestros cálculos personales, someternos á su voluntad si nos afige; este es un gran mal que muestra la flaqueza de nuestra fe; pues quien osará contender con Dios, y cómo se ejercitará nuestra paciencia?

2.º Faltamos á la paciencia con nuestro prójimo todas las veces que cediendo á un movimiento natural manifestamos por de fuera ó conservamos dentro de nosotros sentimientos de ira, de oposicion, procedente de toda causa que nos irrita ó hiere.

3.º En fin, faltamos á la paciencia respecto de nosotros mismos cuando no llevamos con calma, sumision, humildad nues-

tros padecimientos físicos ó morales, nuestros reveses, nuestros engaños, nuestros defectos, nuestras mismas faltas, y todo el triste cortejo de las miserias de nuestra mortal condicion.

“La paciencia, dice San Pablo, produce la prueba, la prueba la esperanza, y si esperamos lo que todavia no vemos, lo aguardamos por la paciencia.” La paciencia produce la prueba, es decir, que ella prueba lo que somos, y ella es el apoyo de nuestra esperanza; así pues todo nuestro bien espiritual reposa sobre la paciencia. Ella domina las pasiones, nos aproxima á Dios, nos desase de nosotros mismos, y pues que el padecer es inevitable, ella le hace meritoria y le dulcifica. Es por lo que santa Teresa la desea á sus hijas en medio de una gran persecucion que tenian que sostener las Carmelitas de Sevilla. Les habla de esta manera exortándolas á la paciencia, enseñándolas cómo es preciso sufrir.

“Sepan que nunca tanto las amé, como ahora: ni ellas jamás han tenido tanto en que servir á nuestro Señor, como ahora, que hace tan gran merced, que puedan gustar algo de su Cruz, con algun desamparo del mucho que su Majestad tuvo en ella. Dichoso el día, en que entraron en ese lugar: pues les estaba aparejado tan venturoso tiempo. Harta envidia las tengo. Y es verdad, que cuando supe todas esas mu-

danzas (que bien encarecidamente se me significó todo, y que les querian echar de esa casa, con otras algunas particularidades) que en lugar de darme pena, me dió un gozo interior y grandísimo, de ver, que sin haber pasado la mar, ha querido nuestro Señor descubrirles unas minas de tesoros eternos; con que espero en su Majestad, han de quedar muy ricas, y repartir con los que por acá estamos: porque estoy muy confiada en su misericordia, que las ha de favorecer á que todo lo lleven sin ofenderle en nada; que de sentirlo mucho, no se aflijan: que querrá el Señor darles á entender, que no son para tanto como pensaban cuando estaban tan deseosas de padecer.

“Animo, ánimo, hijas mias. Acuérdense, que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir: y que está su Majestad con los atribulados. Pues esto es cierto, no hay que temer, sino esperar en su misericordia, que ha de descubrir la verdad de todo... y resplandezca ahora la humildad, y obediencia, en que no anrá ninguna que más la tenga á la Vicaria que han puesto, que vuestras Caridades, en especial la madre Priora pasada. O que buen tiempo, para que se coja fruto de las determinaciones que han tenido de servir á nuestro Señor! Miren que muchas veces quiere probar, si conforman las obras con ellas, y con las palabras. Saquen con honra á los hijos de la Virgen, y hermanos suyos, en

esta gran persecucion; que si se ayudan, el buen Jesus las ayudará: que aunque duermes en la mar, cuando crece la tormenta, hace parar los vientos. Quiere que pidamos: y queremos tanto, que siempre busca en qué nos aprovechar. Bendito sea su nombre para siempre. Amen. Amen. Amen.

“...Por eso procuren estar alegres, y considerar, que bien mirado, todo es poco lo que se padece por tan buen Dios, y por quien tanto pasó por nosotros, que aun no han llegado á verter sangre por él... Dejen hacer á su Esposo, y verán cómo antes de mucho se traga el mar á los que nos hacen la guerra, como hizo al Rey Faraon, y dejará libre su pueblo, y á todos con deseo de volver á padecer, segun se hallarán con ganancia de lo pasado.” (1)

“La gracia del Espiritu Santo sea con Vuestra Merced siempre, y la dé gran paciencia para que salga con ganancia destes trabajos. A mí me han dado pena, y así se lo encomiendo á nuestro Señor, aunque por otra parte entiendo son mercedes, que su Majestad hace á los que mucho ama, para despertarnos, y que acudamos á no tener en nada las cosas desta vida, que son llenas de tantas mudanzas, y tan poco estables, y procuremos ganar la eterna.” (2)

“...Y tenga fe, y no se deje llevar de la

(1) Carta LI, tom. I.

(2) Carta LXXI, tomo II.

flaqueza en decir no podemos sufrir más, que con Cristo todo lo podemos.

“Por tanto fe viva, que es la que hace alcanzar las cosas grandiosas de Dios. Dígolo, porque de aquí adelante sepamos esperar en Dios.” (1)

Así pues es preciso no cansarse de sufrir y entonces la paciencia viene á ser longanimidad, que es uno de los frutos del Espíritu Santo de los más preciosos. Pidámosle por intercesion de nuestra santa Madre.

II.—*Animo.*

Esta palabra es una potencia y seria necesaria la pluma de santa Teresa para definirla bien. Si ella no lo ha hecho, debió al menos recelar su valor, proclamar su mérito y recomendar la práctica á sus hijas, con una conviccion y una fuerza que es la más elocuente demostracion de su importancia. Todos los dones naturales de que estaba dotada, eran sostenidos por un ánimo invencible, y supo hacer de él una tan alta virtud que nada en el mundo podia desconcertar ni alterar cuando se trataba de la gloria del divino Maestro. En una palabra, es el rasgo dominante de su carácter, la causa de su santidad, el sello de sus obras y el anhelo de su corazon para cada

(1) Carta LXXV, tom. IV.

miembro de su familia religiosa. El ánimo viene en ayuda de la paciencia para bien sufrir, así pues, nuestra santa Madre hace de ella el pedestal de toda perfección.

“No espereis gran cosa (decía) de una persona cobarde, aunque sea humilde.”

En efecto, ¿cuál puede ser la significacion de este término, si no se encuentra en las palabras, corazón y obrar de que él se compone? ¿No existe toda la fuerza del hombre cuando su corazón ó su voluntad inspira la acción? Mas sea cual fuere la etimología de esta expresión, se puede decir que el ánimo es el impulso dado á los actos por el corazón que anima un sentimiento fuerte y generoso. Todo lo que hay de sublime, de noble y de glorioso es debido al valor. ¿Cómo se adquiere la ciencia? Por el ánimo en el estudio. ¿Cómo se obtiene la verdadera honra? Por el valor en el cumplimiento del deber. ¿Cómo se asegura la victoria? Por el valor en los combates. En fin ¿cómo se consigue la virtud? Por el ánimo en vencerse.

Aun más, la medida de nuestro ánimo será el de nuestros progresos en el camino espiritual, de nuestros méritos y de nuestra gloria en el cielo. Nunca llegaremos á hacer alguna cosa grande por Dios sin ánimo, porque solo el valor puede superar las inevitables dificultades que nacen sobre el camino. En fin, sin ánimo no se sabe sufrir en este caso, se padece mal, se sufre

más y sin provecho para la eternidad. Consultemos á Santa Teresa; escribia ella á la señora doña Maria de Mendoza y la decia: "...no hacen sino llamar á V. S. santa, y decirme alabanzas tuyas de todo tiempo: sea el Señor alabado que se les dá tal ejemplo. ¿Y con qué piensa V. S.? Con padecer tantos trabajos, que ya con esto comienza nuestro Señor á que el fuego, que pone en su alma de amor suyo, vaya encendiendo á otras. Por eso V. m. se me esfuerce, mire lo que pasó el Señor en este tiempo. Corta es la vida: un momento nos queda de trabajo.." (1)

Dice en otra parte:

"A los que veo más aprovechados, y con estas determinaciones, y desasidos, y animosos, los amo mucho, y con tales querría yo tratar, y parece que me ayudan. Las personas que veo tímidas y que me parece á mí que van atentando en las cosas, que conforme á razon acá se pueden hacer, parece que me congojan, y me hacen llamar á Dios y á los santos, que estas tales cosas que ahora nos espantan, acometieron.." (2)

"Digo, que es menester más ánimo para si uno no está perfecto, llevar camino de perfeccion, que para ser de presto mártires; porque la perfeccion no se alcanza

(1) Carta XIII, tom. IV.

(2) Carta XI, tomo II.

en breve (sino es á quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced), (1)

“Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco á poco, aunque no sea luego, podremos llegar á lo que muchos Santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran á desearlo, y poco á poco á ponerlo por obra, no subieran á tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad, y ninguna confianza de sí: y no he visto ninguna destas, que quede baja en este camino, y ningun alma cobarde, aun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros en muy pocos.

“Espántame lo mucho que hace en este camino, animarse á grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo y llega á mucho, aunque como ave-cita, que tiene pelo malo, cansa y queda.” (2)

“Cuando no sintamos en nosotros esta necesaria disposicion, pidámosla y hagamos esfuerzos generosos por vencer nuestra flojedad natural que siempre se opone bajo mil vanos pretextos á nuestro mayor bien. Nuestra santa Madre lo pide de sus hijas expresamente, cuando dice:

(1) Vida, cap. XXXI.

(2) Vida, cap. XIII.

“...Es muy de mujeres, y no querria yo hijas mias lo fuédeses en nada, no lo pareciédeses, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor les hará tan varoniles, que espanten á los hombres: y que fácil es á su Majestad, pues nos hizo de nada.” (1)

Santa Teresa nos habla ahora por su propia experiencia:

“En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle... Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuere, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio á determinarme á hacerlo (que siendo solo por Dios, hasta comenzar lo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace despues) aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vias, que solo quien goza dello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaria, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiracion acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucede-

(1) Camino de perfeccion, cap. VII.

rá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre. Amen., (1)

“...Lo que yo no suelo hacer, por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida, no me acuerdo haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazon., (2)

“Ya he dicho á V. Merced, que haciendo en una cosa lo que me parece debo, que me dió Dios ánimo para con su ayuda pasar todos los malos sucesos que vinieren... De más altos vienen sus fundamentos. Pleague á el Señor sea el mio no torcer jamás de hacer su voluntad., (3)

“Nunca me he visto más aliviada de los trabajos, que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos, y encarcelados, con su ayuda, y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos, por la merced que me hace en esta carcel. Ay (mi hijo, y Padre) hay mayor gusto, ni más regalo, ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios. ¿Cuando estuvieron los Santos en su centro, y gozo, sino cuando padecian por su Cristo, y Dios? Este es el camino seguro para Dios, y el más cierto; pues la Cruz ha de ser nuestro gozo, y alegría. Y así, Padre mio, Cruz busquemos, Cruz deseemos, trabajos abracemos; y el

(1) Vida, cap. IV.

(2) Carta XII, tom. II.

(3) Carta XVI, tom. II.

día que nos faltaren, ay de la Religion Descalza! Y ay de nosotros!„ (1)

¿Cómo haremos nacer en nosotros este ánimo en el padecer que con la influencia de la gracia llega á ser una sublime virtud? Santa Teresa nos lo enseña. El secreto del cristiano, sobre todo á la faz del dolor, es la confianza en Dios. “Yo sé en quién confío, yo puedo todo en aquel que me conforta„ dice el Apóstol. El alma pues no se apoya en sí misma y de aquí le viene un ánimo magnánimo porque Dios es su fortaleza. Sigamos este camino y llegaremos al término, pues la causa de nuestros defectos siempre es la falta de ánimo. Por qué nuestras rebeliones de orgullo? Por qué no tenemos valor para humillarnos? Por qué nuestras impaciencias? Por qué no tenemos valor para soportar una contrariedad? Por qué nuestra sensualidad, sino por la falta de ánimo para mortificarnos? Concluyamos pues diciendo que la virtud seria más fácil si quisiéramos aceptar todo lo que nos causa alguna pena con gran valor. Toda nuestra perfeccion está aquí.

III.—*La firmeza y la perseverancia.*

Es la tercera llave que nos asegura la posesion de los tesoros encerrados en las cruces. La paciencia abre estos tesoros, el

(1) Carta XXVII, tom. I.

ánimo se apodera de ellos, mas sola la perseverancia nos hace para siempre dueños de estos tesoros. Muchas almas religiosas comprenden el precio de los sufrimientos; muchas lo desean y llegan aun á pedirlo á Dios; pero apenas han gustado este cáliz, cuando lo encuentran demasiado amargo; y si su duracion, que ellas no preveen se prolonga, oh! entonces se dejan abatir y caen en el desaliento, faltas de firmeza y de perseverancia.

La doctrina de santa Teresa nos pone en guardia contra esta peligrosa tentacion desgraciadamente tan comun.

El desaliento es la peste de las almas, en las cuales produce una languidez mortal que puede hasta conducir á la desesperacion eterna. Es un compuesto de orgullo y de flaqueza; es la cabeza y la cola de la serpiente: la cabeza á causa del veneno que encierra; la cola que se arrastra perezosamente sobre la tierra cuando el suceso no responde á su esperanza.

Es un doble acto de presuncion y de desconfianza; se ha contado demasiado sobre sí mismo sin apoyarse en Dios; de aquí una consecuencia de engaños, cuyo resultado es una tristeza mortal, triste fruto del desaliento. Nada prueba mas la falta de fe, de energia y de simple buen sentido. De qué es capaz una alma desanimada? De todas las flaquezas, pues que pierde el sentimiento de su dignidad y de su fortale-

za; ella se expone á todos los errores, las aberraciones, los desórdenes, no habiendo ya ni resorte, ni movimiento vital; no sabe mas que apiadarse de sí misma disgustándose de todo el resto.

El orgullo la hace sufrir porque se vé caída, humillada, desechada de sus esperanzas; sufre con su pereza no queriendo cobrar valor para vencerse. El desaliento es pues una inconsecuencia y una locura, puesto que él sugiere precisamente lo contrario de lo que es preciso para alcanzar el fin; como si se volviera la espalda al lugar hacia donde se debia dirigir, ó si se echara el pan teniendo necesidad de comer, etc.

Estos actos que nos parecen una insensatez son los del desaliento. Mas ¿cuál será el remedio para una tan vergonzosa flaqueza, qué medio hay de derribar á este formidable enemigo que ataca amenudo á las almas mejores cuando encuentra su voluntad débil? Es necesaria una mirada hácia Dios, con un poco de humildad y firmeza. Confesemos nuestra impotencia, pidamos el socorro de Aquel que nos puede ayudar; al mismo tiempo salgamos de nuestro oscuro recinto, y prosigamos resueltamente nuestra ruta, nuestro trabajo, sin abandonarle, suceda lo que sucediere. La falta de constancia y de perseverancia puede arruinar las mejores disposiciones, anonadar los méritos adquiridos, comprometer

las más altas y santas empresas. Además del daño que nos viene, es una grosera injuria hecha á Dios, como si se le dijera: “Me aburro de servirlos, y porque no haceis lo que yo quiero que es de hacerme todo fácil, yo no haré lo que vos quereis.” Lenguaje impío y absurdo, que puede en efecto atraer el abandono de Dios; y entonces, qué será de nosotros? Dejemos hablar á santa Teresa.

“...Querria saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas, que quieren volar antes que Dios les dé alas.

“Ya creo he dicho otra vez esta comparacion, mas viene bien aquí, trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos, y fervor, y determinacion de ir adelante en la virtud, y algunas, cuanto al exterior, todo lo dejan por él, como ven en otras personas, que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes que les dá el Señor, que no las podemos nosotros tomar, vén en todos los libros que están escritos de oracion, y contemplacion, poner cosas que hemos de hacer para subir á esta dignidad, que ellos no las pueden luego acabar consigo, desconsuélanse... que á mi parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, ó contra nuestra natural inclinacion. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, su Majestad hará que lle-

guen á tenerlo por obra con oracion, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar, ni pensar que si nos esforzamos, dejaremos de salir con vitoria., (1)

“...No estar sin él con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama: no digo yo sea tanta como ellos temen, mas queria que fuese más de lo que veo. Sabe V. m. en qué debe de ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra, que no se les daba más, á trueco de decir una verdad, y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo: que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy esta, mas querríalo ser. ¡Oh gran libertad! tener por cautiverio haber de vivir, y tratar conforme á las leyes del mundo; que como esta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse, y tornar á su tierra. Y pues este es el verdadero camino no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor., (2)

“¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mos-

(1) Vida, capítulo XXXI.

(2) Vida, capítulo XVI.

trais vuestro poder en dar osadía á una hormiga!; Y cómo, Señor mio, no queda por vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores, y prudencias humanas; así, Dios mio, no abrais vos vuestras maravillas, y grandezas. ¿Quién más amigo de dar, si tuviese á quien, ni de recibir servicios á su costa? Plega á vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno y no tenga más cuenta que dar de lo mucho que he recibido. Amen., (1)

“Cayóme en gracia saber que ahora de nuevo desea V. Paternidad trabajos. Déjenos por amor de Dios, pues no los ha de pasar á solas. Descansemos algunos días. Yo bien entiendo que es un manjar, que quien le gustare una vez de veras, entenderá que no puede haber mejor sustento para el alma., (2)

“De su enfado de v. m. no me espanto; mas espántome que tenga tanto deseo de servir á Dios y se le haga tan pesada, cruz tan liviana. Luego dirá, que por servirle más no lo querria. ¡Oh hermana, cómo no nos entendemos! Que todo lleva un poco de amor propio. De las mudanzas de cruz no se espante, que eso pide su edad., (3)

(1) Fundaciones, capítulo II.

(2) Carta XXVIII, tom. II.

(3) Carta XXXIV, tom. I.

“Esforcémonos ahora, por amor de nuestro Señor, á seguir esta hermana nuestra aborreciéndonos á nosotras mismas como ella se aborreció, acabaremos nuestra jornada, pues se anda con tanta brevedad y se acaba todo.,” (1)

Así sea.

CAPÍTULO VI

Penitencia, Renunciacion, Mortificacion.

Hemos ya estudiado y admirado en santa Teresa su amor al padecer y el ánimo con que su magnánimo corazon sabia soportarlo. No hablábamos entonces más que de la virtud que consiste en aceptar el sufrimiento propiamente dicho, enviado por Dios, es decir los males, los dolores y las contradicciones de la vida. Mirémosla ahora bajo otro aspecto, es decir, consideremos las penas voluntarias que nos imponemos á nosotras mismas en vista de Dios, como medio de satisfaccion ó impetracion, en una palabra, lo que llamamos penitencia, mortificacion, renunciamiento.

Se trata aquí de un precepto del Evangelio y de una condicion estrictamente necesaria para la salvacion: “Si no hiciéreis

(1) Fundaciones, cap. XXVII.

penitencia todos perecereis—“El que no renuncia todo no puede ser mi discípulo. —“El que quiere venir en pos de mí renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame.,, Así pues, esta obligacion nos concierne primeramente como cristianos, despues como religiosos, en fin, como carmelitas, puesto que ella es un deber de nuestra vocacion. En efecto, la carmelita debe satisfacer por ella y por los otros; ella es como el carnero emisario que el gran sacerdote enviaba al desierto cargado de los pecados del pueblo para aplacar al Señor á fin de obtener gracia y perdon. Santa Teresa lo explica claramente en el Camino de perfeccion:

“Al principio que se comenzó este Monasterio á fundar,... no era mi intencion hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta... En este tiempo vinieron á mi noticia los daños de Francia... Y como me vi mujer y ruin imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos, y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos) determiné hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos Evangélicos, con toda la perfeccion que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo.,, (1) Ved aquí nuestra lí-

(1) Camino de perfeccion, cap. I.

nea de conducta; nuestro camino está trazado, el fin del Carmelo definido. Según santa Teresa este fin no es la penitencia, como algunos lo pretenden sino el apostolado; la penitencia no es más que el medio escogido por nuestra santa Madre para trabajar en la salvacion de las almas, juntándole la oracion.

San Ignacio distingue dos clases de penitencia: 1.º La penitencia interior; es decir la disposicion del espíritu y del corazon que produce el odio al pecado, el pesar sincero de haberlo cometido, y un vivo deseo de expiarlo. La segunda es la penitencia exterior, fruto de la primera; esta busca todos los medios de satisfacer á Dios, infligiendo á la naturaleza las penas y privaciones merecidas por el pecado y que deben tenerla con cuidado contra los que puede cometer. Abracemos la una y la otra y no las dejemos jamás. Ved aquí lo que sobre esto dice santa Teresa:

“...Puesto que este apartarnos de nosotras mismas, y ser contra nosotras, es recia cosa, porque estamos muy juntas, y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad; porque esta virtud, y estotra, paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas, que no hay para que las apartar. No son estos los deudos de que yo aviso que se aparten, sino que los abracen, y los amen, y nunca se vean sin ellos.

“¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos, y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesu-Cristo! Quien las tuviese, bien puede salir, y pelear con todo el Infierno junto, y contra todo el mundo, y sus ocasiones: no haya miedo de nadie, que suyo es el Reino de los Cielos...

“Mas qué desatino, ponerme yo á loar humildad, y mortificacion, estando tan loadas del Rey de la Gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues hijas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que en hallándolas, hallareis el maná: todas las cosas os sabrán bien, por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces.” (1)

Antes de nuestra Santa, uno de los antiguos padres del desierto, san Juan Climaco, habia dicho: “La penitencia nos pone á la puerta del cielo, pero es la humildad la que abre.” Porque la penitencia sin humildad es engañosa y esconde frecuentemente numerosas ilusiones. Muchas veces se confundió el espíritu de penitencia con las prácticas de la penitencia, olvidando esta inspirada palabra: “La letra mata y el espíritu vivifica.” En general, las personas muy asidas con las prácticas de penitencia, faltan ordinariamente á la ab-

(1) Camino de perfeccion, cap. X.

negacion que es el jugo y el meollo; entregándose á los ayunos, á las vigiliass, y á diversas maceraciones creen está todo ganado; y si la obediencia las prohibe se murmura, se desconsuela, y aun llegan á encapricharse en continuarlas.

Si este último caso es bastante raro, los otros no lo son tanto y de aquí viene un manantial de tristeza y de enfadosas tentaciones. Se acusa la falta de penitencia, mientras se debia ver que lo que nos falta es la verdadera virtud de la mortificacion, porque ella consiste ante todo en la abnegacion de la propia voluntad. Este apego excesivo á un bien que se desea, es un lazo por medio del cual el demonio seduce á muchas almas fervorosas pero poco ilustradas. Amemos la penitencia, no desistamos de ella, mas siempre con la aprobacion de la obediencia, que es la que le hace meritoria. Explicado esto, veamos cómo santa Teresa nos previene bastante contra el excesivo cuidado de nuestra salud, otra ilusion de la que tambien se vale el demonio.

“Tambien se pueden imitar los Santos en procurar soledad, y silencio, y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho á hacerlos inhábiles, cuando ve un poco de temor. No quiere él más para hacernos entender, que

todo nos ha de matar, y quitar la salud... Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo, ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiéndose este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decia yo: Poco vá en que me muera: sí, el descanso: no he ya menester descanso, sino cruz. Así otras cosas. Ví claro, que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentacion del demonio, ó flojedad mía; que despues que no estoy tan mirada y regalada tengo mucha más salud., (1)

“Y no le consiento más: porque le será más penitenciarse tan tasadamente despues de comenzado, que es quebrar la voluntad., (2)

“Entienda, mi Padre, que yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor, como verán por estas nuestras Casas. Debe ser, ser yo poco penitente., (3)

Hay sin embargo una justa medida que guardar en esto, que no rehusando al cuerpo los cuidados y alivios necesarios, no pierda de vista que él es nuestro enemigo; es preciso concederle esta caridad con pureza de intencion, espiritu de obediencia y

(1) Vida, capítulo XIII.

(2) Carta XXXIII, tomo I.

(3) Carta XLV, tomo II.

la simplicidad que nuestro Señor gusta tanto de ver en las almas que le están unidas.

Nuestra santa Madre vá á decirnos el consuelo que ella recibió del divino Maestro, y otro dia que la venerable Madre Ana de San Bartolomé la llevó casi á la fuerza al refectorio, la Santa vió á nuestro Señor que bendiciendo su pan la animaba á tomar alimento.

“...Algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco y ruin como el mio, mas de lo que yo querria.

Estaba una vez en oracion, y vino la hora de ir á dormir, y yo estaba con hartos dolores, y habia de tener el vómito ordinario. Como me ví tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé á llorar mucho, y á afligirme... estando en esta pena, me apareció el Señor, y regaló mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor dél, y lo pasase, que era menester ahora mi vida.” (1)

Una ilusion bastante comun á las almas poco adelantadas en la virtud, es la de escoger ellas mismas las mortificaciones prefiriéndolas á las que la Providencia les ofrece ó que les inspira cierta repugnancia.

(1) Vida, capítulo XL.

La una que llevará un cilicio se quejará de un vestido que la moleste un poco; otra que rociará el alimento de ceniza ó agenjo manifestará sus gustos ó repugnancias por la comida; aquella que voluntariamente por satisfacer su devocion se privará del sueño ó de otros alivios prescritos por la regla, reprenderá vivamente á sus hermanas por haberle dado involuntariamente alguna ocasion de mortificarse. Es preciso sobre todo, evitar bien el herir á algunas en las más pequeñas cosas acerca de su gran amor á la limpieza; parece decir por todo lo que se acerca á su preciosa persona: "*Noli me tangere*," Oh! no, no me toqueis; vuestro contacto me mancha, y vuestra falta de precauciones minuciosas me rebela; yo soy más pura que vos!," Nuestra santa Madre nos confiesa haber pasado por este escollo, más comun de lo que se piensa.

Ved aquí sus palabras: "Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían á mí no eran ningun pecado muchos años: ahora veo cuan malo debia ser." (1)

La santa Madre tenia razon. Sin duda que la limpieza es el ornato y la salubridad de las casas religiosas; mas como nuestra naturaleza es llevada siempre á la exageracion en cuanto á lo que le agrada, le es muy fácil caer en este punto en un

(1) Vida, capítulo II.

esmero y delicadeza excesiva, tan contrario á la mortificacion como á la pobreza. Tengamos un particular cuidado de todo lo que nos está confiado por la religion: oficinas, ropa, etc., más hagámosle sin esas menudencias que hacen perder mucho tiempo, y sobre todo no exijamos para nuestra persona esos refinamientos de limpieza y comodidad tan contrarias al olvido de sí mismo y al espíritu religioso. La mortificacion es el elemento de una Carmelita, porque una Carmelita debe ser una alma de oracion, de la que la mortificacion es el fundamento, la base y la conservadora.

CAPÍTULO VII.

De la simplicidad.

I.—*Definicion.*

La simplicidad es la flor de las virtudes, flor rara y delicada, cuyo perfume atrae el corazon de Dios y la mirada de los ángeles. Su raiz es la rectitud y la humildad, segun las notables palabras de San Juan Climaco: "La simplicidad es inseparable de la humildad; encontrareis la salvacion de vuestra alma en la simplicidad de vuestro corazon." Su fruto es la paz y el abando-

no, preciosas disposiciones que mantienen en el alma, el gozo y la serenidad.

Mas, cómo osaríamos tratar semejante materia si nuestra santa Madre no hubiera hecho ella misma su elogio? Ella es difícil precisamente porque es simple y que toca más directamente la divina esencia. Dios es llamado simple “*unus et simplex*,” porque no solamente está exento de toda composicion, sea accidental ó esencial, mas todavia es infinitamente levantado por su pureza sobre todo lo corpóreo; pues cuanto más pura es una cosa, más simple es.

Tal es la definicion que hace de la simplicidad de Dios un gran teólogo, el Padre Lessius: por consiguiente veamos á qué altura de estimacion debemos poner la simplicidad, puesto que está en el rango de las perfecciones divinas.

II.—*Frutos de la simplicidad.*

Sin alejarnos mucho de este punto de vista, descendamos un poco á la aplicacion que debemos hacer á nuestra pobre humanidad, pues que nuestro Señor quiere que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto. La Santa Escritura en muchos pasajes alaba la simplicidad. Lo que ella admira en el santo hombre Job, es que es *simple y recto*. Salomon, haciendo la dedicacion del templo, se ofrece todo á Dios en la *sinceridad de su corazon*, como

sabiendo que ésta era la disposicion que decia dar más mérito á su ofrenda; y él dice tambien en el libro de los Proverbios: “La benevolencia del Señor es para aquellos que caminan con simplicidad.” Andemos, pues, por este camino tan seguro y suave y encontraremos en él inestimables bienes.

1.^o *Es un manantial de luces*, segun la palabra de nuestro Señor en el Evangelio. “Si vuestro ojo fuere simple todo vuestro cuerpo será luminoso.” Es decir, viendo las cosas con el mismo ojo que Dios, porque vuestra alma es simple, encontrareis en él luz y verdad. Mientras que los espíritus pretenciosos, llenos de su loca vanidad, son envueltos en tinieblas, el ojo simple, como un cristal puro recibe los divinos rayos del sol de justicia, luz del mundo, suprema y eterna verdad. Leemos en el libro de la Imitacion de Jesucristo: “Con dos alas se levanta el hombre de lo terreno, que son: simplicidad y puridad. La simplicidad ha de estar en la intencion y la puridad en la afeccion.” (1) Son dos hermanas inseparables; el alma simple no vé más que á Dios y se encuentra por lo mismo desembarazada de las preocupaciones terrenas, y cuanto más ella es simple, tanto es más pura, su afecto se concentra sobre su solo objeto y con esto se hace más

(1) Imitacion de Cristo, cap. IV, tratado II.

iluminada. “El corazon puro penetra el cielo y el infierno.” *Bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios.* Así que esta alma se contenta con poco por de fuera: no busca ni la estima de los hombres ni lo que halaga los sentidos: reduce todo á una sola cosa: hacer simplemente lo que agrada á Dios, que conoce por la simplicidad de sus miras.

2.º *La simplicidad es un manantial de paz.* ¿Qué cosa hay mas pacífica que el ojo simple? La turbacion, dice san Francisco de Sales, nace de la falta de simplicidad. En efecto ¿de qué puede ser turbada una alma establecida en la simplicidad? Tiene penas y contradicciones? las recibe de la mano de Dios y las acepta con amor, no viendo en ellas otra cosa que los dones de su bondad ¿El recuerdo de sus faltas? Espera el perdon y sin vueltas inútiles sobre sí misma, las echa en el amoroso seno de la divina misericordia. ¿Los temores del porvenir? Identificada con la divina voluntad, confía en su ternura, de la que ha recibido tantas prendas y de la que puede esperar todo: *Scio cui credidi.* Ved aquí su apoyo segun esta otra palabra: “El hombre sabio tiene siempre el ojo simple de su intencion fijo en mí (N. S. en el libro de la Imitacion) podrá vivir constante y siempre firme.” ¡Qué inalterable seguridad!

3.º *Es un manantial de libertad.* “¿Quién me dará alas de paloma y volaré y descan-

saré?„ dice el Salmista. La paloma es el ave de la simplicidad, aun segun el Evangelio, pues que nuestro Señor hablando á sus apóstoles, les enseña á ser “sencillos como las palomas„ ¿Y qué hay mas libre que el pájaro? Así pues, el profeta deseaba tener alas, sintiendo el peso de su destierro y las cadenas de su esclavitud; ¿no es nuestra alma semejante al pájaro en los lazos del cazador, por la multitud de cuidados y de las inquietudes de la vida? Cómo, pues, nos libertaremos de este yugo tan duro, tan oneroso, y tan humillante? Cómo escapar de esta violencia que sujeta nuestros movimientos hacia el bien y traba nuestros mejores deseos? El obstáculo de nuestra libertad es la falta de simplicidad. ¿Y por qué? Porque no siendo bastante sencillas ni bastante puras nuestras almas, sin cesar replegadas sobre sí mismas y sobre los objetos criados, victimas de su amor propio, no conocen la verdadera libertad. Para conseguirlo hagámonos sencillas como las palomas; como los niños dejémonos conducir ciegamente por la mano de nuestro Padre celestial, sin examen, sin vueltas, sin deseos; entonces nada detendrá este vuelo de una alma libre, porque es sencilla, fin hácia el cual deben tender nuestros esfuerzos: *una uni.*

Consultemos sobre esto á santa Teresa:
“Uno de los caracteres de la libertad de espíritu es el de encontrar á Dios en todas

las cosas elevándose á él por medio de las criaturas. Lo demás es una esclavitud que no solo daña el cuerpo, mas encadena á el alma y detiene sus progresos. Es entonces poco más ó menos como el viajero que encuentra en su camino un pantano ó una barrera que no puede atravesar y sin embargo para avanzar en la carrera de la perfeccion el alma no se ha de contentar con andar; es necesario que vuele.

“Pues procúrese á los principios andar con alegría, y libertad; que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devocion, si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasion, donde suele ofender á Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy entero en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas á su natural se puedan descuidar. Que siempre mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; mas hay muchas cosas á donde se sufre (como he dicho) tomar recreacion, aun para tornar á la oracion más fuerte. En todo es menester discrecion.” (1)

“¡Oh gran libertad! tener por cautiverio haber de vivir, y tratar conforme á las leyes del mundo; que como esta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arris-

(1) Vida, cap. XIII.

que todo por rescatarse, y tornar á su tierra. Y pues este es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor.” (1)

III.—*Práctica de la simplicidad.*

Distingamos dos clases de simplicidad: interior y exterior. Encontramos en un piadoso autor algunos rasgos que caracterizan bien la simplicidad interior.

“La simplicidad, dice él, no anda por caminos árduos; no busca el sondear la profundidad de los misterios, no indaga las razones que nos llevan á amar á Dios, ni los grados más ó menos rápidos de la perfeccion. Todo lo que agrada á Dios le agrada á ella, sin que dé importancia alguna á comprender por qué esto ó lo otro le agrada más. El alma simple no cuida de saber si merece ó nó los favores divinos; está penetrada de su nada. Si Dios la llena de sus dones, se derrama en acciones de gracias; si se los quita, le dá gracias sin tristeza ni inquietud. Ella adora en todo la voluntad del eterno Padre, mucho más solícita de servirle que de preocuparse de su recompensa. Oh encantadora simplicidad! Oh fiel y amable compañera de todas las virtudes!

(1) Vida, cap. XVI.

“Cómo me portaré para adquirirla? Oh! cómo ama el Salvador á las almas sencillas! Con ellas gusta de conversar; vamos á su escuela. El habla al corazon, y el corazon escuchándole se lanza á El sin otro designio que el de amarle. Le desea amar, evita y huye de cuanto pueda desagradarle, no retrocede ante ningun obstáculo, ningun sacrificio aun el más penoso, por procurar llegar hasta El. Ved aquí bien marcado el verdadero camino de la simplicidad. Yo apercibo ya todo lo que está sobre la inteligencia humana, lo que ningun sabio del mundo ha visto jamás; experimento en mí lo que Dios hace sentir á esas almas que no buscan mas que á El, que se echan en sus brazos, y que no quieren en una palabra sino lo que él quiere.”

Completemos este retrato de la simplicidad interior con las palabras de nuestra santa Madre, en su comentario sobre el Cántico de los Cánticos:

“...Mas nosotras con llaneza tomar lo que el Señor nos diere; y lo que no, no tenemos para que nos cansar, sino alegrarnos, considerando que es tan grande nuestro Dios, y Señor, que una palabra suya terná en sí mil misterios, y ansi no la entendemos nosotras bien. Si estuviera en Latin, ó en Hebraico, ó Griego, no era maravilla; mas en nuestro Romance, qué de cosas hay en los Psalmos de David, que cuando nos declaran el Romance solo, tan

escuro se nos queda como el Latin. Ansi que siempre os guardad de gastar el pensamiento, ni cansaros, que mujeres no han menester mas que lo que para su entendimiento bastáre: con esto nos hará Dios merced., (1)

Santa Teresa dice tambien en el Castillo interior:

“Siempre en cosas dificultosas (aunque me parece que lo entiendo, y que digo verdad) voy con este lenguaje *de que me parece*, porque si me engañare, estoy muy aparejada á creer lo que dijeren los que tuvieren letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes Letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, quando es una verdad, dásela para que se admita... Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creed de Dios mucho mas, y mas, y no pongais los ojos en si son ruines, ó buenos á quien las hace... sino con simpleza de corazon, y humildad servir á su Majestad, y alabarle por sus obras y maravillas., (2)

Ahora que conocemos los deseos de nuestra santa Madre y que vemos la ruta que ella nos ha trazado; hablemos de la simplicidad exterior que debe ser el sello de las verdaderas Carmelitas; ¿mas, cómo

(1) Conceptos, cap. I.

(2) Moradas V, cap. I.

pintarla? pues que, se ignora á sí misma y no se pondrá jamás en actitud de reproducirse. Es la ausencia de toda pretension, de toda composicion, y vive en cierta manera como los espíritus angélicos. Las perfecciones del alma sencilla se reflejan sobre todo su ser y hacen de ella una como copia de Adán inocente, cuando aún la culpa original no habia ajado sus rasgos, y sobre todo nos recuerda á Jesus durante su vida mortal. Nada de sutilezas, de rodeos, de disimulos; el candor está sobre su frente, la verdad en sus labios; su mirada es pura, su andar reposado y modesto; embellece los dones de la naturaleza y corona los de la gracia poniéndolos al abrigo de toda presuncion. En resúmen, una persona sencilla piensa sencillamente, desechando toda loca imaginacion, todo recuerdo inútil, toda reflexion que ofenda al prójimo; no se ocupa de lo que toca á otros y particularmente á los superiores. Obra sencillamente no haciéndose notar de una manera afectada ni en bien ni en mal. Cumple su deber sin afectacion, con olvido de sí misma y sacrificándose. Habla sencillamente sin exageracion, sin énfasis, siempre segun la verdad, pues que ignora los artificios, los rodeos, las expresiones de moda, las excusas ó las combinaciones que huelen á la política del mundo. Santa Teresa nos recomienda principalmente esta simplicidad de lenguaje.

“Antes que se me olvide, muy buena venia la del Padre Mariano, sino trajera aquel Latin. Dios libre á todas mis Hijas de presumir de Latinas. Nunca mas le acaezca, ni lo consienta. Harto mas quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas.” (1)

Mas, ¿por qué hablando de las virtudes cristianas y religiosas se trata tan poco de la simplicidad? Se recomienda con razon la humildad, la caridad, la mansedumbre, la obediencia y olvidase que el nudo esencial de este precioso ramillete, es esta bella simplicidad, comprendida y gustada de un pequeño número de almas. Sin ella, sin embargo, las más grandes virtudes son incompletas: la fe examina, la esperanza duda, la obediencia razona, la humildad no parece sincera, la misma caridad pierde mucho de su mérito: sí, la simplicidad es el ornamento de las virtudes. Es un tesoro escondido que el mundo no conoce, y aun mira su nombre como equivalente de ignorancia, de bestialidad, porque ella es contraria á sus múltiples instintos, á sus perversas máximas; nuestra naturaleza es tan compleja! gusta tanto de las dificultades y sabe vanagloriarse tan bien de estar sobrecargada, que la simplicidad la viene á ser extremadamente difícil. El santo hombre Job decía: “Vuelven en irrisión la

simplicidad del justo; es una lámpara despreciada en el pensamiento de los ricos, mas preparada para un tiempo señalado.” Sí, la simplicidad es una lámpara menospreciada del mundo y mientras tanto, sufre á su pesar la influencia de sus encantos y de su luz: está preparada para un tiempo señalado, porque tarde ó temprano se le hará justicia y recibirá su recompensa. Despues de este mundo ella tiene la de Dios, pues que la Escritura nos enseña que “su conversacion es con los sencillos,” y la simplicidad da á el alma una grande familiaridad con él. Terminemos por estas preciosas palabras de san Francisco de Sales:

“En resúmen, no hay virtud que Dios ame tanto como la simplicidad. Se gana el corazon, así que tiene rasgos de una divina amabilidad para las almas que por una amorosa pureza y simplicidad, se hacen niños pequeños cerca de Él, humildes, mansos, flexibles y fáciles de volver á toda mano. Sed, pues, una pequeña oveja, una pequeña paloma, simplicísima, mansa y amable. Vivid en el gozo y el ánimo, y Dios os bendecirá.”

CAPÍTULO VIII

De la paz del alma.

I.—*En qué consiste la paz.*

Como lo habemos visto en el capítulo precedente, la paz del alma es uno de los hermosos frutos de la simplicidad, y la raíz de este precioso árbol es la humildad. Todo el mundo conviene en esto: la paz es uno de los mayores bienes que se puede gozar en este mundo: es una gota de la felicidad del cielo, donde como dice Isaías, seremos inundados “de un río de paz”. Es una cosa tan dulce, tan consoladora, tan suave, que parece no está hecha para la tierra, pues que Job nos enseña que la vida del hombre es una milicia continua y nuestro Señor nos dice en el Evangelio: “Yo no he venido á traer la paz sino la guerra”. Entre tanto Él es Dios de paz, el Rey pacífico, el príncipe de la paz y Él mismo pronuncia esta sentencia: “Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios”. Nada es más deseable que la paz; pero ¿cómo concordar estas aparentes contradicciones? Por un lado nos invita Dios á la paz, y por el otro nos excita á la guerra, nos la muestra

como inevitable y aun también no nos promete la paz sino á este precio. Mas hay muchas maneras de paz, y santa Teresa va á guiarnos para conocerlas. Nos muestra lo primero la falsa paz.

II.—*Paz falsa y paz engañosa.*

“Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos: nunca Dios nos la deje probar, que es para guerra perpétua. Cuando uno de los del mundo anda muy quieto, metido en grandes pecados, y tan sosegado en sus vicios, que de nada le remuerde la conciencia.

“Esta paz ya habeis leído, que es señal que el demonio y él están amigos, y mientras vive, no le quiere dar guerra, porque (segun algunos son malos) por huir de ella, y no por amor de Dios, se tornarian algo á él, enmendándose; mas los que van por aquí, nunca duraron en servirle, y como el demonio lo entiende, torna á dar gustos á su placer, y tórnanse á su amistad, hasta que les dá á entender cuan falsa era su paz. En estos no hay que hablar, allá se lo hayan, que yo espero en el Señor, no se hallará entre nosotros tanto mal.” (1)

No es que esta falsa paz existe solamente para los mundanos; sin ninguna duda ella está lejos de nosotras tal cual ellos la sa-

(1) Conceptos, capítulo II.

borean en su ilusion, pues nuestra separacion del mundo y de sus placeres nos ponen al abrigo de sus peligros; mas apesar de esto debemos estudiar cuidadosamente los escollos que el demonio siembra bajo nuestros pasos, aun en la habitacion de la paz. Este es el nombre que conviene á la vida religiosa, y se puede decir de cada una de nosotras, bendiciendo la divina misericordia, esta palabra de un Salmo: *Factus est in pace locus ejus*. Por lo tanto, hay todavía acá lazos que evitar, enemigos que vencer para gozar de la paz. Santa Teresa nos lo advierte:

“Podria comenzar el demonio por otra paz en cosas pocas, y siempre, hijas mias, mientras vivimos nosotros, habemos de tener. Cuando la Religiosa comienza á relajarse en unas cosas, que en sí parecen poco, y perseverando en ellas mucho, no la remuerde la conciencia, es mala paz, y de aquí puede el demonio traerla muy mala. Así como es el quebrantamiento de Constitucion, que en sí no es pecado, y no andar con cuidado en lo que el Perlado le manda, aunque no sea con malicia, porque en fin está en lugar de Dios, y es bien siempre obedecerle, que á eso venimos, y hemos de andar mirando lo que quiere, y en otras cosillas muchas que se ofrecen, que en sí no parecen pecado, y en fin son faltas y halas de haber, que somos mujeres: no digo yo que no, lo que digo es, que las

sientan cuando las hacen, y entiendan que faltaron; porque si no, como digo, desto se puede el demonio alegrar, y poco á poco ir haciendo insensible al alma. Destas cosas yo os digo, hijas, que cuando eso allegaré alcanzar el demonio, que no tenga hecho poco.” (1)

Es así, que hay almas que están en una paz ociosa y por lo mismo ilusoria, de la que nuestra santa Madre quiere perservarnos. Ay! esas almas son en mayor número de lo que se piensa aun en la religion. Aparecen tranquilas y no se inquietan, porque exentas de grandes faltas y viendo las finezas de Dios hácia ellas, se tranquilizan sobre sus imperfecciones y no hacen bastantes esfuerzos generosos para salir de estas. Su amor de Dios es flaco, el celo de su gloria inactivo, su virtud titubeante; entonces la menor espina del camino las hiere y detiene, pues que hacen consistir su paz en no tener contradicciones y en no sufrir nada; lo que no es posible en esta vida, como nos lo advierte el autor de la Imitacion de Jesucristo, “Es el estado del eterno reposo.”

Meditemos pues un poco, con la ayuda de santa Teresa, en qué consiste la verdadera paz; porque Dios quiere que tengamos esta paz del corazon que vino á traer sobre la tierra y que los ángeles anuncia-

(1) Conceptos, capítulo II.

ban en su nacimiento: «*Paz á los hombres de buena voluntad,*» y el profeta dice: *Señor, grande es la paz para los que aman vuestra ley.*» Es tambien el testamento del Maestro: «*La paz os dejo, la paz os doy, mas no la doy como el mundo la dá.*» Ved lo que es necesario comprender. Es que la verdadera paz, la paz de Dios no existe en este mundo sin combate y sufrimiento.

“Y porque temo pasar adelante por eso miraos mucho por amor de Dios: guerra ha de haber en esta vida, que con tantos enemigos no es posible dejarnos estar mano sobre mano, sino que siempre ha de haber cuidado, y traerle de como andamos en lo interior y exterior., (1)

III.—*Obstáculos y medios.*

Tres son las condiciones que hemos de observar para conseguir este fin: 1.º Abstenerse de faltas voluntarias. 2.º Señorear sus pasiones. 3.º Conformarse en todas las cosas con la voluntad de Dios.

1.º Toda alma religiosa, cuidadosa de su perfeccion, debe llenar sin disgusto esta condicion fundamental de la pureza del corazon; exige vigilancia, indica la salud del alma y mantiene la paz. Bueno será observemos que nuestras faltas no deben turbar nuestra paz, pues la turbacion na-

(1) Conceptos, capítulo II.

ce del orgullo y en nuestra mano está el resistir. Así, cuando la falta es exterior, es decir, que ella haya podido ser apercibida y causar algun perjuicio al prójimo apresurémonos á repararla generosamente, sin replegarnos sobre nosotros mismos para excusarla ó paliarla. Si no es conocida mas que de Dios y nosotras, humillémonos inmediatamente en su presencia, sin procurar disimular nuestras culpas convengamos sencillamente que hemos faltado y que el pecado es nuestra obra, y pidamos humilde y sinceramente perdon. La humildad es la guardiana de la paz.

2.º Señorear sus pasiones. Toda passion, por poco sostenida que sea, es un motivo de turbacion. En efecto, el agua corre tranquila y limpia sobre un lecho de tierra; que la remuevan ligeramente y enseguida se pondrá cenagosa; mezclándose con la tierra perderá su limpieza. Es pues muy importante el dominar sus pasiones, para que ellas no nos dominen á nosotras. No nos lisonjeemos de que las nuestras se hayan extinguido, porque muchas veces faltas de ocasiones no se dejan sentir sus puntas; no están mas que dormidas y despertarán al menor choque; porque se traduzcan con menos violencia no son por eso menos pérfidas. El orgullo se manifiesta por el amor propio, la cólera por la ira y la impaciencia; la envidia produce secretos celos, y un cierto deseo de figurar, de

obtener la confianza de los superiores, etcétera. Las pasiones residen en el apetito sensitivo y el alma puede sacar un partido muy ventajoso, cuando ha logrado vencerlas y dirigirlas á Dios. Entonces ya no son un obstáculo á la paz y llegan á ser una ayuda para el alma pacífica por el impulso. que ellas le dan para la virtud. Santa Teresa las pinta bajo la figura de bestias venenosas que impiden la entrada del castillo interior.

“Procuremos hacer lo que es en nosotras, y guardarnos destas sabandijas ponzoñosas, que muchas veces quiere el Señor que nos persigan malos pensamientos, y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotras, y sequedades; y aun algunas veces, permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar despues, y para probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Por eso no os desanimeis, si alguna vez cayéredes, para dejar de procurar ir adelante, que aun de esa caída sacará Dios bien, como hace el que vende la triaca para ver si es buena, que bebe la ponzoña primero.

“...Paz, paz, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó á sus Apóstoles tantas veces. Pues creedme, que si no la tenemos, y procuramos en nuestra casa, que no la hallaremos en los extraños.” (1)

“Notad una cosa, y esto se os acuerde

(1) Moradas segundas, cap. I.

por amor de mí. Si una persona está viva, ¿por poquito que la lleguen con un alfiler, no lo siente? O una espinita, por pequeña que sea? Pues si el alma no está muerta, sino que tiene vivo un amor de Dios, ¿no es merced grande suya, que cualquiera cosita que haga, que no sea conforme á lo que hemos profesado y estamos obligados, la sienta? Oh! qué es hacer la cama á su Majestad de rosas, y flores el alma, á quien dá Dios este cuidado, y es imposible dejar de venir á regalarle con ella, aunque tarde. Válame Dios! ¿qué hacemos los religiosos en el Monasterio, aunque dejemos el mundo? A qué venimos? En qué mejor nos podemos emplear, que en hacer aposentos en nuestras almas á nuestro Esposo, pues le tomamos por tal cuando hicimos profesión?

“Entiéndanme las almas de las que fueron escrupulosas, que no hablo por alguna falta alguna vez, ó faltas que no se pueden entender, ni aun sentir siempre, sino hablo de quien las hace muy ordinarias, sin hacer caso, pareciéndola nada, y no la remuerde la conciencia, y procura enmendarse destas: torno á decir que es peligrosa paz, y que esteis advertidas dello.” (1)

Es pues muy cierto que la paz íntima es el resultado de la lucha contra las pasiones; mas para tener esta paz plena y ente-

(1) Conceptos, cap. II.

ra, es necesario que el alma por medio del imperio que debe ejercitar sobre sí misma esté completamente sumisa á Dios.

“Toda la pretension de quien comienza oracion (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse con cuantas diligencias pueda á hacer conformar su voluntad con la de Dios; y (como diré despues) estad muy ciertas, que en esto consiste toda la mayor perfeccion que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en este camino; no penseis que hay aquí más algaravías, ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien.,” (1)

IV.—*Paz sobrenatural.*

Hemos hablado de la paz falsa en que Dios deja á los mundanos y de la paz verdadera de que gozan las almas fieles, y hemos indicado los medios de conservarla, Santa Teresa nos habla todavia de otra paz más íntima y levantada; es sin duda, esta paz que sobrepuja todo sentimiento la que san Pablo enseña y desea á los cristianos. Lo elevado de la materia nos obliga á seguir el lenguaje de la santa:

“Vamos á la amistad, y paz que nos co-

(1) Moradas segundas, cap. I.

mienza á mostrar el Señor en la oracion, y diré lo que su Majestad me diere á entender. Mas hame parecido deciros un poquito de la paz que dá el mundo, y nos dá nuestra propia sensualidad...

“Podriase alguno engañar en la paz que dá el mundo por muchas maneras: de algunas diré para lastimarnos, y dolernos mucho, los que por nuestra culpa no llegamos á la excelente amistad de Dios, y nos contentamos con poca. ¡Oh Señor, no nos contentáramos, y acordáramos, que es mucho el premio, y sin fin; y que llegadas ya á tan grande amistad, acá nos le dá el Señor, y que muchos se quedan al pie del monte, que pudieran subir á la cumbre! En otras cosillas que os he escrito, os he dicho eso muchas veces, y ahora os lo torno á decir y rogar, que siempre nuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí verá el Señor os dé gracia para que lo sean tambien las obras: creed que vá mucho en esto.” (1)

Sí, este es el punto más importante de la vida espiritual, la palanca que hace caminar á las almas. El ánimo hace olvidar las dificultades del camino y las supera con ventaja, porque vé en lo alto la divina voluntad, que es al mismo tiempo el punto de salida, el camino y el fin. Así es como la union se consuma y el amor nos intro-

(1) Conceptos, cap. II.

duce en la mansion de la paz. Concluamos con esta exhortacion de santa Teresa:

“Oh santa Esposa, (dice ella dirigiéndose á la esposa de los Cantares) vengamos á lo que vos pedís, que es aquella santa paz, que hace aventurar al alma á ponerse en guerra con todos los del mundo, quedándose ella con toda seguridad, y pacifica.

“¡Oh qué dicha tan grande será alcanzar esta merced! Pues es juntarse el alma con la voluntad de Dios, de manera que no hay division entre él y ella, sino que sea una misma voluntad, no por palabra, no por solos deseos, sino puestos por obra; de manera que entendiendo que sirve más á su Esposo en alguna cosa, halla tanto amor y deseo de contentarle, que no escuche las razones que le dará el entendimiento de la contraria, ni escuche los temores que le pondrá, sino que deje obrar á la Fe, de manera que no mire provecho, ni descanso, sino acabe ya de entender que en esto está todo su provecho.

“¡Oh amor fuerte de Dios! ¡Y como no le parece que ha de haber cosa imposible á quien ama! Dichosa alma que ha llegado á alcanzar esta paz de su Dios, que este Señor dá sobre todos los trabajos, y peligros del mundo...

“Ya yo veo es menester grande ayuda suya para cosas semejantes; y por esto os aconsejo, hijas, que siempre con la Esposa

pidais esta paz tan regalada, porque así señoreais todos estos temorcillos del mundo, y con todo el sosiego, y quietud le dais batería.» (1)

Todas estas citas de santa Teresa, están sacadas en parte del castillo interior y la mayor parte del fragmento de su libro sobre el Cántico de los Cánticos; sus lecciones se apoyan en la Escritura misma, en la cual nos dice Dios por un profeta: "Amad la paz y la verdad, porque si estamos en la verdad, es decir en la fe sostenida por las obras, tendremos infaliblemente la paz." La definen así: la tranquilidad del orden, porque el orden que dimana de Dios, pone cada cosa en el lugar que le asigne el pensamiento divino, y por consiguiente establece en el alma una perfecta calma. La verdad pues, es á la vez fuente y fruto de la paz; y cuando nada turba este hermoso orden, vemos las cosas como Dios mismo las juzga; es decir, en la paz y según la verdad: tal será el cielo. Trabajemos en la tierra para llegar á este fin tan deseable, para que Dios nuestro Señor que es la misma verdad pueda glorificarse en nosotras.

(1) Conceptos, cap. III.

CAPÍTULO IX

Retrato de la vida perfecta.

Despues de haber recordado algunas de las virtudes propias de la Carmelita, sobre las cuales insiste principalmente Santa Teresa en sus obras, terminemos con el retrato de la perfeccion, tal cual ella la pinta en las últimas moradas del Castillo interior.

Es el estado de una alma que habiendo sabido practicar con fidelidad y perseverancia lo que anteriormente hemos expuesto, ha llegado á la cumbre de la vida espiritual, sin salir de las vias ordinarias. Como no se trata aquí ni de los estados de oracion, ni de los favores sobrenaturales que han sido concedidos á nuestra santa Madre, toda Carmelita puede esperar llegar á la altura de que hablamos. Y ¿qué sabemos si en el gran dia de las retribuciones nos serán mostradas almas que habiendo vivido en medio de las vicisitudes y peligros del mundo llegaron á una perfeccion mucho mas elevada que la nuestra? San Pablo exhortaba á los primeros cristianos á animarse con la emulacion por los dones mas excelentes; ¿qué hubiese dicho á las hijas de la gran Santa Teresa, almas pre-

venidas de los dones de la gracia de una manera tan especial? Sirvámonos de estos preciosos estímulos y redoblemos el celo para dar á Dios la gloria de haber respondido generosamente á las ventajas y á los designios de su amor.

I.—*Disposiciones.*

Olvido de sí mismo; Deseo de padecer.

Segun Santa Teresa, la vida perfecta produce ó consiste en dos disposiciones principales; el olvido de sí, y el deseo de sufrir por amor de nuestro Señor. *¿Qué es el olvido?* Es la ausencia del recuerdo, como si la persona ó cosa olvidada no existiera ya para nosotros. Cuando se ama es difícil el olvido, sobre todo cuando se trata de nuestra persona, y nuestra alma está de tal manera ligada á nuestro cuerpo que no es posible separarles en tanto que la vida les une, de aquí este amor innato que nos tenemos á nosotros mismos y que no muere, dice un santo, sino despues de nosotros. Sin embargo, este amor propio es un enemigo tan peligroso, que nos hace traicion sin cesar, si no trabajamos seriamente en destruirle ó al menos en debilitarle. Para esto son necesarias dos cosas; *despreciarse sinceramente y entregarse totalmente á Dios.* Facilmente se olvida lo que se desprecia y basta una mirada para mos-

trarnos la verdad: nuestro cuerpo es un elemento de corrupcion; nuestra alma guarida de la hidra de siete cabezas que renace sin cesar para darnos una cruel guerra; ¿cómo no despreciarse cuando se pone á la vista de estas realidades? *Entregarse totalmente á Dios*, dejándole toda solitud sobre nosotros mismos. Apoyada en este Dios infinitamente bueno y poderoso, el alma abandona el pasado en su misericordia, de la que ya ha recibido un generoso perdon; el presente en su providencia, siguiendo paso á paso sus sabias disposiciones; lo venidero en su amor, que le obliga á esperar con una confianza inquebrantable la felicidad eterna que le tiene preparada. Recojamos ahora lo que dice nuestra santa Madre sobre el olvido de sí, aplicando á esto el simbolo ingenioso de la mística mariposa:

“Ahora, pues, decimos, que esta mariposita ya murió con grandísima alegría de haber hallado reposo y que vive en ella Cristo. Veamos que vida hace, ó que diferencia hay de cuando ella vivia; porque en los efectos veremos si es verdadero lo que queda dicho. A lo que puedo entender son los que diré. El primero un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es como queda dicho; porque toda está de tal manera que no se conoce; ni se acuerda que para ella ha de haber Cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada

en procurar la de Dios, que parece, que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que él miraría por las suyas. Y así de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querría ser en nada, nada; sino es para cuando entiende que puede hacer de su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto ponía muy de buena gana su vida. No entendais por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir (que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada conforme á su estado) que hablamos en cosas interiores, que de obras exteriores poco hay que decir; que antes esa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede, y entiende que es servicio de nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra.” (1)

No se confunda el *deseo de padecer* de una alma perfecta con esos fuegos fatuos que flotan algunas veces en los momentos de fervor en la superficie de la parte inferior y sensible y que se desvanecen á la aproximación del dolor; el deseo de que hablamos es una disposición real producida por el amor de nuestro Señor, que pone en el alma la voluntad sincera de aceptar gozo.

(1) Moradas séptimas, cap. III.

samente y aun de buscar, según las circunstancias, la ocasión de padecer. Esta es la que inspira las grandes penitencias, el sacrificarse por la salvación de las almas, en una palabra, todos los heroicos actos cumplidos por los santos, los misioneros, y las almas justas que aman á Dios ardientemente y quieren caminar sobre las huellas del divino Maestro. Identificada con Él, el alma experimenta la necesidad de sacrificarse por su gloria y de ofrecerse en víctima si El lo pide, en espíritu de holocausto y de reparación. Para llegar á esto no es necesario soñar con el martirio; lo esencial es aceptar y ofrecer voluntariamente con un santo apresuramiento todo lo que la Providencia divina nos envíe: esas penas, esos dolores, esas miserias que constituyen los sufrimientos de la vida. Nos vienen de Dios, del prójimo ó de nosotros mismos, pues están aquí las causas ordinarias de nuestras penas. De parte de Dios experimentamos sequedades, desolaciones interiores, dificultades en la realización de nuestros mejores deseos, etc. Así, el alma que comprende los designios de Dios los acepta con una fe viva, una convicción íntima de su nada, una sumisión sin límites á la voluntad divina y una confianza absoluta en su bondad. El prójimo nos es muchas veces motivo de ejercicio; extravagancias de espíritu, diferencia de caracteres, defectos que sufrir, flaquezas que

escusar, exigencias y contradicciones que sobrellevar etc.

Es uno de los contratiempos de la vida que exige más humildad, paciencia, mansedumbre, longanimidad, lo cual solo puede inspirar la gracia de nuestro Señor si se es fiel y si se ha adquirido el imperio sobre sí mismo por su amor. En conclusion, ¿no somos nosotros mismos algunas veces nuestro propio suplicio? Tentaciones, desconfianzas, guerra contra las pasiones, obligaciones, inquietudes, dolores del cuerpo y del alma: tal es nuestra cruz de cada día que constituye un género de martirio que santa Teresa pone en alguna manera sobre el de sangre, porque pide más constancia y un continuo valor. Por lo demás, este santo deseo es de tal modo sostenido por la gracia que el alma encuentra en el padecer cierta especie de consuelo y alimento espiritual preferible á todos los gustos de la devocion. Ved lo que dice santa Teresa hablando siempre del estado de la perfeccion:

“Lo segundo un deseo de padecer grande, más no de manera que le inquiete, como solia, porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellos, que todo lo que su Majestad hace tienen por bueno, si quiere que padezcan en hora buena, y si no no se matan como solian. Tienen tambien estas almas, un gran gozo interior cuando

son perséguídas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que les hacen mal, ó desean hacer, antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algun trabajo, lo sientan tiernamente, y cualquiera tomarian por librarlos dél, y encomiéndanlos á Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad, holgarian perder, porque se las hiciese á ellos, porque no ofendiesen á nuestro Señor.” (1)

Por todo lo que precede vemos que las dos disposiciones indicadas por santa Teresa, como que son el sello de las almas perfectas, son tambien la reunion práctica de todas las virtudes. Pues que el alma que vive en el olvido, de nada se queja, encuentra bueno todo lo que Dios ordena ó permite, y sin volver sobre sí misma está siempre dispuesta á rendir á Dios y al prójimo todo el servicio que de ella depende.

II.—Efectos.—Union de conformidad.

Además, la cruz de cada dia, bien aceptada, hace al alma ávida de este sólido alimento que mantiene la union con Dios, fin y complemento de la perfeccion. Mas, ¿en qué consiste esta union por la cual suspiran todas las almas que gustan y comprenden la dicha de ser de Dios? No nos

(1) Moradas séptimas, capítulo III.

engañemos: la union á la cual se puede aspirar con el socorro de la gracia, no es una cosa ideal y sensible, como se imagina muchas veces. Sin duda ella puede ser un don gratuito que Dios concede algunas veces á las almas muy avanzadas en la oracion, pero como esta no depende de nosotros, no la hagamos el objeto de nuestras pretensiones, limitémosnos á pedir lo que está á nuestro alcance: es necesario tender á ella con todos nuestros esfuerzos. Nuestra santa Madre nos convida haciendo brillar á nuestros ojos la más verdadera y preciosa luz sobre este punto importante de que ella nos ha hablado ya.

“Pues para esto ¿no es menester lo que queda dicho de suspensión de potencias? No, que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos, y llegarlas á estas Moradas, y no por el atajo que quedá dicho. Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano y más á vuestra costa; porque acullá ayuda mucho para morir el verse en vida tan nueva; acá es menester, que viviendo en esta le matemos nosotras. Yo os confieso, que será á mucho más trabajo, mas su precio se tiene; y así será mayor el galardón si salis con vitoria: mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la union verdaderamente con la voluntad de Dios, la nos sona res

“Esta es la union que toda mi vida he deseado: esta es la que pido siempre á

nuestro Señor, y la que está más clara y segura. Mas ay de nosotros, que pocos debemos llegar á ella! Aunque á quien se guarda de ofender al Señor, y ha entrado en Religión le parezca que todo lo tiene hecho. Oh que quedan unos gusanos que no se dan á entender, hasta que, como el que royó la yedra á Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimacion, un juzgar á los prójimos (aunque sea en pocas cosas,) una falta de caridad con ellos, no los queriendo como á nosotros mismos.

“Que aunque arrastrando cumplimos con la obligacion para no ser pecado, no llegamos con mucho á lo que ha de ser, para estar del todo unidas con la voluntad de Dios.” (1)

Todas estas palabras de nuestra santa Madre son otras tantas perlas preciosas que brillan como los rayos del sol para iluminar y enriquecer nuestras almas. Para nosotros se las inspiró el Espíritu Santo y si queremos sinceramente llegar á la vida perfecta que ellas nos enseñan y á la cual nos convidan, no sabremos meditarlas demasiado. Entonces estas que siguen nos serán de nuevo y poderoso aliento.

“¿Qué pensais, hijas, qué es su voluntad? Que seamos del todo perfectas, para ser unos con él, y con el Padre, como su

(1) Moradas quintas, capítulo III.

Majestad lo pidió. ¿Mirad, qué nos falta para llegar á esto? Yo os digo, que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa; que no há menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos á su Hijo, que nos enseñase el camino. No penseis que está la cosa en si se muere mi Padre ó hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios, que no lo sienta; y si hay trabajos y enfermedades, sufrílos con contento. Bueno es, y á las veces consiste en discrecion, porque no podemos mas, y hacemos de la necesidad virtud: cuantas cosas destas hacian los filósofos, ó (aunque no sean destas) de otras, de tener mucho saber. Acá solas estas dos que nos pide el Señor, amor de su Majestad y del prójimo es en lo que hemos de trabajar: guardándolas con perfeccion hacemos su voluntad y así estaremos unidos con él. ¿Mas qué lejos estamos de hacer, como debemos á tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho? Plegue á su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar á este estado, que en nuestra mano está si queremos., (1)

III.—*Santos deseos de la muerte.*

La union por amor es insaciable; así el alma que está olvidada de sí, no mirando

mas que á Dios y su gloria, que desea sufrir por Jesucristo, pero con un deseo tranquilo á causa de su perfecta conformidad con el agrado de Dios en todo, está santamente impaciente por ir á verle en el cielo, y unirse más estrechamente con Él. No obstante, dividida entre esta necesidad íntima y la de servir á su divino Esposo, acepta con desinterés perfecto la muerte y la vida como igual testimonio de amor. Veamos lo que nos enseña Santa Teresa de este sublime estado:

“Lo que más me espanta de todo es, que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle y que por ellas sea alabado, y de aprovechar alguna alma si pudiesen, que no solo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellas, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los Santos, no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miran por su honra, desasidos de todo lo demás.

“Verdad es, que algunas veces que se

olvidan desto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios, y desear salir deste destierro, en especial viendo lo poco que le sirven; mas luego tornan, y mira en si mesma con la continuacion que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece á su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella, que le puede dar. Temor ninguno tiene de la muerte, mas que tenia de un suave arrobamiento. El caso es, que el que daba aquellos deseos con tormento tan escesivo, da ahora estotros. Sea por siempre bendito y alabado. (1)

La posesion de este grado de perfeccion es ciertamente raro y difícil, mas ella asegura la mayor felicidad que puede haber acá abajo; pues ella quita el temor de la muerte, que es una de las más penosas cruces de la humanidad, aun para las almas de los justos. No hemos sido criados para morir, y este terrible sueldo del pecado viene á ser para muchos un verdadero suplicio á causa de sus consecuencias. No se muere mas que una vez, y despues de la muerte está el juicio que ha hecho temblar á los mayores santos. Así, esta seguridad que hace mirar á la muerte como un suave arrobamiento es un favor especial que Dios concede algunas veces por precio de los esfuerzos sostenidos del alma

(1) Moradas quintas, cap. I.

pérfecta. Trabajemos para obtenerle reconociendo que no lo merecemos.

¡Santa Teresa, oh mi gloriosa y tierna Madre! vos sabeis cuan distante estoy del retrato que he tenido la temeridad de trazar segun vuestras lecciones, vuestros ejemplos y vuestras palabras. Mi escusa está en el deseo que tengo de hacerlas apreciar y gustar más y más. Juntad para todas vuestras hijas la unción de la gracia que vos podeis obtenerlas, para que reunidas un dia en el Cielo cantemos eternamente con vos las misericordias del Señor. Amen.

FIN.

INDICE.

APROBACION.	V
ADVERTENCIA.	VII
DEDICATORIA.	VIII
CAPÍTULO PRELIMINAR.— <i>Fin y dicha de la vocacion</i>	IX

PRIMERA PARTE.

Como debe portarse una Carmelita con respecto a Dios y en las cosas de su servicio segun la doctrina de santa Teresa.

CAPÍTULO I <i>De la oracion:</i> Oracion vocal, oracion mental, oficio divino.	25
CAPÍTULO II <i>De la oracion mental:</i> I. Preparacion para la oracion.—II. Caracteres de la verdadera oracion.—III. Frutos de la verdadera oracion.—IV. Consejos practicos para bien meditar.—V. Avisos para las almas que no pueden meditar.—VI. Perseverar en la oracion.	33
CAPÍTULO III. <i>De la oracion mental (continuacion):</i> I. Práctica del recogimiento.—II. Caracteres del recogimiento.—III. Medios para llegar al recogimiento.—IV. El jardín místico.—V. De la devocion sensible.—VI. Medios para llegar a oracion sobrenatural: Conocimiento propio. Conformidad con la voluntad de Dios. Animo. Humildad. Obediencia.	

Conclusion.	57
CAPÍTULO IV. <i>De los favores extraordinarios:</i> I. Oracion sobrenatural. En que consisten las operaciones sobrenaturales y de que manera se deben recibir. Diferencia entre los trasportes y los arrobamientos. Visiones diabólicas. Medios infalibles para triunfar, humildad y simplicidad de corazon.—II. Oracion de quietud 2. ^o grado. Efectos de la oracion de quietud. Como debe conducirse el alma en la oracion de quietud. Señales para conocer de donde viene la quietud de la voluntad. Medio seguro para evitar los artificios del espíritu de tinieblas. Efectos maravillosos que el Espíritu de Dios produce en el alma.—III. Sueño espiritual tercer grado: En qué consiste. Frutos del sueño espiritual.—IV. Oracion de union cuarto grado. Es necesario siempre ocuparse de la Santísima Humanidad de Ntro. Señor. Hablas interiores. Señales por donde se conocen las hablas peligrosas. Señales por las que se conoce cuándo las palabras son de Dios. Nada importante se ha de emprender sin el parecer de un confesor prudente. Lágrimas. Santos deseos.	88
CAPÍTULO V. <i>De las penas interiores:</i> Distracciones. Sequedad. Sensaciones. Tentaciones. El despreciar al demonio es un remedio contra las tentaciones. Señales por las que se conocen las ilusiones del alma. Penas en la oracion, medios de hacerlas útiles. Privacion de la devocion sensible, sus causas y remedios. Desolacion. Abandono. Inquietudes sobre el estado del alma. Mobilidad del espíritu. Penas que provienen de la imaginacion. Penas de las almas contemplativas.	128
CAPÍTULO VI. <i>La Eucaristía:</i> Presencia de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Comunión. Accion de gracias. Comunión espiritual.	157
CAPÍTULO VII. <i>De la devoción a la Santísima Virgen y San José.</i>	178
CAPÍTULO VIII. <i>Amor y sumision á la Iglesia:</i> Se debe contentar con saber lo que la se enseña. Aprecio de la palabra de Dios escrita y anunciada. Virtud del agua bendita. Es necesario servirse de las santas imágenes.	185
CAPÍTULO IX. <i>Amor y temor de Dios.</i> Condiciones para obtener el amor divino. Efectos del divino amor. Caracter del verdadero amor. Debe unirse el temor al amor.	196
CAPÍTULO X. <i>Resignacion y confianza</i>	213

133	dones de Dios y en las virtudes.—V. Prácticas de humildad.	
	SEGUNDA PARTE.	
337	Cómo debe conducirse una Carmelita con el prójimo según la doctrina de Santa Teresa.	
		Págs.
	CAPÍTULO I. <i>Celo de la salvacion de las almas.</i> —I. El celo fin de la vocacion al Carmelo.—II. Caracter y efectos del celo.—III. Del modo de ejercitar nuestro celo.—IV. Peligros del falso celo.—Motivos del celo.	227
	CAPÍTULO II. <i>De la obediencia.</i> I. Grandeza y necesidad de la obediencia.—II. Caracteres de la verdadera obediencia.—III. Desgracia de las almas desobedientes. Como debe practicarse la obediencia. Mérito y ventajas de la obediencia. Primera ventaja de la obediencia.—Segunda ventaja de la obediencia.—Tercera ventaja de la obediencia.—Cuarta ventaja de la obediencia.—Quinta ventaja de la obediencia.—Sexta ventaja de la obediencia.	251
	CAPÍTULO III. <i>De la direccion espiritual.</i> I. Necesidad de la direccion.—II. Dificultades de la direccion.—III. Cualidades que debe tener la direccion.—IV. Conclusion.	275
	CAPÍTULO IV. <i>De la caridad para con el prójimo.</i> I. Caridad en general.—II. Amor virtuoso y espiritual.—III. Obstáculos y medios.	288
	CAPÍTULO V. <i>De la caridad para con las hermanas.</i> I. Caridad mutua.—II. Peligro de las amistades particulares.—III. Prácticas de caridad.—IV. Cuidado de las enfermas.	303
	CAPÍTULO VI. <i>De las relaciones exteriores.</i> I. Las personas de fuera.—II. Los parientes.—III. Los bienhechores.	321

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO I. <i>De la humildad.</i> I. Su definicion, necesidad de la humildad y del propio conocimiento.—II. Caracteres de la verdadera y falsa humildad.—III. Peligros del pundonor.—IV. Humildad en los
--

dones de Dios y en las virtudes.—V. Prácticas de humildad .	331
CAPÍTULO II. <i>La pobreza</i> : I. La virtud de la pobreza es uno de los frutos de la humildad.—II. Como se ha de practicar la pobreza religiosa.—III. Ventajas y recompensas de la pobreza.—IV. La pobreza obliga al trabajo .	377
CAPÍTULO III. <i>Desasimiento</i> : I. Lo que es desasimiento.—II. Variedad de los apoyos terrenos.—III. Libertad que da el verdadero desasimiento .	391
CAPÍTULO IV. <i>Precio y amor de los sufrimientos</i> : I. Necesidad del padecer.—II. Motivos para estimar y amar las cruces.—III. Mérito y felicidad del padecer .	410
CAPÍTULO V. <i>De la ciencia del sufrir</i> : I. La paciencia.—II. Animo.—III. La firmeza y la perseverancia .	429
CAPÍTULO VI. <i>Penitencia, Renunciacion, Mortificación</i> .	446
CAPÍTULO VII. <i>De la simplicidad</i> : I. Definición.—II. Frutos de la simplicidad: La simplicidad es un manantial de luces, de paz y de libertad.—III. Práctica de la simplicidad .	454
CAPÍTULO VIII. <i>De la paz del alma</i> : I. En qué consiste la paz.—II. Paz falsa y paz engañosa.—III. Obstáculos y medios.—IV. Paz sobrenatural .	466
CAPÍTULO IX. <i>Retrato de la vida perfecta</i> : Disposiciones: olvido de sí mismo y deseo de padecer.—Efectos, union de conformidad.—Santos deseos de la muerte .	478

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO I.—De la humildad: I. Su definición, necesidad de la humildad y del propio conocimiento.—II. Caracteres de la verdadera y falsa humildad.—III. Peligros del equívoco.—IV. Humildad en los	
--	--



*Acabóse de imprimir este libro
el Viernes XIV de Octubre
vispera de la festividad
de Sta. Teresa de Jesus
del año del Señor
MDCCCXCVIII*



Acótese de imprimir este libro

el Viernes XIV de Octubre

en la imprenta de la festividad

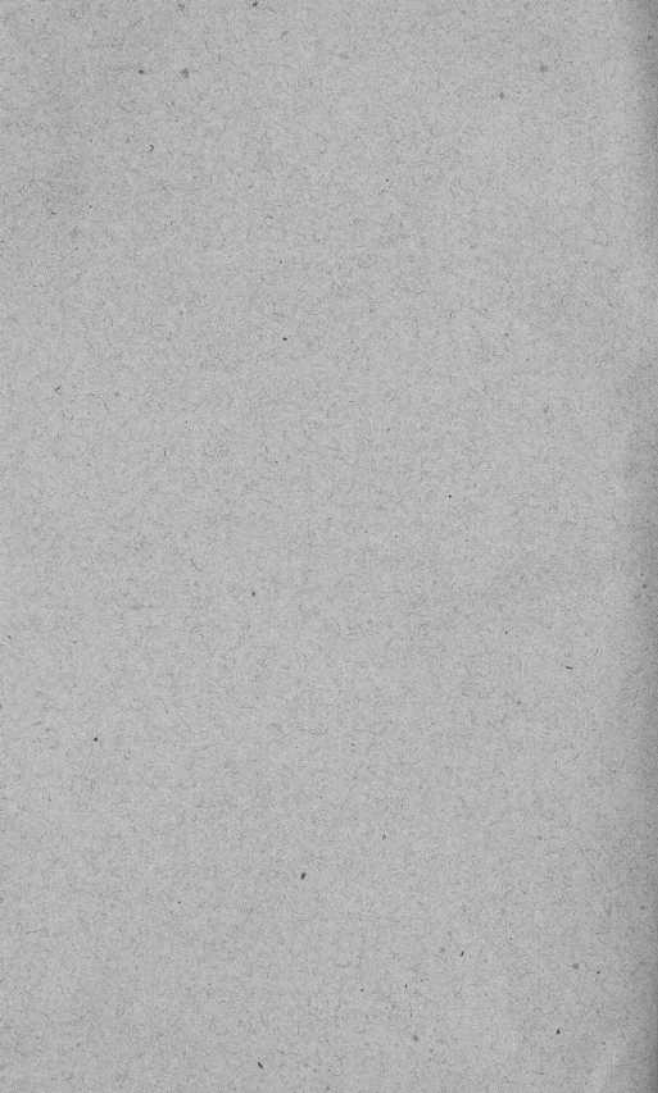
de San Jerónimo

del año del Señor

MDCCXCVII







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....

Estante.....

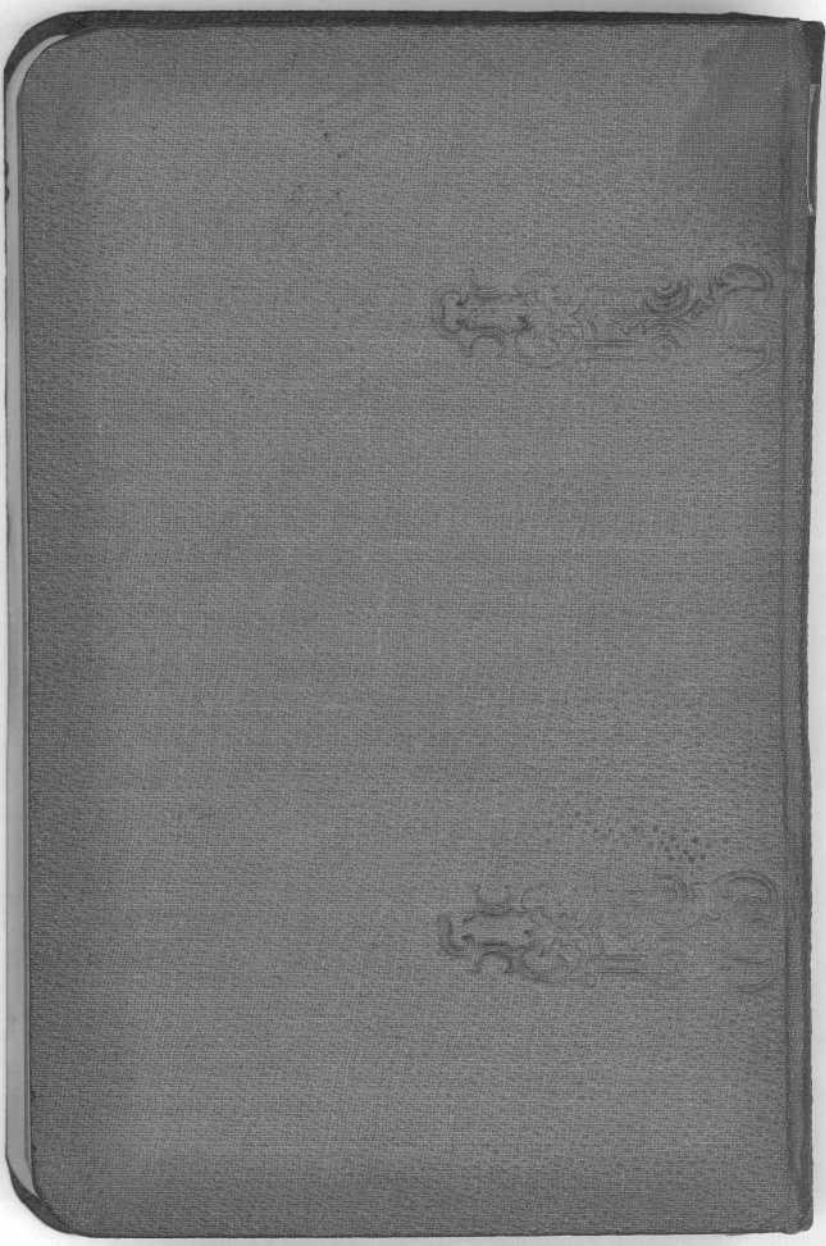
Tabla.....

Precio de la obra..... Ptas.

Precio de adquisición. »

Valoración actual..... »

1654
12
3



1654.